EL COJO ILUSTRADO

Año XIII — 15 DE SEPTIEMBRE DE 1904 — Nº 306

PRECIO
SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:
J. M. HERRERA IRIGOYEN
EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL
DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA
Este 4 — Número 14
CARACAS — VENEZUELA
NO SE DEVUELVEN ORIGINALES

EL EPISCOPADO VENEZOLANO

EL EPISCOPADO VENEZOLANO

—

En los últimos cuatro meses, Caracas ha estado honrada con la presencia de todos los Pontífices que se hallan hoy á la cabeza de la Iglesia en Venezuela, y los cuales, con el mayor acierto manejan los augustos intereses que á su sabiduría y celo apostólico han sido confiados.

A la invitación del Prelado Metropolitano, los Ilustrísimos y Reverendísimos Obispos sufragáneos acudieron á la capital de la República con el objeto de conferenciar acerca de las necesidades religiosas de nuestra Patria y escogitar los medios más eficaces y oportunos para relevar los salvadores principios de la fe y de la moral católica, poner freno á la disolución de costumbres y restablecer el vigor de la disciplina eclesiástica, conforme á los deberes de su excelso magisterio y al propósito que constituye la divisa é incesante aspiración del Jefe Supremo de la Cristiandad, de *restaurar todas las cosas en Cristo*.

Copioso habrá de ser, seguramente, el fruto de estas conferencias, pues las dotes de prudencia, piedad y ardiente ahinco en el desempeño del ministerio episcopal que adornan á nuestros dignísimos Pastores, son prenda inequívoca de que todo lo habrán puesto en juego para procurar el lustre más espléndido de la Religión, de suerte que, dentro de poco, en el seno de sus respectivas Diócesis comenzará uno como reflorecimiento de la vida y virtudes cristianas.

Las mencionadas conferencias comenzaron el 23 de mayo y terminaron el 27 de julio, habiéndose celebrado el domingo 31 de este último mes, para festejar la feliz consumación de tan importante suceso, una brillantísima solemnidad en la Santa Iglesia Metropolitana, donde ha quedado para perpetua memoria una marmórea inscripción latina.

Ya los eximios Pastores de la Grey venezolana han regresado á sus Sedes para continuar la labor ordinaria que tan ejemplarmente cumplen, y las páginas de esta Revista se engalanan hoy ofreciendo al público el retrato de los venerables personajes, que por sus virtudes, sus benéficas influencias y su alto rango en la Iglesia, son sobremanera dignos del aprecio y homenajes que les tributan nuestros pueblos.

En el grupo que presentamos se ven, pues: el Ilustrísimo y Reverendísimo señor doctor Juan B. Castro, Arzobispo de Caracas y Venezuela, cuyo nombre resuena desde mucho tiempo atrás en todo el ámbito de la patria como el del portaestandarte de la verdad católica, del defensor más esforzado de los intereses religiosos y del incansable promotor de las grandes obras de piedad: su presencia en el solio metropolitano es una promesa de magnífica renovación religiosa, y la alta ilustración de su criterio unida á la ruda experiencia de su vida de luchador, son garantía segurísima de que sabrá llevar á cima los propósitos de su pontificado, esquivando todos los obstáculos que puedan suscitársele en el curso de su labor; el Ilustrísimo y Reverendísimo señor doctor Antonio María Durán, Obispo de Guayana, alma angelical, corazón noble y generoso que arrastra en pos de sí caudal de simpatías, para quien no existe otro placer sino el de hacer el bien, ni se cuenta otro motivo de tristeza sino el de no poder remediar el infortunio que acuda suplicante á implorar su liberalidad; el Ilustrísimo y Reverendísimo señor doctor Felipe Neri Sendrea, Obispo de Calabozo, luchador benemérito también por la causa de la verdad, paladín austero que va derecho contra los enemigos de la fe y no gusta de disimulos en la exposición de la doctrina y en el ataque al error; el Ilustrísimo y Reverendísimo señor doctor Antonio Ramón Silva, Obispo de Mérida, notable intelecto, espíritu cultivado, voluntad poderosa, que tiende tesonera y pacientemente hacia su intento: la diócesis emeritense ha hallado en él un digno sucesor de los ilustres Prelados que le precedieron en su solio; por eso le tributa cada día mayor veneración y aprecio, y bajo su sabia administración la vida católica se va mostrando allí cada vez más lozana y fecunda; el Ilustrísimo y Reverendísimo señor doctor Francisco Marvez, Obispo del Zulia, fundador de la Diócesis, varón reposado y discreto que ha sabido captarse la estima de la devota cuanto ilustrada sociedad maracaibera y cuyo pontificado será el punto de partida de los grandes bienes que en el orden religioso reserva el porvenir á la gentil ciudad del Lago. Tal es el cuadro del episcopado patrio en la actualidad, pues la Iglesia de Barquisimeto viuda se halla de su Pastor hace ya algún tiempo, aunque por otra parte regida está con muy laudable celo por el tan meritorio como modesto sacerdote Doctor Aguedo F. Alvarado, Vicario Capitular.

En el grupo que motiva estas líneas aparece también nuestro colaborador y amigo nuestro muy estimado el señor Presbítero doctor Nicolás E. Navarro, quien á la honra de haber asistido en calidad de Notario á las sesiones del Concilio Plenario de la América Latina, agrega hoy la no menor de haber ejercido el cargo de Secretario en las Conferencias Episcopales á que nos referimos; y á quien los Reverendísimos Prelados venezolanos han dejado como valioso recuerdo un expresivo Voto de Justicia y Gratitud por su colaboración en la obra que ellos tan felizmente acaban de realizar.

FLOR DE SUPLICIO

—

MARÍA ANTONIETA

—

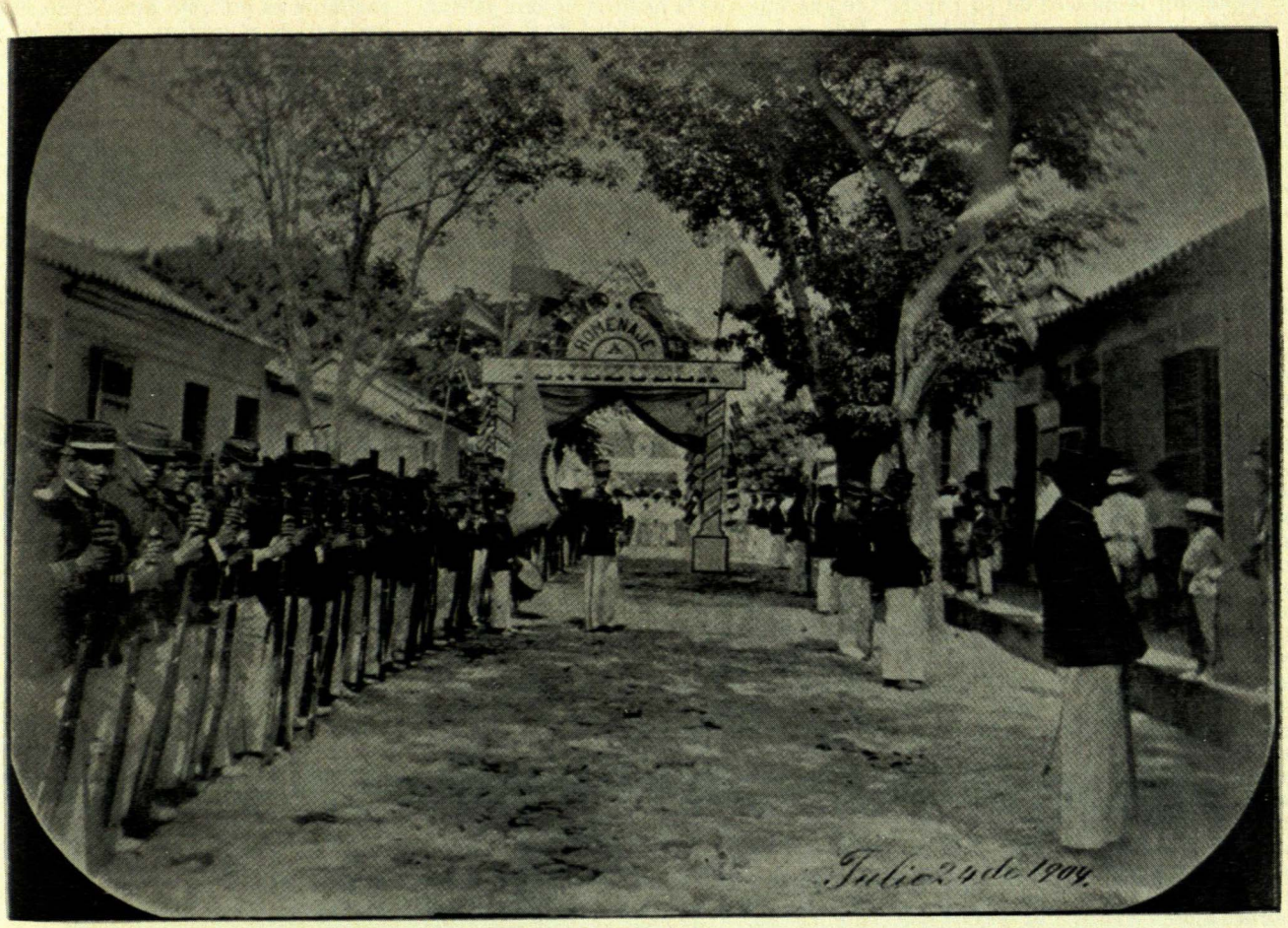
No hay víctimas más conmovedoras que Pío VII, Luis XVI y María Antonieta. Hay momentos en su cruel agonía que quisiera suprimir.—*Thiers.*

—

¡Muramos como reyes!—*María Antonieta.*

No hay en el drama nada más terrible que su martirio. Su destino contiene toda la ironía, toda la crueldad, todo el espanto de la vida. Nadie ha padecido como ella sobre la tierra. Su felicidad no fue sino una forma de la ferocidad de su destino. Fue feliz para que el suplicio fuese más espantoso. En la cruz, hasta entonces prevaleciente modelo de martirio, la tortura, aunque infamante, es simple y breve, exorada por el éxtasis místico. Junto á Pilatos no hubo un Fouquier Thinville, cuyas contumelias en el interrogatorio de la reina denuncian en la bestia humana al monstruo de los monstruos. Del pretorio al calvario, bajo el peso del madero fatídico, median muy pocas horas. Pero de Versalles á Varennes, á las Tullerías, á la Asamblea, Los Fulderses, el Temple, la Conserjería, el Tribunal Revolucionario, la carreta, la Plaza de la Revolución y el cadalso, hay una eternidad de cuatro años en los que cada minuto fue un suplicio. Cada alba anunciaba destrozos, violencias, heridas mortales en su majestad, su dignidad y su corazón; y cada noche acrecía el raudal de lágrimas que ya no secarían en sus claros ojos azules sino el decoro de su rango ante sus victimarios y el orgullo y la grandeza de la muerte ante el cadalso. Como el Angel de la leyenda bíblica, lanzada fue desde el cielo, no por delito de rebeldía, no por culpa alguna suya, pero por la injusticia de los hombres, el furor de los acontecimientos y los arcanos de su destino. Su juventud, su belleza, su trono, su alma de pasión y de batalla, fueron su crimen. Jamás se pagó tan caro el favor de la naturaleza y la fortuna y el derecho de la propia defensa. En las jornadas del 20 de Junio, del 6 de Octubre, del 10 de Agosto, ella no tembló sino por los seres que adoraba. En los más graves peligros, en las tribulaciones más solemnes, brillaron en sus ojos con todo el enigma de su alma el valor del combatiente y el orgullo de su pasado y de su adversidad. En su calle de amargura, tan larga, tan tempestuosa, tan trágica, en ese horrendo descenso del trono al calabozo y al suplicio, del homenaje á la injuria, del respeto al escarnio, de la veneración á la ignominia, del entusiasmo al desprecio y al odio, ella conservó y enalteció la gloria de su sangre y la majestad de su caída.

Nacida para la felicidad y el abandono, supo hacer frente á la sorpresa de su suerte y encontrar en sí misma á la heroína. Reina por la belleza, por el amor y por la estirpe, era blasón, júbilo y flor de dos imperios poderosos, soberana de millones de almas, culto y delirio de hidalgos corazones. El pérfido destino llenaba de sol, de azul, de rosas, de músicas, de aromas, la sonora grandeza de su existencia. El pueblo rey se embriagó con la primavera de su belleza, y poetizó los sueños de su alma con



Viaje á Cúcuta del Presidente del Táchira: Aspecto de la calle "Ricaurte" momentos antes de su llegada

el fulgor de idealidad que esparcía el arcano zafiro de sus ojos inmensos. En torno de su carruaje blasonado, á la hora triunfal de la llegada, el pueblo rey, que aún no presentía la Marsellesa del patíbulo, entonó á la divinidad extranjera la Marsellesa de las faustas alegrías. La avenida de la apoteosis fue muy luego el camino de la lapidación. La carretela dorada fue cárcel asediada y asfixiante. Tornóse el himno en rugido, en imprecación los vítores, en maldición los aplausos, en corona de espinas la diadema, en Calvario el Capitolio. Es la pávida hora del destino que se quita la máscara. El odio se arma contra ella como contra un bosque de vestiglos; y el eterno monstruo tornadizo que le había ofrendado los besos y las lágrimas de su admiración enternecida, brama ahora furiosamente por tronchar como un árbol maldito la divina cabeza flagelada. Mucho antes de que la cuchilla homicida cayese sobre su cuello inmaculado, ella pudo decir, no á la multitud que atestiguaba con su presencia aquella aciaga mañana de Octubre la inmisericorde consumación de un crimen imprescriptible, ella pudo decir mirando al cielo: ¡no hay dolor que no me hayan hecho conocer! De la renunciación, la humillación, el rebajamiento, el envilecimiento, no ignoró nada. No fue en la esponja donde sus labios conocieron la hiel, no fue en la copa labrada de la maldad florentina, fue en brutales vasos siempre llenos, fue en un mar de hiel. Recorriendo el relato de su martirio el alma se fatiga, y desde cierto momento comienza á parecer inverosímil que un corazón de mujer haya sido capaz de semejantes resistencias. ¿Cómo pudo sobrevivir á tantas humillaciones? ¿Cómo no sucumbió á la muerte de su marido y la separación de sus hijos, de su hermana, de cuantos seres amaba? ¿Cómo atesoró tan extraordinarias energías, hasta el instante supremo, aquella frágil naturaleza de mujer, después de cuatro años en la ansiedad continua del vejamen, la amenaza, el peligro y el terror? Uno solo de aquellos años de sangre, de ludibrio y de tiniebla, bastaba para la caducidad de sus fuerzas morales y corporales. A la postre, como dice el poeta historiador, había adquirido la paz de la desesperación y la inmovilidad del sepulcro sin perder la sensibilidad de la existencia. Para su agonía parece el verso d'annunziano:

Señor, yo sé que en mí ya no estoy viva
Y veo también que en voz soy una muerta.

II

Ella es de su tiempo, de su medio y de su Corte. Es preciso no olvidarlo para no ser severos con la mujer que en la embriaguez de la juventud, de la belleza y del trono tuvo la locura del placer. Su regia carne griega saboreó la caricia de cultivadores señoriles que le ofrecían en su rica copa heráldica el misterio de filtros dionisiacos. Pero es siempre la reina noble y grande bajo su manto de oro. Es la integridad del trono en el deleite como en la victimación; y á través de todas las situaciones de su vida excepcional, es la dignidad altiva y bravía del antiguo honor monárquico. La catástrofe prolonga sobre el pasado de la reina sacrificada su gran sombra purpúrea; y más allá de esta sombra, la pompa, la magnificencia, la frivolidad indolente ó licenciosa de su vida en los días prósperos del trono, brillan en una confusa niebla de melancolía presagiadora. Muy presto, aquel amor galante y gozador de su Corte, fue un fraternal compañero de la muerte; y en la estupenda explosión de los volcanes imprevistos y ancestrales, en el colosal desborde de elementos y potencias desconocidos, en el salvaje imperio de la reversión y el delirio, el amor de su época tuvo su símbolo en la rosa que llevaban en los labios los que marchaban al patíbulo. Yo la concibo y la amo tal como fue, con sus excesos, su desorden, sus desmayos en los brazos de la sola divinidad omnipotente. Su figura no tendría de otro modo la vibración que tiene en la hecatombe. No sería lo que es en emoción de arte, de dolor y de tragedia. Por ello el espectáculo de su vida posee un estremecimiento original y se impone con relieve exclusivo en un drama como jamás vieron los siglos. Estos temperamentos valen en su integridad. Corregidos se deforman. Ellos rompen el tipo común de la mujer casuística y agregan á la belleza del sexo y á la grandeza de la historia rasgos y expresiones maravillosos. Esposa de un cerrajero coronado, incomparable padre de familia, «que estudiaba sus posturas y hablaba académicamente de sus adversidades», supo transformar en deslum-

brante esplendor la palidez de su papel; y fue sol en la fortuna, en la tempestad y en el martirio, sol de belleza, de talento y de amor, sol de energías, sol de virtudes heroicas. Sólo ella era más poderosa que la revolución. Esta lo adivinaba y la odiaba con más celo y más vehemencia que á todos sus enemigos. A sus pies se postraban los grandes impulsores, desde los gigantes del asesinato como Dantón, hasta los sensitivos de la belleza como Toulan. En sus gracias quedaban desarmados los más ciegos fanatismos. Por un beso en sus mágicas manos, el rey de los reyes, aquel leonino emperador del verbo, dios de los huracanes y de los cataclismos, vaciló en las gradas de su trono y sintió la demencia del abismo. Cuanto más vencida y humillada, más peligrosa era su magia. La desgracia acrisolaba el poder de su prestigio personal; y aquellos que no se habían rendido á la divinidad de su belleza se entregaban á la fatalidad de su infortunio. Los perseguidores, los verdugos, los chacales, aquellos demoniacos antropófagos que negaban la realidad de la revolución mientras la reina cautiva respirase, lloran su odio apenas se aproximan á ella, y cual si un nigromántico soplo ahuyentase los fantasmas de su aversión y prendiese en sus almas la luz de la bondad y la verdad, se transfiguran en siervos intrépidos, decididos á todas las hazañas de la audacia para salvarla. Su contagio, á diario multiplica las *traiciones*. Sus conversos, siempre descubiertos y siempre reemplazados, centuplican el afán de la guillotina. No falta nunca quien por ella quiera inmolarse. No se la puede ver y escuchar sin pertenecerle en absoluto. La adhesión que inspira es supersticiosa é irrevocable. Los más frenéticos son ángeles en sus manos milagrosas. Su contacto es más temible que los principios y el delirio de la Revolución.

¡Ay si el pueblo la hubiera conocido!

III

Ninguna cabeza más inocente que la suya cortó la guillotina, ni víctima alguna conoció verdugos tan inhumanos. Uno cualquiera de los episodios de su martirio agobia de pesadumbre á las almas sensibles. Hasta la esperanza fue perversa con ella. No lució en la tiniebla de su horizonte sino para emponzoñar su desesperación de moribunda con la reanimación y el desengaño de postreros espejismos. Cual un ave hiperbórea la voz de un rey caballero la visita en su agonía. Es una blanca y épica mensajera de redención. El monarca polar, gentil y clásico como un cruzado de la abnegación y el amor, Cid de la monarquía y Bayardo de un poema sublime, con sus ejércitos, sus tesoros y su perspiena espada vuela á salvarla. Es el más bello y fantástico poema de amor de la reina vencida. Es la mejor conquista de su poder de seducción. Pero los designios del destino fulminan el romance; y bajo el gran cielo hórrido, el idilio se rompe como un cristal azul finísimo cuyos fragmentos giran y ruedan en el vértigo de la tormenta cual mariposas fascinadas por la llama de un relámpago. Un asesino liberta de la vida al ilustre Gustavo antes de que tuviese tiempo de libertar de la muerte á la reina adorada. Otra vez se cierra la tiniebla en el horizonte de sangre, y la adorable reina del sueño más romántico y hermoso de la historia no será ya burlada por la impía caridad de la esperanza. El martirio no ha logrado todavía profanar su belleza ni debilitar su fortaleza. Parece una prodigiosa estatua antigua apenas rozada por el ala del tiempo. En los rizos de oro, más radiantes que la diadema real, abren algunos lirios de nieve, únicas brechas del dolor en la aurea selva de su cabellera. En sus mejillas se deshojan las rosas de aquella aurora ígnea del 10 de Agosto, la última que ella contempló desde el trono. En su cuerpo la juventud entona un voluptuoso canto de arrogancia. Miran empero en sus claros ojos azules todas las amarguras magnificadas por el valor de la más firme y más heroica alma de mujer, formidable como una montaña de granito. El orgullo de su grandeza y de su caída es la fuerza de su espíritu en la lucha y la fuente de sus energías en el tormento. No hay nada más épico que su soberbia; ni hay nada más imponente en la historia que la virilidad de su dignidad. No se olvida un instante de que ha sido soberana; y si los privilegios y atributos de la soberanía yacen en torno suyo, si á la impresión de su alma no se ofrecen sino escombros, si cada ola arroja á sus pies nuevos despojos, la majestad moral de la soberanía persiste viva en ella como su propio corazón indomable. Sus verdugos no logran verla abatida. Hubiera podido enseñar á morir á Coustin. La amiga, la hermana, la esposa, la madre, no se impusieron jamás á la reina, y la majestad caída fue más augusta que lo había sido en el apogeo del trono. Nadie ha enaltecido más la condición humana en el martirio. Si alguna fealdad hubo en su pasado, la grandeza de su alma en el martirio la borra por completo y pone en su lugar un grave fulgor de belleza. Su heroísmo absuelve por entero á su sexo y lo eleva al más alto nivel de admiración.

Su dolor enternece sin embargo cual ningún otro dolor; y no hay minuto de su cruel agonía que no lo lloremos con lágrimas ardientes. ¿Quién no hubiera dado la vida por salvarla? ¿Quién después de haber leído el relato de sus desgracias no siente que ha perdido para siempre la paz del corazón porque ya no será posible sustraerse á la profunda turbación del recuerdo? ¿Cuál es el alma en que no se graba eternamente el espanto de aquella despedida en que resuena como un grito lacerante, sobrehumano, como el grito máximo de la tragedia, el angustioso ¡Adiós! de Luis XVI en camino del patíbulo, última palabra suya á la reina desolada que la escucha y cae en tierra como carbonizada por el rayo? ¡Oh Dios mío, nunca he llorado tanto en la historia!

IV

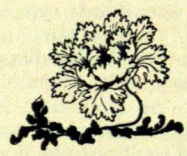
Preciso era ser magna como ella en el heroísmo del suplicio para ser digna de Luis XVI en la grandeza terrible de la última hora. El rey empero vigorizó las fuerzas naturales de su alma de patricio con la médula de su piedad evangélica. Su acendrado y ferviente cristianismo consolidó el férreo estoicismo de su alma, y la impavidez de su valor en el suplicio y el cadalso preservó de todo detrimento la majestad de su muerte y la dignidad de su nombre. La reina no creía. El espíritu del siglo había apagado en su alma los cirios de la fe, y su heroísmo nunca vacilante es por esto más hermoso y más heroico: es el trágico fruto de la pasión por sí misma, por su decoro, su desgracia, su altivez, su trono, su opulencia, por la extrema magnitud del acontecimiento; es la actitud natural del ídolo derribado; es la única manera de ser inviolable é invencible. Así culmina ella en la borrascosa armonía de la tragedia, ilumina con esplendores de siniestra belleza la fabulosa faz de la Revolución que la devora y conquista para la humanidad una gloria inmortal.

V

Entre las grandes palabras de la historia se escuchan perpetuamente aquellas palabras suyas en ocasión en que el rey se lamentaba del infortunio á que la había arrastrado: «¿Y contáis para nada la gloria de ser la mujer del mejor y el más perseguido de los hombres? ¿Tales desgracias, no son las más majestuosas de todas las grandezas?»

Tal era su conciencia en el suplicio. Nada consigue mutilarla. El vilipendio no la alcanza. La grandeza de su caída honra á las veinte generaciones de reyes castigadas en ella. Su infortunio cristaliza su vida en olímpica pureza. Su muerte es el crisol de su inmortalidad. La Revolución, sacrificándola, no hizo sino fabricar una gloria asombrosa. Es la primera de las mujeres de la Revolución. La posteridad recusa á sus jueces, revoca el fallo de sus acusadores, llora su infortunio, agoniza con su agonía, besa su noble frente de mártir y coloca en sus sienes la corona del amor y de la gloria.

JACINTO LOPEZ.



ROSA NEGRA

—

A.....

Su corazón fue un pájaro divino
á quien oí cantar su desconsuelo,
una tarde, en un árbol del camino,
bajo el azul crepuscular del cielo.

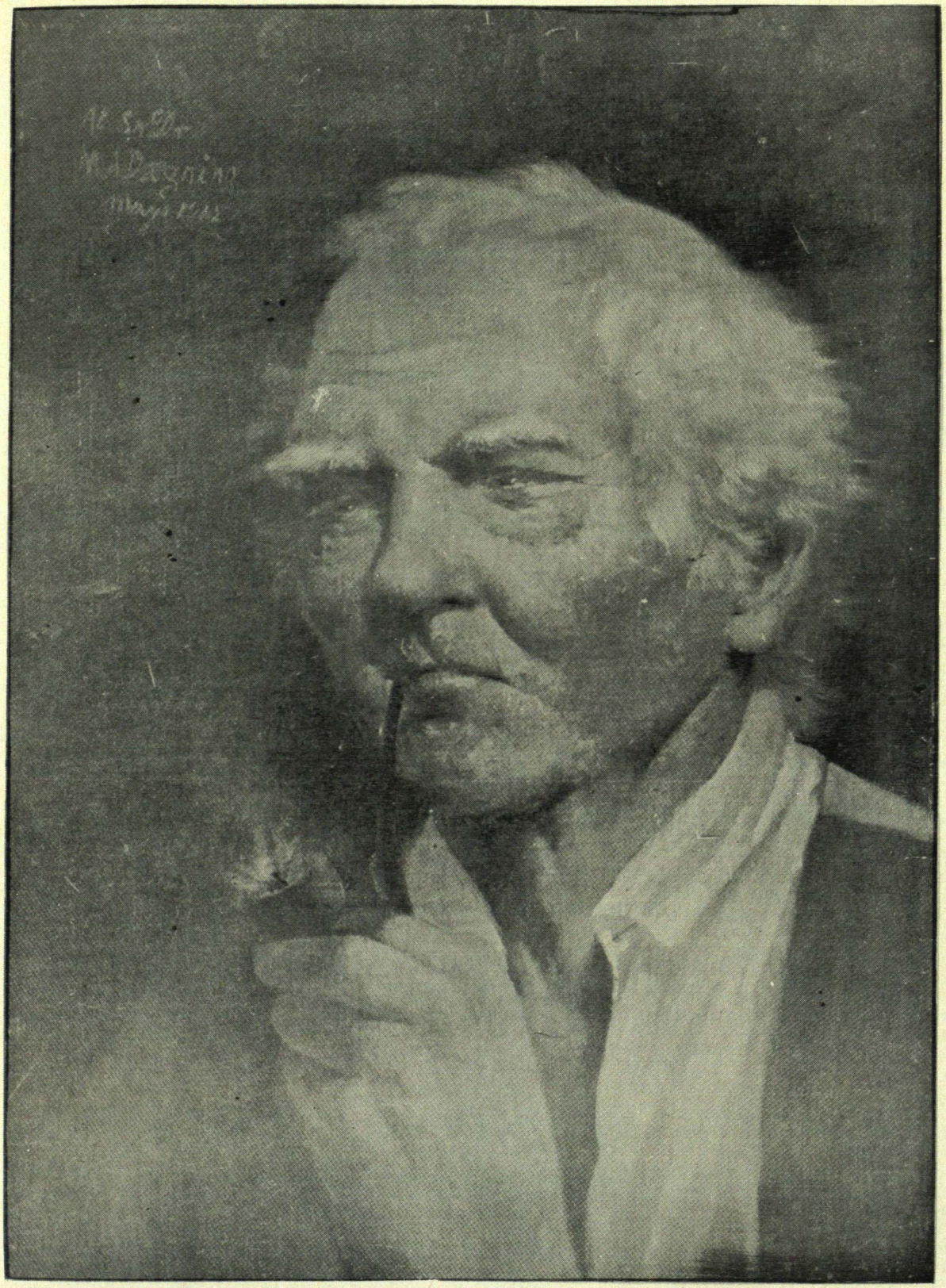
A posarse en mi hombro alegre vino,
pero al notar lo amargo de mi duelo,
lanzando el ¡ay! aterrador de un trino,
partió el azul con el fulgor del vuelo.

Mi vida es un rosal mustio y sombrío
en donde abrió sus pétalos la rosa,
la rosa negra y triste del hastío.

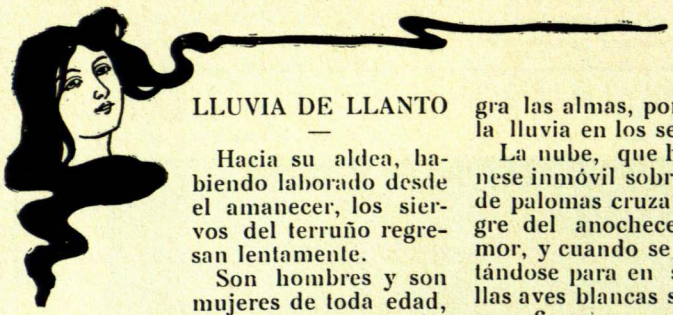
Miró el ave la flor de negras galas,
y al aspirar su esencia venenosa,
tendió al azul las temerosas alas.

A. FERNANDEZ GARCIA.

Agosto—1904.



CABEZA DE ESTUDIO. — Por Rivero Sanavria



LLUVIA DE LLANTO

—

Hacia su aldea, habiendo laborado desde el amanecer, los siervos del terruño regresan lentamente.

Son hombres y son mujeres de toda edad, harapientos y sudorosos, con los carrillos asoleados, con las frentes marchitas, con el mirar errabundo... Van en hordas. Sobre luengo robledal asoma la aldea, hacia el fondo del valle, en una marcha indecisa. El día ha sido de gran calor. Es solemne la calma de la Naturaleza, sólo rota alguna vez por ecos de un lejano zumbar. Son ecos de la tormenta que hace días ronda sobre aquellos lugares. Los campesinos escuchan con el alma ungida de honda emoción, y un anciano suele detenerse en mitad de la vereda diciendo algo que es dulce y da alegría.

—¡Hoy llega á Lousada la nube! ¡Hoy lloverá sobre los campos nuestros!

La gente parece oirle con grave credulidad, y antes que el frescor de la lluvia en los sembrados, cae el rocío de la esperanza sobre los corazones. Todos miran al cielo, donde no se mira la más ligera nube, y todos aguardan. Es benigna y alegre la expresión en el rostro del anciano; su voz es voz de profecía.

No hay rumores ni hay brisas que hiendan el silencio augusto de la tarde. Los pájaros están ocultos, buscando el frescor que la tierra no puede darles. Tiempo después el anciano dice nuevamente:

—Ayer ha llovido sobre el valle de San Fiz. Yo, desde la cumbre del monte Rendar, á donde fuí por leña, he visto cómo allí la nube se deshacía en lágrimas. Antier cupo esa suerte al Brandoya. Me lo ha dicho el arriero de Tordea. ¡Hoy lloverá aquí! Mirad hacia donde se pone el sol... ¿No veis nada?

Todos miran, y es cierto que allí una mancha, aún indecisa, vela un poco el azul. La voz del anciano óyese otra vez, entrecortada y balbuceante:

—Si llueve en esta sazón, podemos contar á salvo la cosecha. Habrá hartura en nuestras casas, guardarán las arcas de los pobres bastante grano, y en otras arcas habrá el que muchos necesitan....

Aquella mancha del cielo va obscureciéndose. Los rostros de los labradores se animan, y sus ojos de luz apagada llamean con lumbres de ansiedad.... Hay un largo silencio.... Hay un silencio casi doloroso. La nube se acerca mansamente, como una promesa de grandes venturas. Tras ella esconden las ninfas sus ánforas llenas... Vienen desde lejos para volcarlas allí una á una.

Los aldeanos se han detenido. Alguien dice que deben rezar, y va á ser guiadora de los rezos, Aura, la hija del labrador más pobre de la aldea, por ser quien más necesita del bien de Dios. Su madre murió cuando la caída de la hoja; su padre vive encamado, y ella, sólo ella, es á valerle en el mundo.

La zagala, erguida sobre los bardales, susurra una plegaria humilde. Todos la oyen atentos, y al contestar, el eco de las voces alegra las almas, porque remeda el caer de la lluvia en los sembrados.

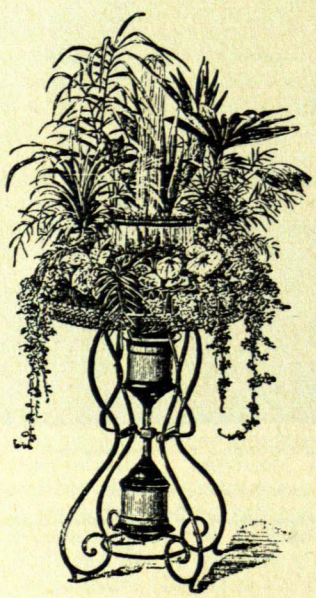
La nube, que ha llegado ya, mantiénese inmóvil sobre el grupo. Un bandal de palomas cruza bajo el cielo aún alegre del anochecer; vuelan con leve rumor, y cuando se han ido lejos, disyuntándose para en seguida reunirse, aquellas aves blancas sobre la montaña obscura fingen un caer de nieve en copos que el viento arremolina. Luego, á través del aire, vuela una racha de frescura, estremeciendo la superficie inmóvil de los sembrados... Hacia el robledad suena un graznar de cuervos, que también huyen. Todo es nuncio de algo solemne, majestuoso y grande...

Luego, una gota robusta, henchida de agua, que brilla un segundo á los postreros rayos del sol, cae en el polvo y rueda largo rato sin ser absorbida. Después cae otra, y otras muy lentamente...

El aguacero comienza alzando, al batir las mieses, un rumor de salmodia, y sobre el río un eco de alegre són. Cae la lluvia benigna y mansa. Los aldeanos, de hinojos sobre el lindar de la senda, rezan mirando la nube, mirando sus bienes, mirando el azul...

De pronto, un grito de angustia se ahoga en todas las gargantas. La nube se ha obscurecido más; se hizo casi negra, amenazante y hosca. Los campesinos, horrorizados, quieren ahuyentarla. Claman con acento ronco, lleno de dolor, porque se desvanezca, porque se aleje...

La nube, inclemente, se mantiene inmóvil. Vuela una ráfaga de aire embravecido, y sobre los sembrados, que aún rien, comienza á caer aceleradamente una lluvia muy blanca; una lluvia de gotas congeladas, endurecidas, dando recios golpes sobre las mieses, rompiendo las hojas en los árboles, lastimando las carnes desnudas... El granizo cae, cae sin descanso. Aquello dura muy breves segundos. La nube háse desvanecido ya. El cielo es azul, de un azul alegre... Pero las mieses están rotas; sus cañas yacen abatidas sobre el campal. Un sudario blanco amortaja la tierra. Allí lucen millares de flores que el granizo arrancó. El cielo ríe... Y los campesinos, al reanudar la marcha, van silenciosos, trenzando la maraña obscura de sus penas. ¡Ven en una lejanía de amargas coloraciones un largo invierno de hambre, con los molinos callados y los hogares desiertos...!



FRANCISCO DE CAMBA.

POEMAS EN PROSA

—

UNA SALIDA DEL SOL

—

(Versión de EL COJO ILUSTRADO).

—

Lenta é insensiblemente, la blanca y grata claridad de la aurora se había acentuado; y semejante á un refulgente océano de luz, inundaba la atmósfera. Así como la melodía de lejana orquesta parece, á primera impresión, un eco imperceptible, y, progresivamente aumenta haciendo cada vez mayor el dulcísimo murmullo, así, era para los ojos, la luz, lo que la música es para el oído. La tierra esperaba en tanto en un solemne recogimiento, despertada de su sueño reparador, pero como oprimida, abrumada por el prestigio de la belleza celestial.

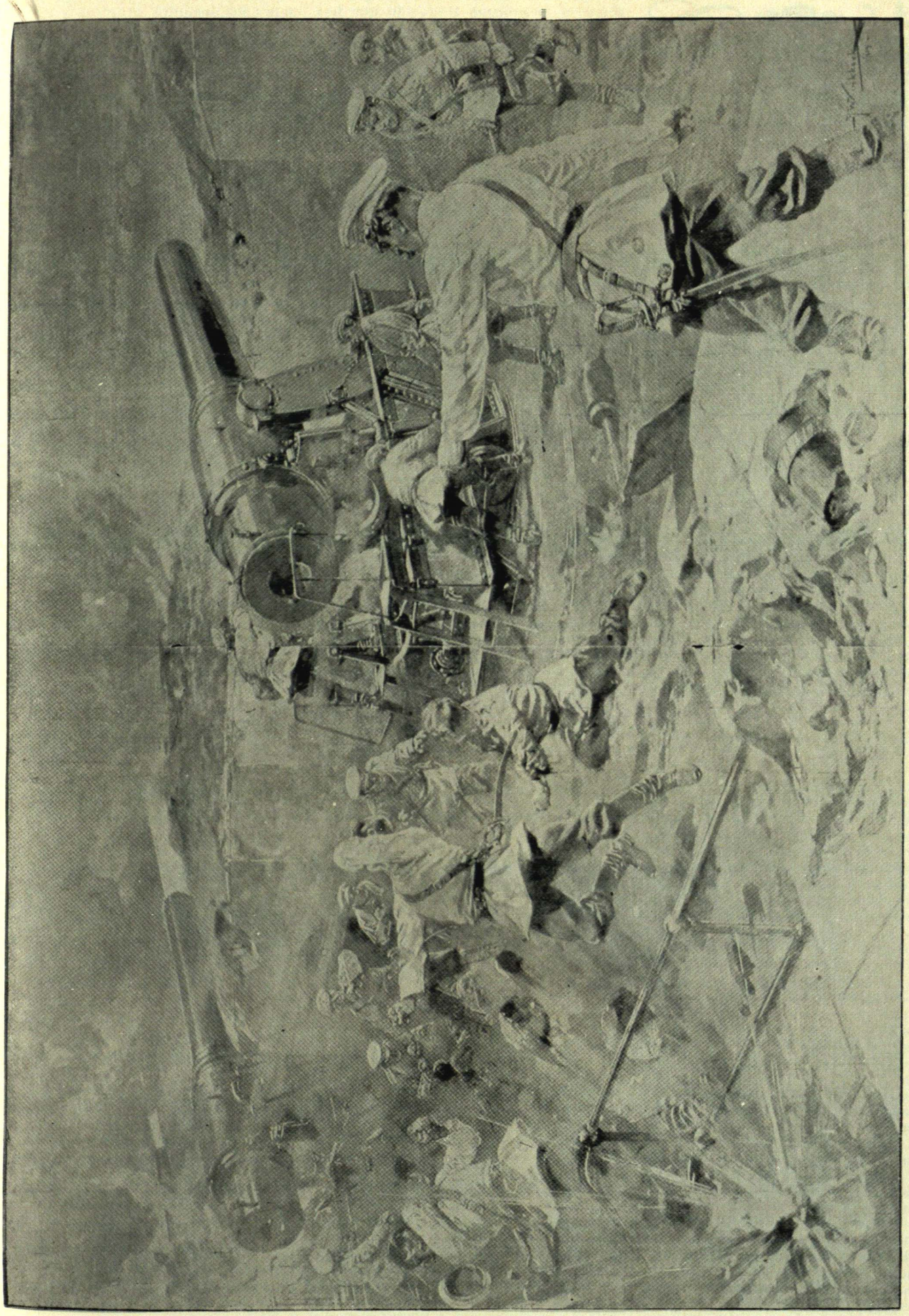
Naturaleza, desde luego enmudecía. Y si los pajarillos y otras avecitas gorjeaban ó cantaban, era esto solamente, como tímido preludio á los himnos del día. En brevísimos instantes un brillo como de oro, brotó del oriente á semejanza de un abanico deshecho en materia radiante, que tiñera con sus cambiantes y aturnasolados colores, las nubes más altas de la atmósfera, y encendiera sus contornos con tintas como de oro y rosa.

Toda la naturaleza atmosférica se declara de fiesta para saludar la salida del Sol. Las nubes distantes se coloran y parécense á los Alpes iluminados por el sol poniente. Los más tenues vapores se tiñen color de rosa en botón. Brotan del purpurino lecho del astro radiante, haces, manojos de luz, y finalmente, adórnanse las nubes superiores con áureo, y ofuscadores retoques.

...La orquesta aumenta; y ya, entre las gasas flotantes, entre los arrullos y encantos de la harmonía, se distinguen, algo así como estremecimientos celestes, como vibraciones de lo alto. De repente, y en el instante mismo en que el alma, embelesada, se siente atraída por el magnetismo del divino canto hacia sus más puros ensueños, el órgano universal, cuyos registros están todos abiertos, entona con absoluta plenitud, la estrepitosa alegría de la vida...De súbito, todo se aleja; los planos se desvían, y el foco de la luz y del calor, elevándose majestuosamente, derrama muy lejos en el espacio, y á torrentes, las ondas de la fecundidad y de la vida. Los solemnes acordes del modo mayor dilatan en el infinito, el sublime poema de la melodía sagrada...El padre y dios de la luz ha aparecido; y su disco inmenso relumbra entre el purpúreo cortinaje, que el Oriente descoge presuroso, para hacerle debido cuanto digno recibimiento.

Todo renace, todo se ilumina, todo vive y todo canta. La ardiente esfera del Sol aparece majestuosa sobre el mar de fuego que le servía de lecho;—las montañas se alumbran sobre los valles, que así despiertan; en suma: el ensueño ha terminado. Ahí la luz; ahí la actividad; ahí el día! Maravilloso instante en que la naturaleza entera parece resucitar; espectáculo sublime, ante el cual entusiasmada el alma, vive con doble vida, y goza con placer doble, al contemplar en una altiva felicidad, esta inmensa extensión de los reinos de la tierra que, ahora, vibra y palpita en la fecunda luz del astro del día, del calor y de la vida...

CAMILO FLAMMARION.



DEFENSA DE PUERTO ARTURO: Momento desesperado en una batería rusa

UN TROZO DE VIDA

Hay frases afortunadas, y una de ellas es la que sirve de epígrafe á estos renglones. Cuando los repetidores de frases hechas quieren enlazar el mérito de una comedia moderna, echan mano de la consabida etiqueta encomiástica. «Es un trozo de vida»—dicen—, y se quedan tan satisfechos como si hubieran resumido en cuatro palabras la crítica de la susodicha obra. Literalmente, la tal frase es una tontería. Sin duda por serlo se ha generalizado tanto. Todo lo que se escribe para el teatro, bueno ó malo, es un trozo, más ó menos, grande de vida: trozo de vida es un drama de Lope y un comedión de Comella, un sainete de D. Ramón de la Cruz y cualquiera de los melodramas comprimidos al uso. Solamente trozos de vida pueden llevarse á la escena; como que el teatro no es más que la representación de la vida. La fantasía de mayor fuerza creadora, no puede agotar el contenido del vivir. Nada hay tan disparatado ni absurdo en el orden moral que no sea posible. Por consiguiente, cuanto se representa trozo de vida es.

Pero los que emplean la tal frasecilla, la aplican antonomásticamente á todo lo que, según ellos, expresa con más fuerza y verdad un aspecto de la vida humana. Y como está de moda cierto pesimismo rutinario, adquirido con la lectura de libros extranjeros mal traducidos y peor interpretados, *trozo de vida* es lo que revela un éxtasis de las pasiones, una perturbación del sentido moral, una aberración de la conciencia, una monstruosidad de los sentidos. Hasta ahora había existido la caricatura cómica: hoy se ha inventado la caricatura trágica ó teratológica. El hombre normal, con sus facultades equilibradas, su sentido aproximadamente verdadero de la realidad, su reflexivo acatamiento á la razón, es tenido por un sér fantástico, por un ente abstracto ajeno á la realidad. Lo humano, lo que constituye un *trozo de vida*, es el despertar de la bestia en el fondo de nuestro sér: el rufián que degüella á su querida; la hembra que, adorando á su marido, se entrega al hombre á quien aborrece, el caso de Fedra y el de Mizha...todo eso es lo humano.

Imaginad que un médico os condujese á un Museo teratológico, y enseñándoos monstruosidades elefantiásicas, desviaciones horribles de la columna vertebral, hidrocéfalos espantosos y retorcimientos absurdos de miembros, os dijese: «Hé ahí el hombre». ¿No tendríais á tal médico por calumniador de la Naturaleza, por un sofista de mala especie, que se proponía engañaros, haciendo de la excepción regla general? Pues eso mismo, en el orden ético, es lo que pretende el pesimismo traducido que hoy padecen algunos que á sí mismos se llaman intelectuales. A estos calumniadores podría aplicárseles aquellos conocidos versos de Ayala:

> « Piensan en su ceguedad,
> cuando nuestra vida exprimen,
> que hasta encontrar algún crimen
> no han hallado la verdad ».

* * *

Por fortuna, la vida misma se encarga de desmentir tan absurdas afirmaciones. Con mucha más frecuencia que crímenes y extravíos morales, se nos ofrecen á la vista ejemplos de virtud y de heroísmo, no del brutal heroísmo japonés, sino del que nace de altos ideales humanitarios. Sin ruido, sin alharacas, sin obtener siquiera uno de esos bombos que los periódicos prodigan á cualquier majadero, unas cuantas Hermanas de la Caridad, varios médicos y enfermeros arrostran en el Cerro del Pimiento los peligros del contagio tífico, y algunos sucumben, mientras nosotros disfrutamos, sin graves preocupaciones, de los encantos y placeres de la vida...

Pero sin citar ejemplos de actos heroicos, puesto que la heroicidad es también excepción, ¿no abundan en la sociedad las personas honradas, amantes de los suyos, buenos esposos y buenos padres, que consagran su vida al trabajo? Todo lo que llena nuestras múltiples necesidades, desde el trigo, que el gañán hace brotar del surco con el riego de su sudor, hasta el vestido que nos cubre ó la gala que nos adorna: el tren, que nos traslada de una á otra parte, el barco que, en provecho y beneficio nuestro, desafía las tempestades del mar: el combustible que nos da calor, y la luz que alumbra nuestras noches, ¿no representan una enorme abnegación y laboriosidad? ¿No forman la inmensa mayoría de las mujeres castas matronas, para las que es el mundo su hogar y su ley el cumplimiento de los deberes conyugales, y pudorosas doncellas, en las cuales no es un símbolo mentiroso el azahar del día de sus bodas? ¿No existe una juventud inteligente que persigue como ideal la seriedad de una vida honrada? ¿Y no es todo esto lo que constituye la gran masa social? Para contradecirlo piense cada cual en su madre, en su esposa ó en sus hijos... ¿Que las pasiones, los vicios, los malos instintos perturban la superficie social? Cierto. Pero tales perturbaciones afirman, como toda excepción, la serenidad del vivir humano.

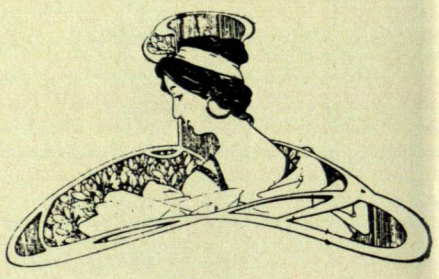
Ya sé yo que el *panglosismo* es falso, que no vivimos en el mejor de los mundos posibles, que son muchos los defectos inherentes á la humana naturaleza. Pero tengo por cierto también que si es un error considerar el mundo como un lugar de delicias, error tan grande es considerarlo como un infierno. Que los hombres no son ángeles, es verdad; pero tampoco son demonios. Son hombres, esto es, seres que tienen, por decirlo así, los pies en la bestialidad y la mente en el ideal, que son como frágiles cañas que el viento sacude; pero esas frágiles cañas, según la frase de Pascal, piensan, ó lo que es lo mismo, se ponen en relación con la belleza, la verdad y el bien; que no tienen la pureza moral de Cristo, pero llevan, cargando y levantando, su cruz, con la esperanza más ó menos brumosa de que caminan en pos de algo que está sobre los instintos groseros y egoístas, porque como dice Renan, «el mejoramiento de la posición material (estímulo de la mayor parte de los hombres) es condición de la mejora intelectual y moral, y, por consiguiente, del progreso; y todo cuanto sirve para el progreso de la humanidad, por humilde y profano que parezca, es, por aquella sola cualidad, respetable y sagrado».

* * *

¿Cuánto valor moral, y por consiguiente estético—puesto que la belleza, el bien y la verdad son fases ó aspectos de una misma cosa,—no lograría la literatura, y particularmente la literatura dramática, si en vez de buscar *esos trozos de vida*, ó de mala vida, de que más arriba hablo, aspirase, como aspiraba en otro tiempo, á conmover el alma ennobleciéndola? La tragedia griega pintándonos el dolor humano, soportado con varonil entereza; el drama romántico, presentándonos al hombre como capaz de los más heroicos sacrificios; el Príncipe Constante ó el Mágico prodigioso dando su vida por su fe; el marqués de Posa sacrificándose en aras de la amistad... dejaban en el alma del espectador sedimento de grandes anhelos, semilla de acciones heroicas.

Pero, ¿qué impresiones sacamos ó hemos de sacar de esos dramas deprimentes, de *esos trozos de vida* poblada de adúlteras refinadas, de maridos escépticos, de galanes rufianescos, de viejos agotados por los placeres, de enfermos deshauciados, de abúlicos, medulosos é idiotas? ¿No es esto el Museo teratológico á que antes me refería? Y en vez de la ennoblecedora convicción estética, ¿no se sacará de la contemplación de tal Museo tedio en el corazón y náuseas en el estómago?

ZEDA.



RÁFAGA CRIOLLA

A Rafael Silva.

Cuando los tremulantes cundeamores,
debajo de los cedros florecidos,
abrieron los contornos tentadores
de sus lucientes granos encendidos,

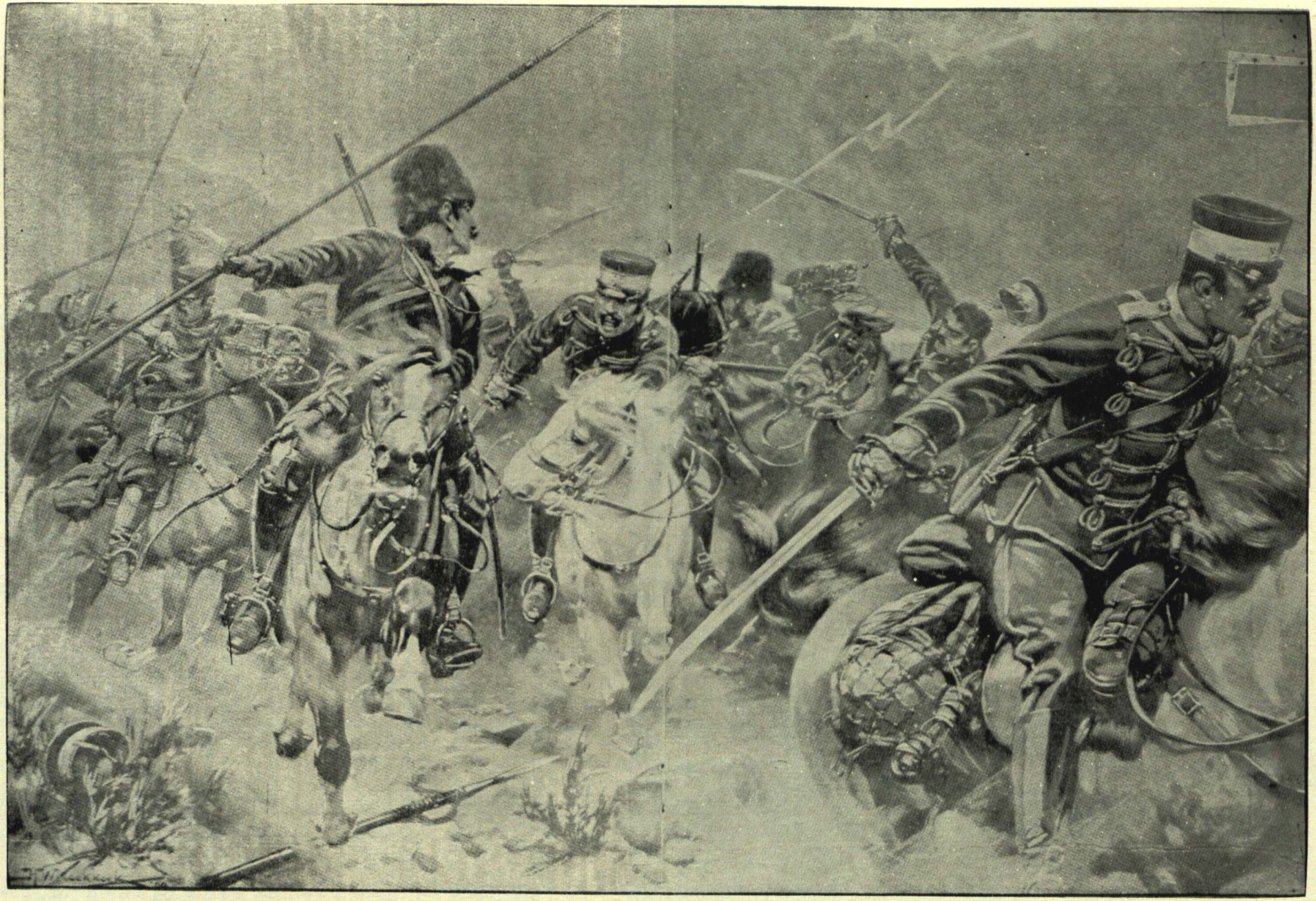
en la fértil ladera, á los fulgores
del sol canicular, fueron los nidos
una explosión de arrullos y de olores
por las ondas del éther esparcidos.

Y hasta el grato dosel de la enramada,
hasta el mullido lecho en que reposa
la muchacha gentil de piel tostada

en los hercúleos brazos de su dueño,
fue la ráfaga ardiente y lujuriosa
á interrumpir la castidad del sueño.

R. BENAVIDES PONCE.

1904.



TRONADA Y RAYOS DURANTE UN COMBATE. — Un cuerpo á cuerpo entre cosacos y caballería japonesa en la batalla de Wu-Fang-Kau

A LA SEÑORA CRISANTEMA

—

Señora: La ruda matanza, el peligro amarillo, la simpatía de raza, el odio contra las soluciones violentas, no tienen fuerza tan potente sobre mi espíritu para hacerme olvidar á la más genial y típica encarnación del viejo, fantástico y poético Japón que vos representáis. Quizás, como á mí, á muchos cultivadores de los recuerdos de dicha suprema, ha surgido la idea entre el ruido, aunque lejano, de armas y armados, de dirigirse á la bella y trémula visión que representa la época feudal y caballeresca del Imperio del Sol naciente; y, también como yo lo hago, muchos habrán levantado la cansada pluma para haceros llegar los únicos votos de simpatía sincera, extraña á todo bélico ardor y á toda voluptuosidad—que siglos de barbarie hacen dominar en nosotros, civilizados originalísimos—de inauditos sacrificios.

Cuando las noticias que siguieron al *ultimatum*, y, más precisamente, cuando las granadas de Chemulpo, nos dieron la funesta noticia de haber comenzado el gran duelo entre el Czar—iniciador del Congreso á favor de la paz universal—y vuestro Mikado, por una cierta influencia que en mí tiene la estética sobre la ética, no voló mi imaginación á las tristes noches de los campos ensangrentados, á los ayes de los heridos que yacen en el suelo con la boca enfangada mientras la plácida luna, inconmovible, sigue su curso; no pensé en el afanoso vaivén de numerosos cuerpos de Ejército, ni siquiera en las madres adoloridas, que debían verse privadas de sus hijos al mismo tiempo que los extensos campos de arroz,—si algo extenso hay en vuestra patria—quedaban sin la paciente mano de su cultivador, no: pensé que esta guerra, aun cuando llenase de gloria imperecedera vuestro archipiélago, significaría la última faz de vuestro imperio.

Al Czar, encerrado en su palacio de invierno, mantenido entre filas de bayonetas, en una relativa seguridad, no puede preocuparle si algún millón de hombres perece en la Manchuria; al Mikado, caballero de la triste figura—perdonadme la frase—no llegan los dolores de las madres, de las esposas y de los huérfanos: con suma prudencia en vuestro Tokio, en la ciudad imperial, se halla separado de la ciudad popular por anchos muros; y las mismas esposas, y los mismos huérfanos, y las mismas madres, también buscarán un consuelo en el relato que una prensa exagerada y por tanto patriótica, hará de las hazañas, nuevas siempre en el curso de la Historia, de sus queridos deudos. Solamente vos, angelical señora, seréis vencida y—¡oh! la fea palabra!—derrotada. Cualquiera que sea la suerte que corra vuestra bandera, ó allí sobre las fronteras de Siberia, victoriosa y potente, ó recogida y flotando solamente en los mares internos del archipiélago, vos seréis la vencida.

¡La guerra deja en doloroso tramonto vuestro Japón! Ya la llamada civilización europea lo había herido de muerte. Las elecciones de diputados, las bulliciosas reuniones de una Cámara disuelta á cada instante, los ministerios, los partidos y también los periódicos—esos órganos que pervierten la pura opinión pública;—y la industria, el comercio, las grandes empresas, los inmensos anuncios, y el kimono abandonado, y el impúdico traje europeo vestido con entusiasmo, iban desnaturalizando vuestra tierra; pero el viejo espíritu de ligera y peculiarísima belleza estaba muy lejos de desaparecer.

Ya hoy, cuando la terrible contienda todavía no ha tenido un resultado definitivo, vuestros pintorescos jardines, que tanta influencia ejercen sobre el alma japonesa, están abandonados; las danzas, las bellas danzas de las cuales el gran kimono mitiga el impudor á las que el parasol y el abanico dan mejor cadencia, los acompasados y armoniosos ademanes buscan su puésto en la Historia: la actualidad está vivificada por un espíritu de ferocidad que os viene del campo de la guerra con su eco terrorífico de muerte. Vuestro sol ya no brilla con inmensa claridad y vuestros panoramas no resaltan tan vivos, con líneas tan precisas, con colores tan fuertes.

Entre la fiebre de demencia que á todos domina, solamente vos comprendéis que mejor sería volver un siglo atrás, guardar vuestras costumbres sobre vuestras Islas adormecidas sin que las nuevas ideas desequilibrasen todos los cerebros. Mejor sería mirar los rostros tranquilos y sonrientes de aristócratas y campesinos, que las caras contraídas de los que van ó de los que vuelven de la tierra fatal; mejor sería entregarse á la dulce pereza, á la plácida alegría, á la dicha tranquila de los pasados días, que lanzarse en las intrigas de las cancillerías europeas y empeñar una guerra formidable. ¿Qué os hubiera importado el silencio del Mundo? ¡Oh, la felicidad del olvido.

Señora, sé que pensáis así, que daríais todas las glorias de los Togo, de los Yamagata, de los Ito, por vivir tranquila entre las cultivadas flores que llevan vuestro nombre, y desconocer á este nuevo Japón de la industria y del comercio, que al mismo tiempo que afea el curso de vuestros ríos para aprovecharse de la electricidad de sus corrientes, y ennegrece los verdes llanos y las ciudades, os va robando vuestra alma soñadora que descansa en el sopor y en el abandono. Sé también que sois capaz de todas las dulzuras, pero de ningún esfuerzo y por esto no os indico la obra que podríais llevar á cabo. Y luego, ¿por qué? ¿No será mejor soñar ese Japón de plácidas danzas, de bellos jardines, de claros panoramas, de vívidos colores?...

Vuestro,

ORESTES FERRARA.

1904.

MARIA, GRATIA PLENA

—

...Quisiera labrar con mi frase
un velo de aljófar bordado,
que fuese un tesoro;
y hacerlo flotar, porque vieras
el mundo á través de sus mayas,
cual ascua de oro.

Quisiera poner en mis versos
un ritmo, cual ondas de un lago,
tan dulce, tan suave,
que al eco al enjambre acudieran
los sueños de rosa, á mecerte,
con vuelo de ave.

Quisiera decir á tu oído
leyendas de luz, donde siempre
se exaltan las bellas;
do cruzan por sendas de flores
las Lauras triunfantes, dejando
reguero de estrellas.

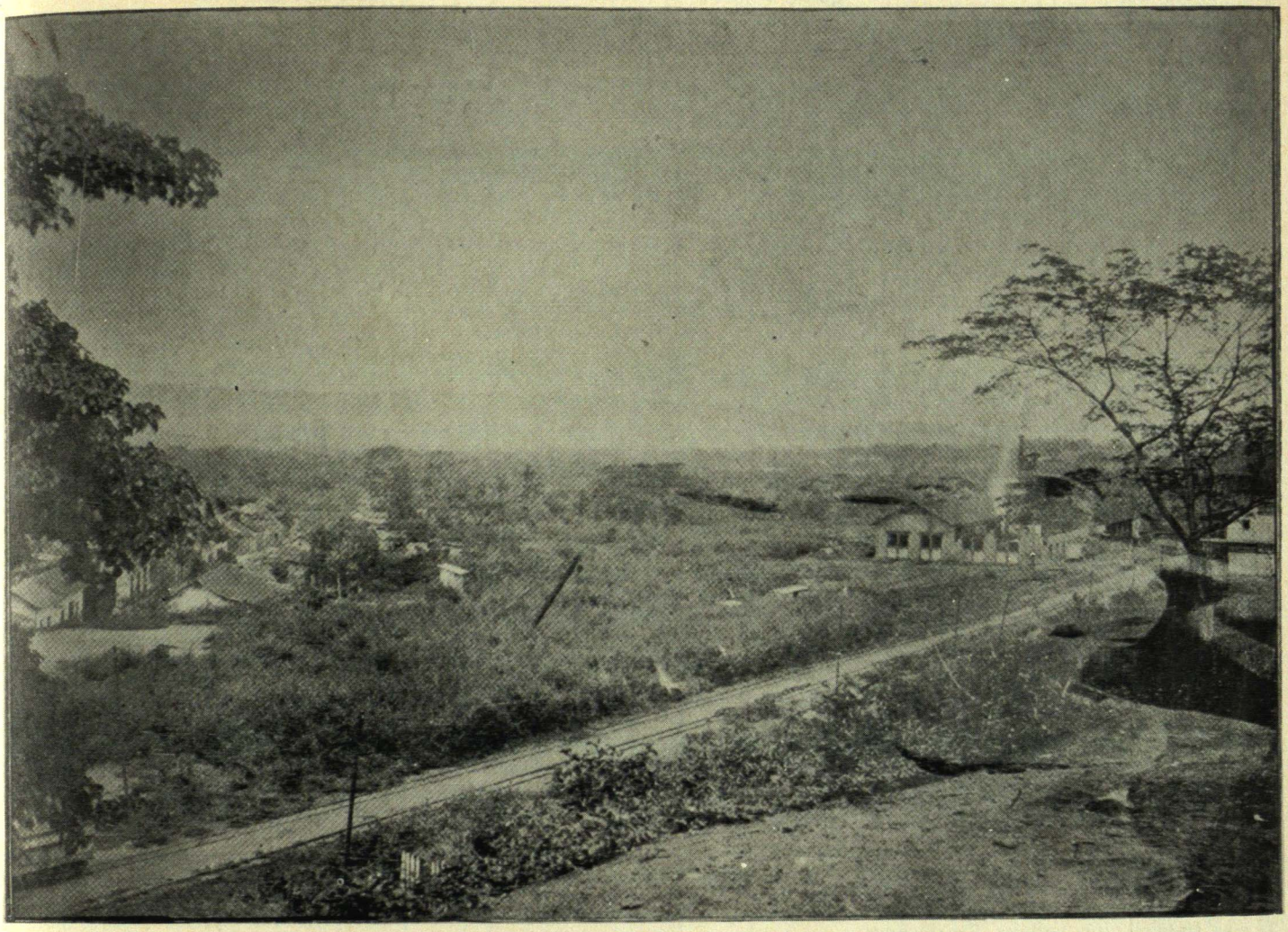
Pues llevas tus frescos abriles,
guirnaldas de risas y juegos,
con tal gentileza,
cual lleva sus alas un ángel,
un cisne sus plumas de nieve,
la flor su pureza.

Pues vas, colibrí nacarado,
buscando en las hierbas y ramas
colores y aromas,
prendada del sol, de la brisa,
del blanco aguinaldo, que al lejos
festona las lomas.

Te siguen las fiestas en coro;
la torva calumnia á tu paso
se esquiva reacia;
porque eres la Circe que truecas
las fieras en hombres felices,
porque eres la Gracia.

Que nunca te llegue la hora,
la hora fatal en que puncen
tus pies los abrojos.
Que siempre por blando camino
la maga Ilusión te acompañe,
vendados los ojos.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.



Vista de Pueblo Nuevo (Venezuela) — Fotografía de H. H. González

UN SUSTO

—

Frente á Brusquet hay un dique.

El Sena corre hacia él insensiblemente, entre dos orillas erizadas de juncos, atravesando allá campos morenos y amarillos, siguiendo aquí al pie de un camino que contornea el bosque sombrío.

Arriba del dique, dos aldeas. Brusquet y Chastevil, están una frente á la otra. La primera se escalona, al borde del agua donde se amarran sus barcos, en casitas de color borra de vino y rosa salmón, presumidas casitas incrustadas de vidrieras de color y coronadas por torrecillas. Esferas formando espejo reflejan allí el paisaje deformado. La otra aldea, Chastevil, completamente rústica, yergue por entre la vegetación sus tejas coloradas, sobre las cuales se desliza y muere, todas las tardes, el último rayo del sol.

El Sena, en ese paraje es ancho. Una isla lo corta en dos corrientes desiguales. El suave rumor que rebosan por sobre el dique, canta á la sordina, mientras que un barco-lavadero, que sirve de establecimiento de baños, los golpes de moza clavan en el silencio, desde el alba hasta el crepúsculo, incesantes chasquidos.

Un barquero hace el servicio, de una orilla á la otra, y conduce en un pesado bote á las lugareñas que van al mercado de Chantevil, ó á los parisienses de paseo que se asustan ante la perspectiva de un largo desvío, pues hasta Thomel no hay puente.

Ese barquero está siempre ebrio.

Un parisiense, M. Darsot, sobre la azotea de una de las primeras casas de Brusquet, fumaba, al levantarse de la mesa, su cigarrillo.

Soltero desocupado y rico, iba todos los años á pasar un mes á la aldea: la pesca y el remo llenaban allí todo su tiempo. Ese verano, por casualidad, se aburría, pues había quebrado con su amante; y unos amigos, vecinos suyos, con quienes contaba, se habían ido ese año al mar.

Contemplaba, con expresión melancólica, su canoa, la Aster, que duplicaba, al pie de una escalera de madera, su casco de abeto barnizado y su palo con banderola, en el agua lisa como un espejo. Imposible andar á vela, por falta de viento. Y el calor no daba absolutamente ganas de salir á caminar por el bosque.

Había dado la una, casi al mismo tiempo, en las dos aldeas. Las palas del lavadero habían callado, y también las escalas del piano que todo el día salían volando por las ventanas. El sol caía á plomo sobre el río, que chispeaba como un pez de oro. Las márgenes vacías dormían un sueño caluroso. Un oro fluido y ardiente bañaba la atmósfera. Se habría dicho que era aquélla la decoración encantada de la Hermosa del Bosque Dormido.

M. Darzot, que bostezaba, divisó, en la vuelta del camino, una falda rosa, debajo de una sombrilla roja. Se inclinó, reconoció á la elegante Mm. Gratienne; y su aburrimiento desapareció de repente.

Era porque picaba su amor propio esa joven señora despreciativa, que parecía orgullosa de la fama de su marido, el pintor del gran mundo, orgullosa de su fortuna, orgullosa sobre todo de su belleza. Entre ella y él se había establecido una especie de hostilidad: de parte del hombre, un galanteo terco é irónico; de parte de la mujer, coqueterías engañosas, á veces muy dulces, frecuentemente crueles.

Mme. Gratienne, delante de la escalera, esperaba al barquero.

*

M. Darsot, en menos de un minuto, la había alcanzado y saludado.

—¿Va usted á Chastevil, señora? Permítame que la pase.

Y designaba con la mano la canoa, amarrada á corta distancia.

—Gracias—dijo ella, secamente.—Espero al tío Ocoq.

—Es un hombre muy imprudente, recuerde—observó él, contrariado.—Es un borracho que todavía ha de causar una desgracia.

—¡Bah!—exclamó la joven desdeñosamente.

—¿No tiene miedo?—preguntó él con una sonrisa agresiva.

—¡No!—respondió ella; y miró á su interlocutor de arriba abajo, muy hermosa con su tez mate, sus ojos negros muaré, sus fuertes labios de color sangre. Sus cabellos de tinta, torcidos en caracol, evocaban la fuerza. Respiraba bien la vida y la salud, dentro de su traje rosa ajustado en el busto é inflado en las caderas. Se adivinaban sus pechos debajo de la fina tela; y, como la falda era corta, sus pies, calzados de cuero charolado, se estiraban por debajo de ella punteando con su carne blanca el calado de las medias de seda.

M. Darsot, insistió:

—Bien ve usted que el barquero no está.

Ella replicó con frialdad:

—Sí; ahí viene.

Y los dos, con la mano como pantalla sobre la frente, vieron el bote del tío Ocoq que se separaba lentamente de la otra orilla. Cortaba el río al sesgo, á golpes de remo, vigorosos y regulares. Una lugareña, llegada demasiado tarde al embarcadero, llamaba en vano al barquero para que fuese á recogerla. Sus gritos prolongados repercutían de una manera singular en el vacío. La espalda del tío Ocoq y sus movimientos tenían cierta expresión inquietante á medida que el hombre iba aproximándose. Y cuando dejó ver su cara enrojecida en la que brillaban ojos de un color azul sucio, y la risa imbécil que agitaba los pliegues rugosos de su barba, M. Darsot no pudo menos de decir:

—Va á echarla al agua; está completamente borracho.

La joven se encogió de hombros:

—¿Y á usted qué le importa? Supongo que no me acompañará.

El aceptó el desafío:

—Disculpe usted—dijo, y le tendió la mano para hacerla pasar al barco.

Una falsa maniobra del tío Ocoq estuvo á punto de hacerles caer al agua.

Una vez instalados en el bote:

—¡No tengan miedo!—dijo el barquero, escupiéndose las manos antes de volver á tomar los remos.

*

¿Que no había qué temer? Fácil era decirlo. ¡En fin!... Ya que el despecho lo había hecho subir á ese bote peligroso, detrás de Mme. Gratienne, fuerza era que M. Darsot tomase su partido. Gracias á Dios, sabía nadar. Pero ¿y la joven? Si llegaba á ocurrir un accidente ¿tenía que arriesgar él su vida por ella, con ella? ¡Si lo amara, al menos!...

Y miraba á la joven, rabioso, irritado de verla tan hermosa. De su sombrilla roja, un reflejo de fuego caía sobre su rostro y lo iluminaba con una poesía de vitrail; una de sus manos, en esa sombra purpúrea, se matizaba con un tono verde muy fino; la otra, colgante al sol por arriba de la borda, parecía una mano de luz, y los dedos, rayos blancos.

—¿Por qué me mira usted así?—preguntó al joven.

El respondió, sin desviar los ojos:

--¿Trabaja ahora Gratienne?

La joven respondió:

--No; ha ido á París.

M. Darsot preguntó después de una pausa:

--¿Va usted á ver á los Lanfry?

E indicaba con un ademán una bonita propiedad, con un plantío de tejos al tresbolillo que bajaba hasta el Sena.

--No; voy á Chastevil, á comprar alhucema en la farmacia.

Disgustado por esta sequedad, el joven volvió la cabeza y contempló el agua. Una selva delicada se transparentaba en ella: lianas flexibles, culebras de hierba, tallos de nenúfares blancos, abetos de río, de ramillas dentadas; toda una selva móvil y glauca, hecha de cristal, á la que la corriente muy fuerte doblaba completamente, y que papitaba así en un continuo y vano esfuerzo por enderezarse. Peces luminosos vagaban por ella, manchas claras aquí, fugas de sombra allá. Y el rumor de la cascada del dique, próxima ya, gruñía, de momento en momento, cada vez más sordamente.

Un choque arrancó á M. Darsot del ensueño en que se había perdido de pronto. El joven se sobresaltó: apretándose contra él, completamente pálida, con sus grandes ojos negros que se habían hecho enormes, Madame Gratienne temblaba de pies á cabeza. M. Darsot siguió la dirección de su mirada y vió al tío Ocoq. Congestionado, hosco y riéndose entre dientes, el barquero, sacudido por un hipo extraño, remaba con todas sus fuerzas, torpemente. Había dejado que la corriente arrastrara al bote, y la embarcación penaba entonces, inmóvil, contra el empuje de las aguas; y, por una ilusión, parecía que éstas, al correr rápidas como una caída, la llevaban directamente al dique.

*

--¡Eh!, tío Ocoq!--gritó M. Darsot.

--¡Tengo miedo!--dijo la joven.

Las aguas corrían; la resistencia del bote disminuyó. La embarcación describió un cuarto de círculo, indecisa; después se dejó arrastrar bruscamente, perdió una decena de metros en tres segundos. Desorientados los remos golpeaban el agua estúpidamente.

--¡Bestia! ¿Qué es lo que está haciendo?

Y, con un movimiento instintivo, M. Darsot se levantó á medias.

--Yo sé, yo sé; no tengan miedo--dijo el barquero, sin dejar de reír entre dientes; y, echándose sobre los remos, con una falsa maniobra que hizo girar el bote, remó firme siguiendo la corriente... ¡derechamente al dique esta vez!

La joven soltó un grito. Y M. Darsot la sintió toda sobre él, contra él, en él, con los brazos al rededor de su cuello, el rostro contra su rostro, las piernas contra sus piernas. La joven lo abrazaba, lo paralizaba, balbuciendo:

—¡Sálveme! ¡Sálveme!

El respondió:

—Suélteme inmediatamente. No hay peligro.

Y ordenó:

--¡Tío Ocoq, deme los remos!

--¿Mis remos? ¡de ninguna manera!--decía el barquero con una risita hurlona.--Mis remos me conocen. No conocen á nadie más que á mí.

--Suélteme, señora--repetía el joven;--le juro que no corre ningún peligro.

Y á la fuerza se desasió del abrazo, repitiendo:

--No se mueva de ahí; déjeme hacer á mí. No haga un solo movimiento, ó estamos perdidos.

La joven, paralizada y prendida al bote, se dejó soltar. M. Darsot se inclinó, se deslizó hasta el barquero.

--¡Los remos!--le intimó completamente lívido, con los ojos duros, la expresión homicida, dispuesto á todo.

--¡Váyase al diablo!--dijo el barquero.

Un puñetazo, asestado como para matar un buey, en el medio de la frente, aplastó al imprudente. Se desplomó, soltando los remos, de los que se apoderó M. Darsot.

*

Ya era tiempo, pues estaban á veinticinco metros apenas del dique. Las aguas se deslizaban con una rapidez vertiginosa; se oía el ruido de su caída, un hervidero furioso.

Entonces, la angustia fue otra: ¿lograrían salir de la corriente? Pie á pie, centímetro por centímetro, el joven luchó, ganó un poco de terreno, después más. Más tarde confesó que ese momento de espanto, por cruel que hubiera sido, no había igualado para él en sufrimiento al estupor del primer instante de confusión. Entonces luchaba al menos, un instinto de batalla lo exaltaba. Al ver á Mme. Gratienne casi desvanecida, sin conciencia y sin movimiento, en esos pocos minutos se enamoró repentinamente, locamente, de ella. Preveía ya el momento en que, vencido, deslizándose poco á poco hacia una muerte segura, soltaría todo y se precipitaría sobre ella, la estrecharía furiosamente, á fin de salvarla ó morir en ese beso supremo.

Un cuarto de hora después, tocaban la orilla; y M. Darsot se llevó precipitadamente á la joven, dejando que el barquero recobrara el conocimiento bajo los golpes del agua que unas lugareñas que habían acudido le echaban en la cara, renegando:

--¡Viejo borrachón! ¡Ha bebido hasta reventar!

M. Darsot llevó á la joven á casa de los Lanfry, que estaban ausentes. Le hizo traer un vaso de agua, que ella bebió con avidez.

--¿Cómo se siente, señora?--le preguntó respetuosamente.

--¡Bien! ¡oh! ¡muy bien!--respondió ella; y mirándolo con ojos muy dulces, humillada y tierna, bajó la cabeza.

El comprendió que ella lo amaría. De pronto, la joven le tomó la mano y depositó en ella un beso, después de lo cual rompió á sollozar.

Los dos volvieron juntos, al caer la tarde, por el largo desvío del puente de Thomel, porque por nada del mundo habría vuelto ella á pasar el agua. Habían hablado mucho, sin duda, pues no se hablaban ya; pero sus ojos y sus sonrisas tenían cierta expresión enternecida y solemne.

El temor á la muerte había hecho nacer, en ella y en él, el amor.

P. Y V. MARGUERITTE.

Curso Fundador de la Clase de Sociología en la Universidad Central de Venezuela. — Profesor, Doctor Carlos León

LA VISION SUPREMA

—

Pedro Sogerolles se despertó muy tarde de un sueño febril turbado por ensueños exasperantes. Con un movimiento brusco se incorporó é interrogó al espacio delante de sí.

Le rodeaba la noche. Y sin embargo sentía sobre su rostro la caricia tibia de un rayo de sol.... Sus manos se agitaron en el vacío como para arrojar una pesadilla.

Sus pupilas dilatadas imploraban la luz del día. Lanzó un suspiro de desesperación: recobraba la memoria exacta de las cosas: ciego, estaba ciego.

Hacía algunos meses que había sido atacado súbitamente por la ceguedad. No podía acostumbrarse á su desgracia, admitir por verdadero el hecho brutal. El sueño le ofrecía el prestigio de paisajes radiosos. Así buscaba en él la ilusión de la vista, pero el despertar le infligía un nuevo suplicio. Las tinieblas se oponían á sus miradas desesperadas. Le oprimía la angustia. No quería creer en la realidad. Se debatía contra ella, y vencido por fin, no se resignaba sino que maldecía el destino que á él, joven, ávido de vivir y de gozar lo había reducido á la impotencia.

En los comienzos de la enfermedad había creído que sería pasajera, pero pasaba el tiempo sin que ninguna mejoría se manifestase apesar de los tratamientos seguidos. A medida que se disminuía la esperanza de curación se alteraba su carácter, se hacía desconfiado, suspicaz, insociable, y para sustraerse á las palabras de aliento y de consuelo de sus amigos se había retirado á su casa de campo con su esposa.

Por lo demás tampoco allí había encontrado la soledad deseada. Afluían á ella los visitantes so pretexto de informarse de su salud, pero en realidad para cortejar á su mujer, Marta Sogerolles.

Por lo menos así se lo imaginaba él, pues los celos destrozaban su corazón. Sabía que Marta era coqueta. Mientras que él había gozado de la vista, aquello no tenía consecuencias, puesto que vigilaba con destreza todas sus acciones. Ahora que estaba reducido á la impotencia podía engañarlo á su sabor.

Y ella lo engañaba. La semana anterior él dudaba todavía; ahora tenía la certidumbre: carecía de pruebas, pero su sensibilidad afinada le hacía comprender que algo raro había pasado.

Marta tenía una manera distinta de acercarse á él y parecía cogerle la mano, como apesar suyo, para guiarle. De su cuerpo emanaba un perfume más capitoso. Tenía en su voz nuevas ternuras como que recordase en sus inflexiones, palabras dirigidas á otro. Y este otro Pedro Sogerolles lo conocía: era el hermoso, el irresistible Bernardo Laugeune, aquel fatuo que pretendía todas las mujeres, aquel imbécil que, valiente en la obra del amor, era cobarde ante la ameza de la espada, aquel miserable que no se había atrevido á Marta, mientras que él, Pedro, podía vengarse y que ahora, seguro de la impunidad, se la robaba en su propia casa.

Ciego ¡ay! sí lo estaba. Pero si su retina paralizada se negaba á recibir las vibraciones de la luz, en cambio su percepción interior, singularmente aguzada, le permitía excrutar las almas, adivinar sus pensamientos secretos, ver sí, ver los gestos prohibidos, y también, que hacía poco, en la atroz claridad del sueño le habían sido repetidos los menores detalles, los más persuasivos, los más torturantes.

Con los dientes apretados, silbó, más que pronunció estas palabras:

—Marta. Laugeune.

El ayuda de cámara, de guardia en la pieza vecina, apareció:

—¿Qué desea el señor?

—¿Yo? Nada. ¿Ha venido alguien?

—El señor Bernardo de Laugeune: no ha querido que se molestase al señor.

—Ah! ¿Ha partido ya?

Se expresaba con trabajo, martirizando los músculos de su rostro para disimular su emoción.

—No. La señora lo ha recibido y me ha ordenado que añada un cubierto más para la comida.

—Bien, muy bien.

Hubiera querido abofetear al lacayo, imaginándose su sonrisa obsequiosa y burlona entre los labios afeitados. Añadió después de un momento de reflexión:

—Marchaos! Voy á descansar un poco más. Llamaré cuando lo necesite.

El lacayo se alejó y Pedro Sogerolles, con el oído atento, comprendió que ba-

jaba la escalera y que nadie subía á reemplazarlo.

Apretó convulsivamente los puños. El furor hacía palpitar tumultuosamente su pecho. El sueño no le había mentido. El enemigo, el malhechor estaba allí, y Marta....

Se levantó vacilante, con los brazos tendidos hacia adelante, amenazador.

A tientas se dirigió á su escritorio, abrió una gaveta y tomó lo que buscaba....

—Ah! Podemos todavía causar miedo y hacer daño!....

Entonces marchando suavemente, cautelosamente, la mano apoyada en la pared, llegó al vestíbulo.

Su mano encontró la baranda de la escalera, bajó, se detuvo escuchando el menor ruido que le hubiera revelado una presencia humana.

La casa estaba silenciosa: fuera sólo se oía el rastrillo del jardinero sobre la arena.

Pensó con amargura:

—Temo ser sorprendido en mi casa como un ladrón, y sin embargo el ladrón no soy yo....

Exagerando las precauciones entró á un corredor, escuchó tras una puerta que daba acceso al gran salón y en seguida entró en él.

El ruido de sus pasos se ahogaba en los tapices, retenía el aliento, tocaba ligeramente los muebles que hallaba en su camino y se dijo otra vez:

—Juego á la gallina ciega. Desgraciado de aquél con quien tropiece mi mano....

Abrió la puerta del saloncito con una lentitud calculada. Se admiró á sí mismo de su habilidad y astucia. En seguida escondido tras las cortinas oyó voces....

Marta y Bernardo de Laugeune estaban en el fondo de la pieza. Ella medio tendida en su butaca y él á su lado besándole las manos.

—Esto es malo, esto es malo—decía—si él supiese.

—¿Cómo queréis que sepa?

—Ya sospecha algo.

—Bah! ¡qué importa!

Rodeó la cintura de Marta con su brazo y levantó la cabeza besando sus labios.

—Si alguien entrase—murmuró ella devolviéndole el beso.

—¿Quién va á entrar? Vuestros lacayos no cometerán una incorrección.

—¿Y él?

—¿El? Es ahora un niño que se lleva de la mano.

—¡Ay!

—Hipócrita! ¿Acaso teneis pena por eso?

—No, pero lo compadezco.

—Tenéis buen corazón.

—¡Oh!

Marta rechazó vivamente á Laugeune y con la boca abierta sin poder lanzar el grito que su gargarta contraída por el terror no dejaba escapar, le enseñó la cortina que acababa de levantarse y caer detrás de Pedro Sogerolles.

Bernardo de Laugeune se levantó como movido por un resorte y retrocedió hacia la ventana. Marta se puso á su lado.

Pedro no se había movido de su puésto. En su mano brillaba el revólver que apuntaba á la pareja. Su rostro, momentos antes lívido, se cubría de púrpura. Sus labios temblaban sin proferir las palabras que parecían atropellarse en ellos.

—El no ve—cuchicheó Marta.—Ven por aquí.... Despacito.... Nos escaparemos....

Bernardo obedeció. Pero como imantado por ellos, el cañón del revólver los seguía en su fuga muda....

—¿Pero acaso ve?--murmuró Bernardo.

—Es verdad.... Creo que ve....—balbuceó Marta.—Estamos perdidos....

Como dos animales amedrentados que no saben como evitar el peligro, se inmovilizaron en un rincón, encogiéndose, esperando, sin saber qué....

Las pupilas de Pedro fulguraban con todo el fluido vital que á ellas afluía. ¿Veía ó sólo estaba alucinado?

En una nube de púrpura y fuego se movían delante de sus ojos las figuras que su revólver apuntaba con precisión. El las identificaba con las palabras. Y no se daba cuenta si soñaba ó si una vista sobrenatural había llegado á sus ojos muertos. Sus sienes latían desordenadamente. Sus manos se crispaban en la seda de la cortina. Iba á tirar. Pero antes les gritaría su desesperación, su desprecio....

El revólver se escapó de sus manos y balbuceó:

—Cochinos!

Y cayó como una masa inerte. Pero los ojos, desmesuradamente abiertos, parecían ver, terriblemente ver, insultar con su odio la pareja espantada, que el crepúsculo sepultaba en sus sombras....

ROBERTO SCHEFFER.

GEMA LÍRICA

—

Un poeta que se embriaga con un vino generoso de tristeza:
un poeta que padece la nostalgia de sus montes de Occidente;
un poeta que en el sueño del artista guarda el sueño del ausente;
un poeta que su gema de añoranza monta en oro de belleza;

un poeta que en tus pampas —de tu sol bajo la cálida fiereza
tropical—de sus montañas sueña un bosque y una brisa y una fuente;
un poeta de otros climas, cuyo nombre es ignorado de tu gente,
hoy engarza en tu diadema de un soneto raro y triste la turquesa.

Hoy engarza en tu diadema la turquesa de un soneto raro y triste,
porque ayer, bajo la tarde fulgurante de la fiesta,—no supiste
cuándo fue, porque mirabas la proeza de un gallardo coleador,—

el nostálgico poeta, contemplando tu hermosura donairosa,
vió en tus ojos y cabellos de tinieblas, y en tu gracia majestuosa,
los cabellos y los ojos y la gracia de la niña de su amor!

A. ARVELO LARRIVA.

Calabozo, 1904.

RENACIMIENTO

—

El ritmo, el gran rebelde, me rinde vasallaje,
y cuando quiero ríe, y cuando quiero vuela,
y he domado á mi estilo como á un potro salvaje,
á veces con el látigo y á veces con la espuela.

Conozco los secretos del alma del paisaje,
y sé lo que entristece, y sé lo que consuela;
y el viento traicionero y el bárbaro oleaje
conocen la invencible firmeza de mi vela.

Amo los lirios místicos y las rosas carnales,
la luz y las tinieblas, la pena y la alegría,
los ayes de las víctimas y los himnos triunfales.

Y es el eterno y único ensueño de mi estilo
la encarnación del alma cristiana de María
en el mármol pagano de la Venus de Milo.

FRANCISCO VILLAESPESA.

EL HIJO DEL CAMINO

—

M. Felicieu, burgués de Orleans, de paso en un balneario de Normandía,—50 años.
Mme. Felicieu, su mujer—41 años.
El Bohemio—35 años.
La Bohemia—25 á 30 años.
Primer campesino.
Segundo campesino.

I

Un camino largo y polvoriento, sobre la costa, en lo alto de grandes rocas calcáreas. La llanura de un lado, del otro, la mar. A la orilla de una laguna pantanosa, media legua antes de la aldea de Cotteville, un campamento de bohemios. Dos carromatos. Caballos Cocina y marmitas en pleno aire. Gritos. Balidos de cabras. Un hombre de piel cobriza que parece el jefe, desnudo hasta la cintura, se enjabona la cabeza, en una ponchera llena de agua espumosa. Una mujer, de falda escarlata, joven y bella, se peina. En su mano gorda y bruna, brilla un anillo de plata. Dos muchachos color de aceituna, luchan riéndose y mordiéndose. Sentado en el suelo un niño de un año, armado de una cuchara de madera, come al lado de un perro lanudo. La misma pasta humeante en un caldero negro es para ambos. En la brisa vuela un olor de grasa, de pomada y de tomate. M. y Mme. Felicieu, que dan un breve paseo antes de comer, hacia las siete, se paran y miran. Dos perros encadenados bajo los carromatos se alzan sobre sus patas y ladran amenazantes.

El hombre. ¡Quieto Dao! Cállate, Ratón.

(Los animales se tranquilizan.—A los paseantes:) No son bravos, pero sueltos os arrancarían los brazos.

M. Felicieu.—¡Ah! ¿Sí? Hermosos perros! (al hombre.) ¿No sentís frío al lavaros al aire libre.

El hombre.—(Frotándose el torso desnudo con un puñado de paja.) Jamás. Yo soy del país del sol. Yo llevo el sol en mí.

Mme. Felicieu.—¿De qué país sois?

El hombre.—Del Sol.

M. Felicieu.—Ya entiendo. Del Sur. ¿Pero de dónde? ¿De Burdeos?

El hombre.—De más lejos.

M. Felicieu.—¿De Tolosa?

El hombre.—Más allá.

M. Felicieu.—¿De los Pirineos?

—El hombre.—Mas allá. De los países rojos.

M. Felicieu.—¿De España? ¿Entonces, no sois de Francia?

El hombre.—(Poniéndose una franela rayada) ¡Sí! ¡No! Yo soy de todas partes. Yo soy de ninguna parte.

M. Felicieu.—¿Nómade?

El hombre.—Justo. Yo sigo mi sombra. Yo voy tras el viento.

M. Felicieu.—(Designando á la mujer que escucha impasible.) ¿Esa es vuestra mujer?

El hombre.—Sí. Ella también es de allá.

M. Felicieu.—¿De dónde?

El hombre.—Del Sol.

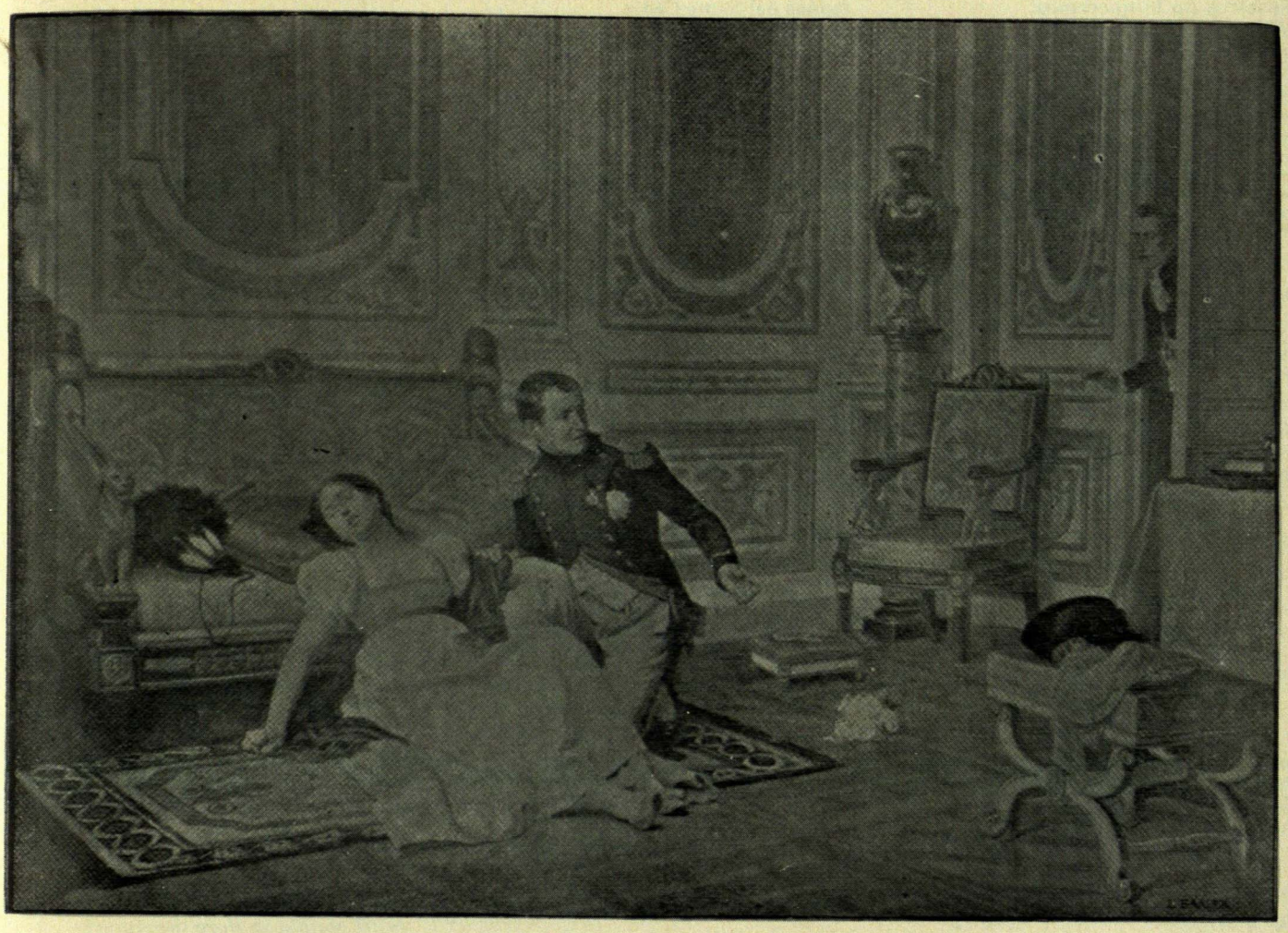
Mme. Felicieu.—(Fijándose en el niño.) Tenéis un bello hijo.

El hombre.—¿Lo encontráis....?

M. Felicieu.—Ciertamente.

Mme. Felicieu.—¿Es de vosotros?

La mujer.—De nosotros.



VISPERA DEL DIVORCIO: Napoleón y Josefina. - Por Baader

El hombre. ¿Lo habéis mirado solamente?

M. Felicieu.—Si. Será un muchacho robusto.

El hombre.—No lo habéis mirado bien. Es una niña.

M. Felicieu.—Yo habría jurado....

El hombre.—(Tomando al niño de una mano y alzándole hasta las axilas su camiseta corta.) Vedla. No tiene sino trece meses. Y qué bien musculada! Ella ahoga un pato con sus manecitas, come como un hombre, masca el pan de tres días, tritura los huesos. Tiene el vientre duro como un vaso de bronce. (Palpándole los miembros.) Mirad sus costillas, tocad sus riñones, sus piernas. Nunca le da fiebre ni catarro! (Abriéndole la boca.) Ved sus dientes y su lengua. Es un lobezno. (Alborotándole los cabellos.) ¿Y sus cabellos? Es una seda negra. ¿Y sus pies? ¿Y sus manos? (Dirigiéndose al niño.) ¡Grita! (El niño lanza un grito semejante al de un animal salvaje.) ¡Corre! (El niño se lanza á la carrera.) ¡Párate! ¿No es verdad que es muy bella?

M. Felicieu.—¡Magnífico!

El hombre.—Yo os la vendo.

Mme. Felicieu.—(Sofocada.) ¿Y ella está á la venta? Vos la v....

La mujer.—El os lo dice.

El hombre.—¿Tenéis hijos?

M. Felicieu.—No.

El hombre.—¿No lo lamentáis?

Mme. Felicieu. Algunas veces.

La mujer.—Hé aquí una ocasión.

El hombre.—Es Dios quien os la envía. No encontraréis ninguno mejor que éste. Los hijos de los caminos son más bellos que los hijos de las ciudades, de las casas y de las calles, porque ellos crecen al viento, al granizo y al sol, sobre la yerba, bajo la tienda.

Mme. Felicieu.—¿Por qué vendéis vuestro hijo?

El hombre.—Porque nos pertenece, porque es nuestro.

Mme. Felicieu—Justo. ¿Entonces no lo amáis?

El hombre.—Yo la vendo porque la amo.

Mme Felicieu.—¿Cómo es eso?

La mujer.—Para que sea rica, para que sea vuestra heredera, para que tenga collares.

El hombre.—De todos modos ella puede seros muy útil. Yo no os engaño. Ella será muy fuerte. Cargará el agua, la leña, el hierro y las piedras, si vosotros lo queréis. Ella matará los pájaros del cielo, arrojándoles guijarros, alcanzará una liebre á la carrera. Ella conoce las yerbas venenosas.

M. Felicieu.—Pero.....

El hombre.—(Insistiendo). Ellas las conocerá. Sin necesidad de aprendizaje. Ella os leerá el porvenir en las manos. Las abejas la conocen y las serpientes son sus amigas. A los trece años, la edad del amor, tendrá á sus pies muchas monedas de oro. Pero no tenemos tiempo para esperar hasta entonces.

La mujer.—Por ahora....

Mme. Felicieu.—Todo eso me es indiferente. ¿Es ella dulce?

El hombre.—¡Si es ella dulce!

La mujer.—Santa Trinidad. Tocad su piel. Es de papel de carta.

M. Felicieu.—Mi mujer quiere decir si es dulce de carácter, si es buena.

El hombre.—Ella os amará como un falderillo, ella os lavará los pies, ella os frotará las rodillas.

La mujer.—Ella pondrá fuego á la casa de vuestro enemigo.

M. Felicieu.—¡Gracias!

Mme. Felicieu.—¿Cómo se llama?

El hombre.—Ridka.

Mme. Felicieu.—No me gusta ese nombre. Si ella fuera mía, yo la llamaría Eudosia, como se llamaba mi mamá.

El hombre.—Vosotros la llamaréis como os plazca. ¿La aceptáis?

Mme. Felicieu.—¡Ciertamente no! Pero.... ¿cuanto queréis?

El hombre.—(Resueltamente.) Mil francos.

M. Felicieu.—¡Mil francos!

La mujer.—Mil.

El hombre.—¿Os parece mucho? A un inglés que nos ofreció ochocientos le hemos dicho que no.

La mujer.—Ella vale mil.

—El hombre.—(Al niño.) Enseña tus dientes. De nácar. ¿Tus manos? Tus....

M. Felicieu.—Está bien. Es suficiente... Nosotros no lo queremos.

El hombre.—¿Estáis bien seguros? Yo os conozco. No sois del país del Sol. Sois del centro de la Francia. Regateáis el precio para obtenerla por lo mas ínfimo. Os mortificáis. Decidíos cuanto antes. Nunca haréis un negocio como éste.

Mme. Felicieu.—(En voz baja á su marido.) Vámonos.

M. Felicieu.—(En el mismo tono.) Vámonos.

Mme. Felicieu.—Me es repulsivo.

M. Felicieu.—A mí también, pero me es interesante. (Revolviéndose.) ¿Y muchachos? ¿No tenéis muchachos?

El hombre.—Sí. Dos. Pero no los vendemos. Siento que no hayáis querido á Ridka. Ya que no ha sido de vosotros esta tarde, mañana, pasado, será de otro. Ella encontrará quien se la lleve.

M. Felicieu.—¿La ofrecéis como hoy, á uno ó á otro?

El hombre. Sin duda.

M. Felicieu.--Y la otorgaréis al mejor postor

La mujer.—Ella hará su fortuna.

Mme. Felicieu.—Y ¿aseguráis que será feliz?

El hombre y la mujer se ríen.

El hombre—¿Pero qué mal queréis que le hagamos?

La mujer. Ya se lo hubiéramos hecho.

El hombre.—¡Ah!, de qué distinta manera obraríamos nosotros los bohemios, si no la vendiéramos. Es bien sabido que nosotros nos robamos a los niños, para hacerlos sufrir....

Mme. Felicieu.—Ya lo sabemos.

El hombre.—Que los apretamos entre dos planchas, para hacerlos bufones, que les enterramos clavos en el cuerpo.... Y otras mil cosas curiosas....

La mujer.--(Mostrando sus dientes blancos en una risa muda.) Testa del Cristo.

El hombre.--¿Pero, vosotros, los ricos? Os podéis pasar sin el tormento. Desde el momento en que la compréis, será vuestra como un pájaro de las Islas. Por lo tanto, resolveos! (El le dice al niño.) ¡Grita! (Ella grita.) Un signo de cabeza y os la llevaréis envuelta en vuestra falda.

Mme. Felicieu.--(Muy turbada dirigiéndose á su marido.) ¡Vámonos! Yo te lo ruego. A prisa.

M. Felicieu.--(A los bohemios.) Dejadnos.

El hombre.--(Mirándolos alejarse lentamente.) ¿No os resolvéis todavía? En fin, pensad toda la noche. Permaneceremos aquí toda la semana.

Mme. Felicieu--(á su marido.) Esas gentes me inspiran horror.

M. Felicieu.--¡Cálmate, querida!

II

Lo que se hubiera escuchado, mal y por retazos, si se los hubiera seguido, un poco cerca.

Mme. Felicieu.--Donación..... Irrazonable.... Condiciones..... Heredera.... Se muerde los dedos..... Impresión en Orleans.

M. Felicieu.--¡Muy grave! A tener los medios..... ¡ah!! nunca jamás.

Mme. Felicieu.--Y sin embargo.... por momentos yo..... no es acaso la Providencia?

M. Felicieu.--¡Ah! Si tú... no.... no. Mucho más práctico.... huérfana... Hermanas del Santo Cádiz.

Mme. Felicieu.--Hablemos; nueve veces contra diez, ¿será malo volver?

M. Felicieu.--Hay que pensarlo.

La noche cae.

III

Al día siguiente á las nueve, aparecen en el camino. Están muy pálidos, graves y con un aire de ansiedad increíble.

M. Felicieu.--¡Qué imprudencia! ¡Qué locura! En fin, tú lo has querido. No podré jugar una sola partida de billar en todo el año.... ¿Por qué no nos arrepentimos?

Mme. Felicieu.--(Que le precede y camina mucho más de prisa que su marido.) No. No. Gracias. Cállate. Tú has dicho sí. Yo te amo. No te arrepientas. (De pronto se detiene.) ¡Ah! Dios mío! Ah!

M. Felicieu.--(Inmóvil en su sitio.) Se han marchado!

En efecto, la ruta está desierta en toda su extensión. No se distingue sino á un borracho, que hace su camino tambaleándose. En el campamento abandonado, dos campesinos registran un montón de harapos.

Mme. Felicieu.--(Aterrada.) Han partido. (A su marido.) ¿Ya lo ves? Demasiado tarde! Demasiado tarde! Yo quería venir anoche. Pero ellos no deben estar muy lejos. (A los campesinos.) ¿Cuando se han ido? ¿Esta mañana?....

Primer campesino.--No. Ayer tarde, después del *Angelus*. Cuando el faro se alumbró.

Segundo campesino.--Ellos llevaban un niño muy bello, que cantaba como una marmota.

Mme. Felicieu.--(Muy exaltada) Es ella. Es ella. Mi muchachita! (A su marido.) Es necesario correr tras ellos. Prevenir á los gendarmes....

M. Felicieu.--¿Para qué? ¡Mi pobre amiga! ¡Para qué ya!

Primer campesino.--(A Mme. Felicieu.) ¿Qué decís vos? (A M. Felicieu.) ¡Correr! ¡Para qué ya! (A Mme. Felicieu.) ¿Acaso esos hijos de Satanás os la han robado? ¿Ella era hija vuestra?

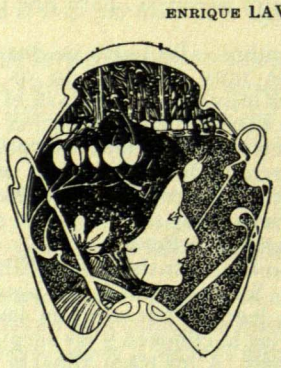
Mme. Felicieu.--No. Pero era como si lo fuese.

Ella llora.

M. Felicieu.--(Muy amable.) Toma mi brazo.

Ella se deja conducir. Cae una pequeña lluvia fina, fina.....

ENRIQUE LAVEDAN.



SENSACION

—

A Alejandro Fernández García.

Sabrosa noche de cuento!
Bravo! por la cerradura
Yo no sé qué partitura
Se empeña en silbarme el viento.

Como un chiquillo me siento,
Y buscando la frescura
De la cama, en su envoltura
Me arropo hasta el mismo aliento.

Y oigo en rumor apagado
De las medrosas traillas
El aúllo prolongado....

Oh noche de almas sencillas,
Te acaricio acurrucado
Besándome las rodillas!

LUIS CHURION.

1904.

* * *

Triste calma.
La tarde se espesa.
El rumor de una sorda campana
por el dulce paisaje atraviesa.

Todo el tedio de la Raza Humana
en el toque profundo se expresa
de la arcana campana lejana.

¿Dónde está el campanario donde esa
cruel esquila su lloro desgrana?

¿Dónde suena la campana? ¿Dónde?
¿Qué demonio en su hueco se esconde?

El gemir de mi propio tormento
á su lento lamento responde.

Y supongo su lento lamento
una daga metida en el flanco
de la Tarde, cuyo sufrimiento
se viste de Blanco...

JESUS SEMPRUM.

EL RETRATO

—

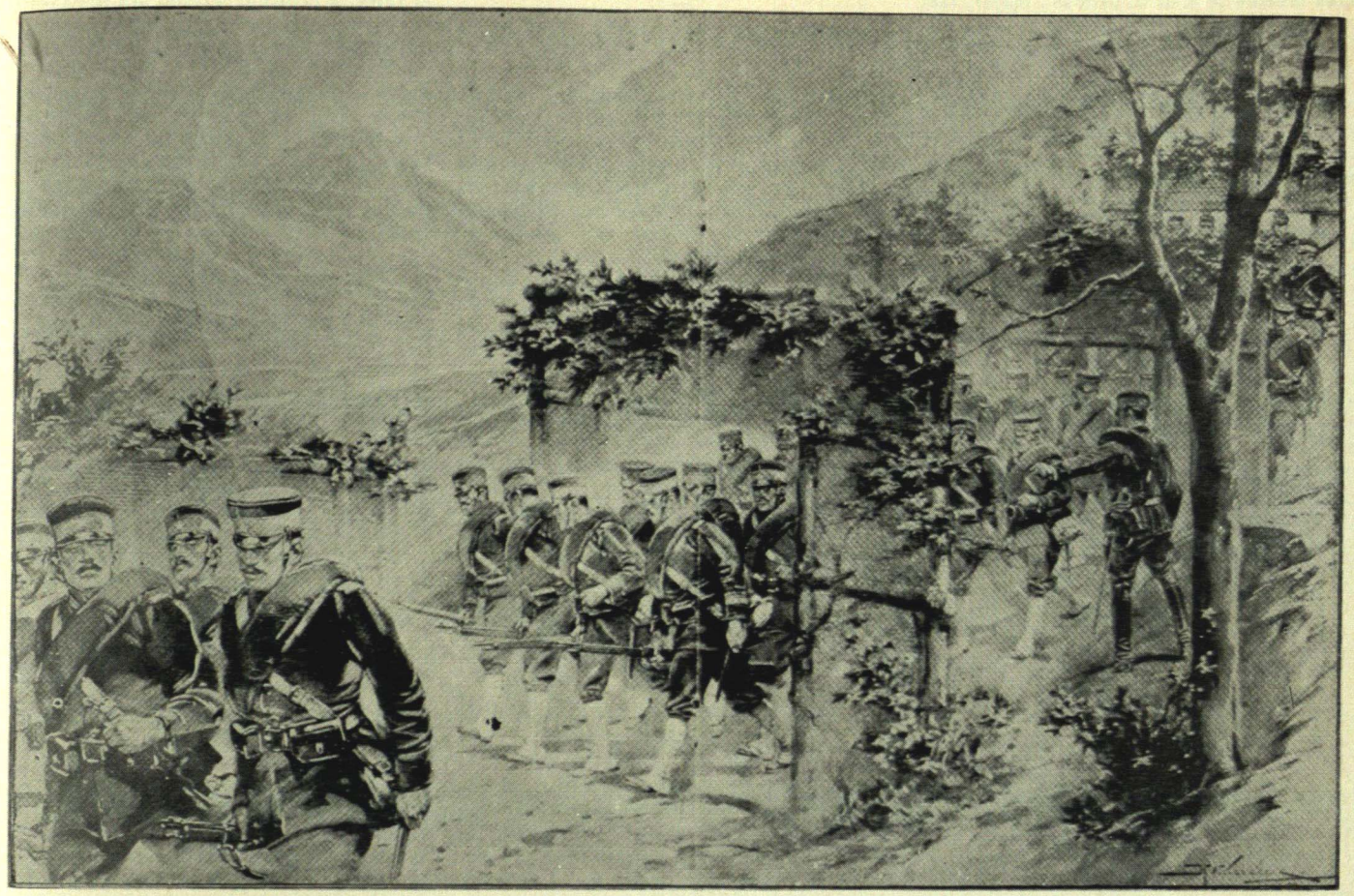
¿Qué me dicen, sonriendo con tristeza,
Viejo retrato, tus profundos ojos?
Tus pupilas son glaucas, y son rojos
Tus labios, y gentil es tu cabeza.

Me sumerge en ensueños tu belleza
Pensativa... quiméricos antojos
Me infundes, y los ásperos enojos
Disipas con tu nimbo de pureza.

¿Te conocí, tal vez, en otra vida,
Misteriosa beldad desvanecida?
¿En qué Thulé remota, en qué lejana

Región, por vez primera, me ofreciste
La flor de tu hermosura sobrehumana,
Y de tus labios la sonrisa triste?...

LEOPOLDO DIAZ.



GUERRA RUSO-JAPONESA: Marcha cautelosa de las tropas del General Kuroki, ocultas con matorrales portátiles

MIENTRAS VIVE BEOCIA

—

DEL OPIO

Libro de J. I. Vargas Vila

José Ignacio Vargas Vila es un poeta y un artista: en el oro de su verso y de su prosa ha montado la perla de su alma; y hecha ya la joya fúlgida, labrada en el silencio con el buril del dolor, la ha arrojado—desdeñoso de su tesoro—á las manos de la turba. Hoy esa perla no emprenderá su dolorosa peregrinación llevada por las alas del verso, sino que viajará en el ánfora de la prosa. Y ya va de mano en mano el ánfora fina. Para muchos dedos toscos, vivirán eternamente inéditas las filigranas, los esmaltes, los relieves, las divinas cinceladuras, pero por fortuna, los cuatro artistas solitarios y las cuatro almas selectas que honran la América, gozarán del raro deleite de admirarla. Ser artista en América, y artista noble y puro, es ser un ente exótico. Es ser algo así como el diamante Kokinoor engastado en el ébano bruñido del seno desnudo de una salvaje negra del Africa. El artista es flor de pueblos viejos. Son incapaces de comprenderlo estos primitivos pueblos bárbaros. Acaso esta distancia ha prestado un gran servicio al arte. El arte en América se ha hecho una cosa silenciosa y culminante, solitaria y orgullosa. Y los artistas, seres de excepción, rebeldes y aristócratas, recluídos en el más alto minarete de su torre de marfil, viven empeñados en forjar con el metal de su talento su propia efigie, en la forma imperecedera de una medalla altiva. De aquí la originalidad de cada artista. Y de que se escriba un poema según la preciosa teoría de Baudelaire—por el placer de escribirlo.

Andan por América muchas de esas medallas. ¿Quién no conoce la de Darío, la de Guillermo Valencia, la de Leopoldo Lugones, por no citar sino nombres extranjeros? Entre nosotros, algunos, muy pocos, hemos forjado la nuestra. Pero en cambio de tanta medalla sonora y radiante ¡cuánta moneda de mala ley, y cuántos monederos falsos!

—

Caía la lluvia sobre Caracas, una lluvia fina, lánguida, monótona..... Una lluvia gris como un pensamiento. La mañana como una melancólica faz de Pierrot, tenía de vez en cuando, la leve sonrisa de un rayo de sol. El cuarto de Hotel frío como un puñal, lo convertimos Vargas Vila y yo en la cámara suntuosa de un palacio del país de Bohemia. Leíame su libro DEL OPIO. Y mientras su voz de seda salía de sus labios finos tejiendo en el aire un invisible tisú armónico, yo juzgaba con alma alterna de poeta y de crítico la producción del camarada amigo. DEL OPIO. ¿Y por qué no? El arte es un veneno ideal. Nuestras almas como pomos herméticos los guardan todos. El veneno del amor, el del odio, el de la tristeza, el del hastío. Todos los venenos. Yo oía la música de la prosa y en las alas de la música de la prosa veía volar los venenos. Algunos volaban con el vuelo tardo y sordo de las mariposas en el crepúsculo, otros como abejas coléricas, erguido el aguijón.

Otras veces tenía para mí la lectura encanto de selva. Volaban los aromas, cantaban los pájaros, reía el agua ó lloraba, por sobre la copa de los altos árboles, se rompía en mil fragmentos sonoros, en mil prismas musicales, el eterno cristal del aire. ¿Qué sonaba con ese rumor cristalino? Era la prosa. Pero de pronto, inesperadamente, de aquel encanto de selva, surgía en el silencio, acostándose sobre las hojas, voluptuosa como una mujer, las esmeraldas de los ojos fosforescentes, la garra de marfil abierta sobre la tierra como sobre un corazón, la pantera de un pensamiento carnicero.

Luego, muertas aquellas imaginaciones producidas por la lectura, pensaba ¿de qué amarga fuente surgen estas linfas amargas? Y es que Vargas Vila, ha vivido, ha sentido y ha sufrido mucho. La vida al principio es miel y luego áloe. Su corazón es un corazón otoñal; y el otoño en el corazón como en la naturaleza es triste y amargo. No así su talento que vive en perpetua primavera, lujosa de flores, de perfumes, de rimas.....

—

Yo no hago crítica gramatical. Odio esa tarea de ratas. Cuento mis impresiones á través de los hombres y de sus obras. Si el hombre es de alma fina su labor es tela preciosa. ¿Qué importa que la tela preciosa tenga una mancha? La Venus de Milo es mútila. El lunar es la trampa del beso y no su espantajo. El verdadero arte nunca es perfecto. Así, yo no te diré que en el estuche precioso donde has guardado la perla de tu alma, la seda, á las veces, no brilla como debiera, el fino resorte cruje; yo siento en mis manos la caricia del terciopelo y me deleito mirando el oriente de la perla. Otros se encarguen de esa tarea ignominiosa; tarea, que se me antoja propia de los eunucos del alma.

—

La lluvia terminó. La mañana sonreía con todo el oro sensual de un día del trópico. Volaban de mi mente las últimas sensaciones, y en el alma me quedó como un perfume tardío, no sé qué sedimento de tristeza, algo como el viejo perfume que deja en nosotros una vieja página de Kempis.

—

La obra literaria de José Ignacio Vargas Vila no se resiente de la de su hermano mayor. Tan hermosa es una pirámide como una violeta. ¡Oh vanidad literaria! ¡Cuántos crímenes, etc.

—

Hiciste bien, poeta, en dedicar tus pensamientos y tus sensaciones á un hombre de alma fina y de espíritu sutil, capaz de comprenderte. El que ama el arte es digno del arte. Herrera Irigoyen, tú lo sabes, lo ama con amor de artista. Ahora el pequeño rebaño de hombres, que sólo mira á los hombres por un solo lado, ha visto en Herrera Irigoyen nada más que un comerciante. Nosotros sabemos otra cosa.

—

Estas líneas no son literatura. Es una ingenua rosa de sangre, de las que yo cultivo en el rincón más secreto de mi espíritu, y que hoy deshojo, sin vanas pretensiones, sobre la maravilla de tu libro y sobre la maravilla de tu alma.

A. FERNANDEZ GARCIA.

1904.

CREDO LÍRICO

I

Me gusta el verso de color suáve
que diga sus ternuras como el ave
en gorgeos de inefable sentimiento;

que guarde como un pomo sus esencias
y enseñe tras sutiles indolencias
la vida de su oculto pensamiento.

—

Me gusta el verso dúctil, vaporoso,
que vierta su perfume misterioso
en trashumantes y sencillas flores;

que corra como fuente cautelosa
sobre la hierba, y tenga de la rosa
la espina, que blasona sus dolores.

—

Me gusta el verso triste, desangrado,
que muestre su perfil crucificado
en la cruz ideal de su amargura;

y que vaya como un noble peregrino
dejando entre las zarzas del camino
fragmentos de su blanca vestidura.

II

No amo el verso de músculos de atleta
que vibra con sonidos de corneta
y ruge con estruendo de cañones;

no amo el verso que brota en la cantera
que acecha con pupilas de pantera
y que triunfa con garras de leónes.

J. I. VARGAS VILA.

ALMA Y LIBRO

—

Leyendo DEL OPIO,
por José I. Vargas Vila.

Dicen historias y afírmalo una ley de la vida, que es grata emoción vibrar desde lo alto de la potestad una voz de mando en largos horizontes sociales, en vasta pradera de torsos doblados, bajo los cuales reverbera el motín de las almas indóciles... Inefable debe ser la sensación de arrancar al azar, por medio de un número de lotería, caudal suficiente para vivir en lujo, ó siquiera sin apurador trabajo... Sorprender en cuerpo de mujer deseada el impulso que entreabre encantos, cual capullo en primavera, es honda emoción... Profunda será también la que el guerrero siente al ver triunfadoras las líneas de batalla, en la previsión de su estrategia y por el arrojo de su audacia... Pero sin duda es una emoción imperiosa la de verter nuestra esencia en las almas á través de un libro de arte. Y vagando por entre la arquitectura sutil de los misteriosos ensueños *Del Opio*, yo he fraternizado con una bella y doliente alma de artista...

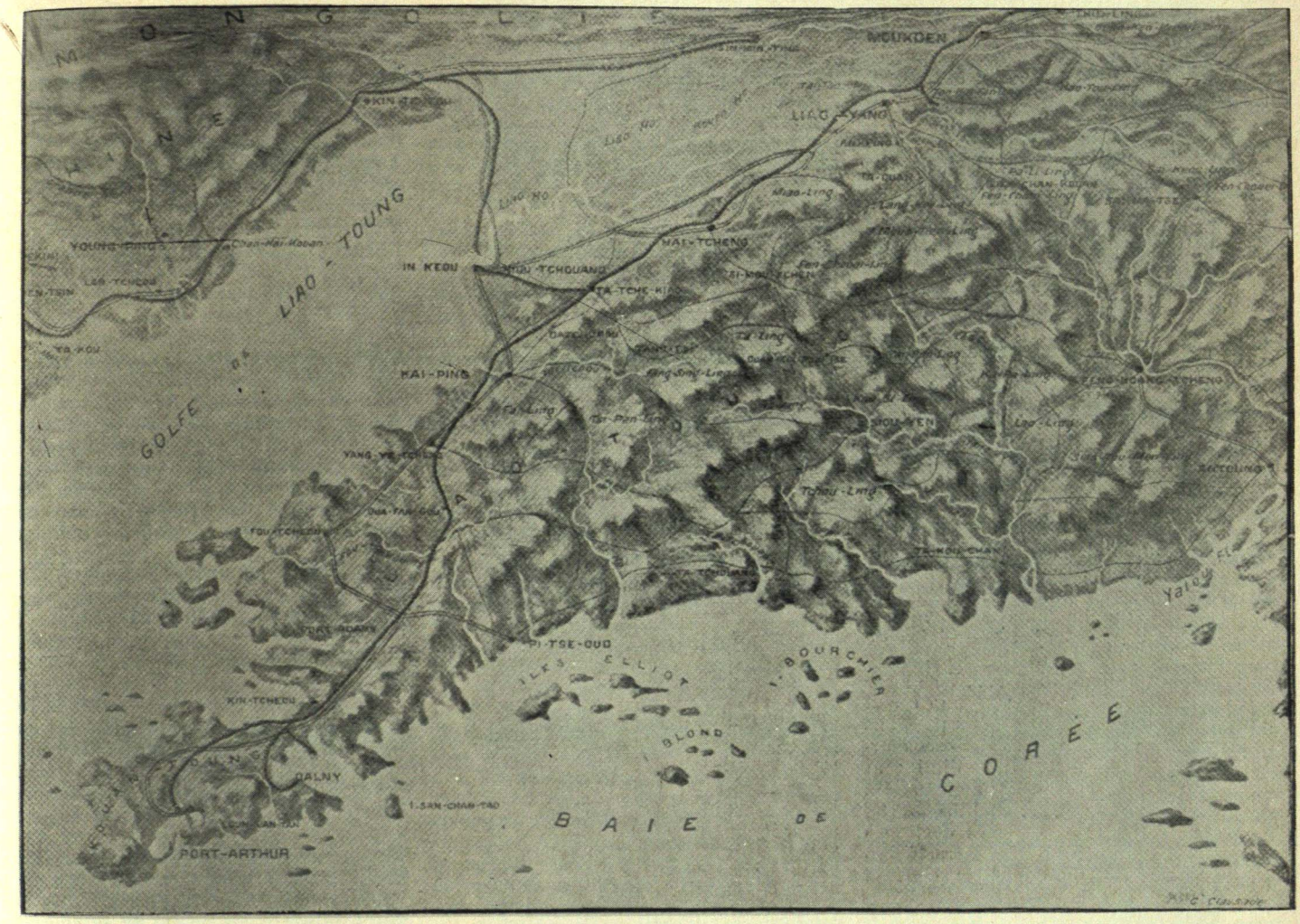
Fueron las que orearon su cuna, brisas de la brava cordillera, que cantan en las alturas donde flamea el iris cuya franja gualda es más ancha. Y por tal razón es ya nuestra esa alma, si bien lo es más aún por las afinidades características anudadoras de los espíritus con lazos diamantinos, que resplandecen como arcos de triunfo sobre los demás enlaces de convención, geográficos, políticos, de psicología colectiva, declamados cortesmente para fines inmediatos... Y en la superstición del patriotismo, yo desearía que además de hermanos, fuesen compatriotas nuestros éste y otros hombres gloriosos y de bien...

¡Cuánta palabra bella y honda dice ese delicado estilo en este elegante elzeviriano!... En la moderna literatura va el modo de escribir haciéndose joyante como cabellera de mujer; penetrante cual aroma de violeta; como la hoja de la espada, terso; melodioso cual ritmo italiano; sereno como un crepúsculo sin arreboles, en que el metal de la luz se difunde sin obstáculo en el ambiente amatista... Y al leer, el contacto de la cabellera de mujer toca los nervios como un ácido y el sér sacúdese bajo el despotismo de la fuerza sexual. Al oler la flor, el poderoso perfume entra en la sangre y la encrespa como el mar en los ímpetus misteriosos de su abismo. Vense los reflejos purpúreos en el arma homicida, refulgente y creadora. Escúchase palpitar en la tremulación del acento el espíritu del inagotable pueblo que dió al mundo el crimen refinado, el arte universo y la hermosura tirrena. Sumérgese el pensamiento en el crespúsculo y va más allá de lo humano, sobrepasa la vida en un vuelo radioso de tristeza, en un triunfante arrebato hacia el ideal rebelde, remoto é inseguro... O bien, como el de este poeta y prosador que labra escritura de platería y pule versos recamados, el estilo, que yo amo, es fina prosa menuda, cual destinada á guardar cintilantes discos de alma en los relieves, cinceladuras de joya femenina. Y quiero esta prosa de miniatura en cuyas gemas, cuando se observan con cariño y decisión, vense profundidades como de mar en la esmeralda, como de sangre en el rubí, cual de oro en el topacio, cual de absinthio en el ópalo, como de luto en el ónix, y jardines lejanos de pensamientos y miosotis en la piedra morada: profundidad que se ve por el milagroso broquel, por el ojo animado, casi viviente y sonoro de la gema... Son piedras preciosas las ideas en el trabajo del artista.

Y en la lontananza de esos paisajes vistos á través de la belleza lapidaria, está el vigor. ¿Qué obra de hombre moderno, de verdadero hombre de esta época no es profundamente vigorosa por la cantidad que encierra de alma dolorida, rebelde ó condenada? Y todo bajo la seda... Ya no suena la literatura como charanga, ni se traza la trayectoria de la frase en una gran curva detonante. Tachónase cada pedazo de cielo personal con las cláusulas, hechas como luces que titilan dejando caer sobre las frentes, ¡todas mustias las grandes frentes y las frentes pobres! rayos luminosos de diamante. Y en ese cielo, en torno de las luces y más allá de ellas, lo infinito, lo insondable, azul en el día que es cuando olvidamos, negro cuando el sol se va por otros campos y nos deja zozobrantes en presencia del enigma...

Compréndase la cruel impaciencia del artista y el inefable dolor de serlo. Quien padece la felicidad de esa pena, es una triste persona que ve mucho, y su mirada tiene del micros y del telescopio... Es un sér que siente mucho y su sentimiento es mirra... Es un cerebro que piensa mucho y su pensamiento es oro... Tal su anepígrafo en esa orfebrería. Y con la palabra, el cincel ó el color, puesto que ve tan intensamente y muy lejos, nos aclara horizontes; y mostrándonos su alma nos revela la nuestra; y dándonos su pensamiento nos pone á pensar... Y por eso es un libertador el artista. Este José Gregorio Monagas quita de la bruna mano callosa la escardilla que remueve sin remuneración la tierra, para decorarle el mango con una cinta tricolor en que va la cartulina con la cifra del contrato, con el número de la equidad... Este Lincoln redime la miserable Africa sujeta á la gleba en los Estados del Sur... Y en la geografía de las almas el Sur es todo el mapa... ¡Cuántas ánimas, ¡ay! esclavas! ¡Cuántas inteligencias ¡ay! sumidas! ¡Cuánto sentimiento ¡ay! mudo, como las notas en el viejo estradivarius cubierto de polvo! ¡Cuánto pensamiento consolador, ¡ay! encasillado en las células, dormido en la inercia de oficios materiales!... Viene el artista, adorna la herramienta con la banda vívida, ennoblece la existencia y los oficios y canta al oído de las almas que todo no ha de ser ganar mecánica ó arteramente el pan, que el utensilio da de comer al cuerpo, pero en el cuerpo hay un alma... Y es el artista, sér complejo, dolorido, fulgurante, quien pone entre la herramienta y el alma un dulce vínculo que vigoriza y centellea... ¿No es tal, por ventura, la radiante misión de un libertador?

Hay en este libro un alma irisada. Irisada con el iris de las almas, que es más intenso y vibrante que el iris de los cielos.... Está sobre la mesa una sabia gramática y también un paño de seda teñido en varios colores.... Más allá un ramo de heliotropos y un frasco de éther.... Cubro la monótona pasta ceniza del texto con la tela luciente, y dilato mi nariz sobre el misterio de la droga.... Así, no hablemos del asunto, ni del método. Este



GUERRA RUSO-JAPONESA: Mapa del teatro de las operaciones

artista lo tiene personal, como tiene su alma en propiedad saneada. No imita á otro y creo que no se permitirá imitarle, quien aspire á mantenerse en el decoro de la autonomía. Agotados secularmente los asuntos de interés humano por los viejos artífices que dominaron enantes sistematizando el ingenio, vinimos en estos tiempos raros al concepto del arte que conocéis y de la crítica que sentís. Anchamente abriríais los ojos si al presentaros hoy un libro, obra de gente moderna, quisieran haceros admirar en él, pulcra servidumbre á los preceptos y obedecimiento sumiso á las dictaduras antaño triunfadoras. En realidad, no os producirá una emoción la pura prosodia ni la matrona sintaxis, con toda su honorabilidad de rancio abolengo colonial. Si no se ve allí carne de humanidad, sangre de alma, tiempo perdido. Eso es lo que vive, solamente. Y no pretendo con lo que escribo preconizar la anarquía demoledora, ni la impertinente rebelión contra la ley bien representada y puesta en práctica por las autoridades legítimamente constituidas, merced al sufragio universal.... No: que permanezcan en pie los autómatas, si al derribarlos corremos el peligro de ultrajar honradas reputaciones y famas merecidas.... Digo que no es posible ahora el despotismo, no ya de la retórica, ni del genio, sino la libertad. Esta, que es como el gran cielo donde brillan todas las estrellas, según su magnitud.... No es posible la autocracia, porque hay mucha materia de ella en el feudalismo del talento. ¿Cómo erigir un sultanato donde hay tanta ambición y tanta aptitud de fuertes caracteres para ejercerlo? Llegaríase á las fórmulas de la política veneciana, á tender un Puente de los Suspiros sobre nuestro mar azul y poblar las maravillosas noches estrelladas con los lamentos de los supliciados.... Y cada lamento sería un himno y por lo tanto una negación de la eficacia tiránica.... Usamos, empero, el adjetivo de maestros para ciertas personas de alta, ancha y luminosa frente, que llevan la pluma en la mano, cual espada florentina.... Pero ¿maestros? No lo son propiamente, ni caudillos, ni *gamonales*... Conocemos en esto la verdad.

¿Qué son los imitadores? Nadie honra hoy la pluma, que no sepa moverla desde lo profundo de su alma, donde cada quien, en siendo ciudadano de república y no paria, lleva las nociones del derecho y la facultad de hacer *todo lo que la ley no prohiba*.... No hay partidos, y, observadlo, no hay debates.... El triunfo sale de la lucha de uno contra la totalidad: reside en un estremecimiento silencioso. Habla el artista y todos sienten: tal es la victoria!.... Sin perjuicio de que veais muchas caras solicitando con cierta mueca extraña, algo que el rudo instinto les indica que anda por el ambiente, sin llegar nunca á sentirlo: es que no vibran los que son imbéciles inevitablemente. Tal ocurre al sordo: el cual, cuando el ritmo sonante de la música sacude el aire, debe tener alguna sensación obscura, tenue, indescifrable, que no pudiendo penetrarle por el sentido, se pierde en la burdeza de la piel, como el fustazo en el anca del caballo sin brío....

¡El artista! Mientras el torrente humano se despeña loco, algunos hombres en soledad se dedican á meditar con los ojos abiertos sobre las cosas y el pensamiento en viaje.... Tal se ponen, en esa actitud inerte de las personas que se inmovilizan viendo la lluvia caer sobre las hojas y correr murmurando por los sucios arroyos..... Ellos, los taciturnos, ¿qué lluvia de oro ven caer sobre la vida? ¡La vida! ¡Qué palabra y qué cosa! A ella venimos, ¿quién y para qué nos trajo? Y lo primero es el sorprendernos. Cuando principian los nervios á electrizarse y á tener resistencia los músculos, llámase el hombre á capítulo á sí mismo y de ahí en avante permanece desconcertado en presencia de la vida y atónito en la obsesión de la muerte.... Pero sólo el hombre para ello organizado. Los demás entran sencillamente y ¡felices! se ponen á trabajar por darle gusto al cuerpo, vivir en casa grande con damasco de abarrote, comer pasteles ricos y catar mosto grueso.... Y nada del opio ni demás venenos como son el dolor de la vida, el extraño amor estético de la mujer, de la

nube, del color; ó la amplia piedad humana que filtra en el corazón la pena universal; ó el intenso miedo reflexivo de la causa incógnita, que es una misma al principio y al fin; venenos que se sienten y no se dicen, el odio, el desdén, que son en ánima de pensadores y artistas, bellas formas trascendentes de amor.... Y sobre esas condiciones esenciales, que constituyen en cierta guisa el blasón heráldico de la raza, tiene cada uno misteriosos arabescos en el sér, que están siempre moviéndose sobre el tisú psicológico, cual un brocado multicolor que luce el vario matiz de su brillo en la ondulación de la hebra luminosa.... Almas siempre jóvenes y viejas siempre; que bañándose de frescura primaveral, tienen á toda hora el presentimiento del invierno....

Paréceme este libro un arco de siete colores y once matices. Y los dos extremos del arco están apoyados en jardincitos de plantas raras, de palmas misteriosas, con flores de un perfume que os puede producir dolor de cabeza si dormís allí.... Paréceme este libro un brazalete ¿para brazo de odalisca, para brazo de virgen cristiana, para brazo de caucásica esclava del Romanoff, czar?.... Un brazalete de diez y ocho gemas en cuyo broche, como en las sortijas pontificias de otros tiempos, hay algún licor peligroso para las almas sin antídoto.... Y su frase no es sólo una faja de oro; es una grácil arquitectura que tiene plintos para sus columnatas, volutas y frisos, aéreos arquitrabes y cornisas, cariátides diminutas de una numismática que diera gusto á un cincelador medioeval.... Un libro fuerte, porque es compacto y uno: es decir, un alma! Al propio tiempo breve, traslúcido como el cristal de una copa: en ella, el vino de la vida y la embriaguez del dolor. Y tiene una euritmia que lo hace terso, libre de exabruptos, noble y urbano: es, de positivo, la euritmia de la mente que tomó el opio del arte, alternándolo con felino absinthio y cogollos de naranjo, planta ibera.... Y nació el ensueño con todas las bellezas del buen gusto. No hay en él rayo que hiere con escándalo de trueno y encandilamiento lívido de relámpago. Ahora son los días de la pólvora sin humo...

Esmeralda es una de las gemas; veo en su trasparencia lucir la lealtad, como las aguas fúlgidas en la verde piedra... Y siento la emoción conque fué escrito ese canto, que tiene el consuelo extraño de uno de esos milagrosos minutos de compensación que ofrecen la vida y el dolor...

JOSÉ AUSTRIA.

A TUS OJOS CLAROS

—

Que todas las aves de todos los huertos,
que todas las liras de los corazones
á tus ojos claros, dulcemente abiertos,
alcen á tu paso sus dulces canciones.

Que con su cortejo de palpitaciones
los aires de Mayo, trémulos, inciertos,
hasta tus oídos lleven sus conciertos
en las dulces liras de los corazones.

Los rayos de luna, con fibras de plata,
una escala tejan á tus ilusiones...
al besar tus labios, clavel escarlata,

Reina de la gracia, colmada de dones,
resuenen mis versos y mi serenata
en las dulces liras de los corazones...

EMILIO VALENZUELA.

1904.

JUAN LEON GEROME,

ESCULTOR Y PINTOR

—

Sedente, en hierática postura, la ruda y opulenta hembra beocia, sostiene en la palma de su diestra, una de esas maravillosas estatuillas votivas, que el estique de los coroplastas de Tanagra modeló para la admiración eterna del mundo. Contrastan violentamente la recia plenitud de la mujer desnuda, y la gracilidad, y la elegancia, y el primor del breve icono, drapeado en los mil pliegues de la calyptra rosa ó del himatión azul, símbolo perfecto de la ciudad membruda y brava, que no fue inmortal por sus proezas guerreras, ni por sus hazañas brutales, sino por el raro jardín de frágiles flores de Arte que eternizó su industria figulina.

«Tanagra» se llama esa evocación plástica de la ciudad bravía que supo ser exquisita, y en ella Juan León Gérome, su ilustre autor, entrañó indirectamente el símbolo del artista ideal, fuerte para ser heroico, y crear, quintesenciando su potencia, la fragilidad milagrosa de la obra de Arte inútil y divina.

Egregio y poderoso fue el artista de Francia, que, longevo y lleno de gloria, acaba de cerrar los ojos llenos de luz á los prestigios de la vida! Discípulo de Paul Delaroche, un rayo lunar caído del místico plenilunio del Maestro, llenó de melancolía y de ensueño los colores de su paleta juvenil. Pintó así «La Virgen,» «El Bambino» y el «San Juan;» pero el macilento rayo de luna se deshizo entre la luminosidad presentida de los cielos griegos y orientales. Las madonas amadas con Delaroche se alejaron en teoría de exilio bajo sus grises túnicas talares, y sobre sus huellas fugaces se alzaron los términos sobre sus fustes de piedra, llevando hacia un templo pagano á la juventud fogosa del artista. A esa época de exaltación dionisiaca se refieren las obras sucesivas de Gérome: «Anakreon,» «Baco,» «El Amor,» «Frinea ante el Areópago,».... Colorista ingénito, adorador del Sol, el pintor emprendió el viaje clásico, casi ritual, hacia el Oriente; estuvo en Egipto y en Turquía, y, como Yngres, y Delacroix, y Rousseau, y Decamps, fue orientalista, produciendo obras capitales en el género como la «La Plegaria,» «Puerta de una Mezquita,» etc.

Amante dócil y encantado de la serena armonía griega y, á la vez, moderno y pasional, concilió el pintor sus dos tendencias en el amor y el estudio de los imperiales espectáculos romanos, entre cuya carnicería gladiatoria solía aparecer, rauda y fugitiva, el alma de los juegos ístmicos, el blanco efebo estadiódromo, el anaxiomeno ó el doríforo.... Con inaudita verba, con impecable sabiduría arqueológica evocó Gérome los episodios del circo, las gigantomaquias de las arenas imperiales y las pugnas atrozmente hermosas de reciarios y samitas, de galos y mirmidones. Ya es el arrebatado esedario combatiendo desde la altura de la triga, ó el gladiador bestiario, ó los púgiles de agudas manoplas, y en torno de las hecatombes, embriagada por un acre y tibio vaho de sangre humana, la multitud, la pompa y el frenesí de la ciudad cesárea, en donde hasta las blancas vestales se tornan hijas de la loba, y asesinan con un gesto lacio de sus manos homicidas....

Esa honda y conmovedora restitución del mundo romano decadente, fue realizada maravillosamente por Gérome. Tras de los granitos de esos circos, himplan las hienas y barritean los elefantes, y un olor pavoroso y pecador, formado con las exhalaciones cadavéricas del «spoliarium,» y el perfume de histriones y cortesanas, parece rondar, como un efluvio y una atmósfera, entre los rangos de la multitud estremecida....«La muerte de César,» «Ave César,» «No hay perdón para el vencido,» son las obras pictóricas en que pasmosamente realizó Gérome la evocación de la Roma antigua.

Asuntos tan plásticos en sí, requerían otra forma de expresión más vigorosa que la superficial y simbólica de la pintura.... quizás, por ello, Gérome dejó por el cincel los pinceles, creando en grupos marmóreos y poderosas figuras, sus obras maestras de estatuaria. Así tomaron vida estética, bronces y mármoles ilustres, como el «Reciario,» el «Sagitario,» los «Grupos gladiatorios;» y, en una peregrinación regresiva á la dilecta Hélada, «Anakreonte,» «Baco y el Amor,» «Belona» y «Tanagra.»

Gérome fue un arqueólogo que vigorizó su arte con las enseñanzas de la moderna ciencia, y en mármoles tales como «Tanagra,» renovó el procedimiento de la policromía usado por la escuela ática arcaica.

No se limitó Gérome á sentir la irresistible magia del pasado, pues fue contemporáneo á veces, y pintó cuadros en que reveló no ser insensible á la electricidad tempestuosa de la vida moderna, y aun viviendo bajo el azul del cielo griego ó entre las multitudes de la Roma decadente, hizo realidades y puso en práctica esa creencia que fue una convicción de su larga y gloriosa vida: «El arte no es un reino sombrío en medio de la soledad; es la voluntad heroica de someter á bellos ritmos lo que hay de más intenso, de más trágico y de mas embriagador en la realidad de la vida.»

JOSÉ JUAN TABLADA.

POSTAL

—

A María Teresa Itúrbide.

Junto al parque en otoño,
la negrita sonríe
con veinticuatro perlas,
al azul impacible.
Vende la nubia de los ojos bellos
plumas de aves y alfombras tigres,
sortijas de las brujas,
y fresas como próvidos rubíes.

Al sonreír, la luz agonizante
del sol, la da en el rostro
y en el marfil nevado de los dientes;
y al sonreír así, con pleno gozo,
su fina cara de lustroso ébano,
evoca un joven ídolo,
el ídolo nupcial de la princesa,
que según el zoólogo,
venció en las hondas selvas de Abisinia,
la brava estirpe de los viejos monos.

EMILIANO HERNANDEZ.

Méjico, 1904.

NOTAS SOBRE PARIS

—

El parisiense viaja muy poco, no conoce más lengua que la suya, no lee más literatura que la propia. Por eso es tan arrogante y tan estrecho de espíritu. Pero no seamos demasiado severos. Hay franceses que conocen otro idioma además del suyo: son los mozos de hotel. Saben el inglés entre otras lenguas. Es decir, lo saben á la manera europea.... Lo hablan, pero no lo comprenden. Ellos se hacen entender, pero á uno le es imposible pronunciar una frase inglesa de modo que ellos penetren el sentido. Creen que lo penetran. Lo pretenden. Pero no es así. Hé aquí una conversación que sostuve la vez pasada con una de estas criaturas. La asenté por escrito entonces, para tener en cualquier ocasión el texto exacto.

Yo.—Estas naranjas son muy lindas; ¿de dónde salen?

El.—¿Más naranjas? Perfectamente. Voy á traérselas.

Yo.—No; no he pedido más. Querría saber solamente de dónde salen, de qué país proceden.

El.--Sí, señor. (Con semblante imperturbable y tono firme.)

Yo.--¿Puede usted decirme qué país las produce?

El.--Sí señor. (Con expresión amable y voz enérgica.)

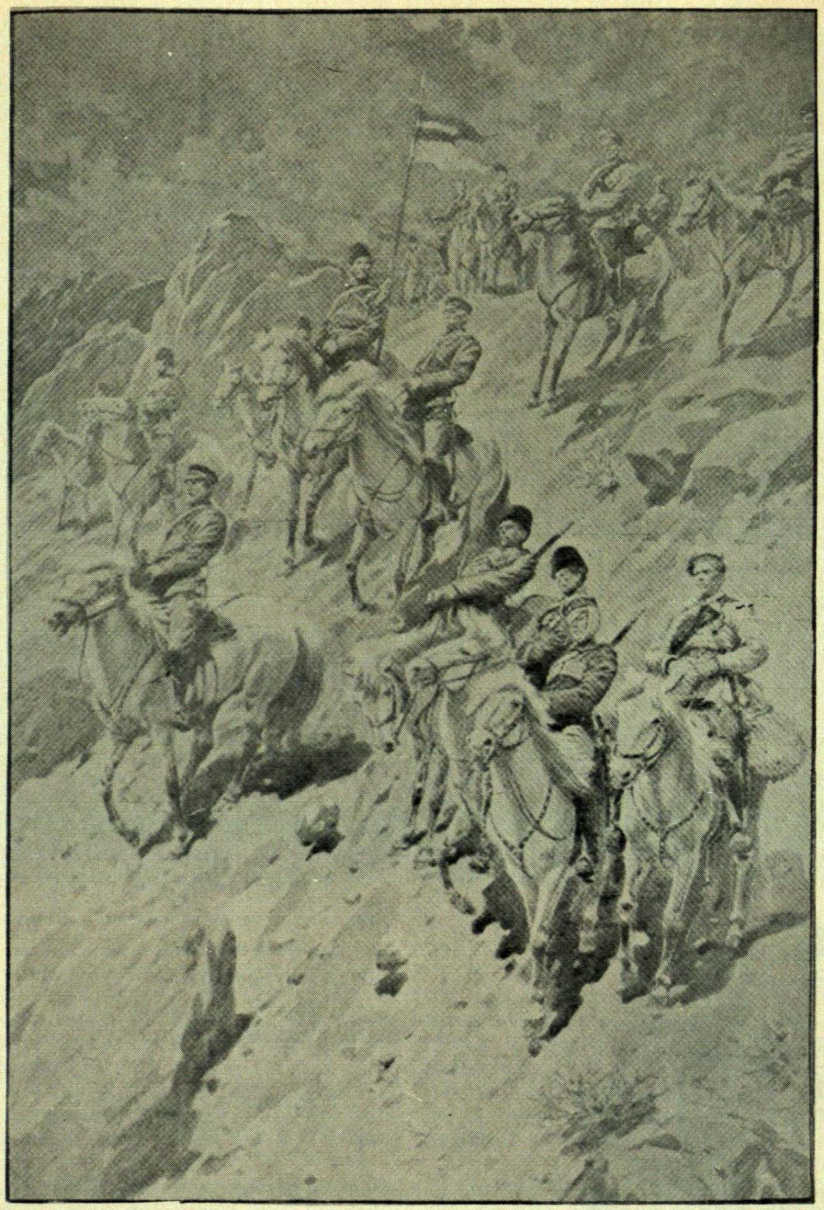
Yo (desalentado).--Son excelentes.

El.--Buenas noches, señor. (Saluda y se retira, muy satisfecho de sí mismo).

Este joven habría podido aprender muy bien el inglés, si se hubiera tomado el trabajo necesario; pero era francés y no quería hacerlo. ¡Cuán diferentes somos nosotros. No descuidamos medio alguno. Hay en París unos titulados protestantes franceses. Han construido una linda capilla en una de las grandes avenidas que parten del Arco de Triunfo, con el propósito de ir á escuchar allí la buena palabra, predicada en debida forma en su buena lengua francesa. Pero la cosa no les ha salido bien. Los domingos, los primeros en llegar son siempre los ingleses, que ocupan todo el recinto. Y, al levantarse para predicar, el ministro ve su casa llena de devotos extranjeros, todos serios y atentos, con un librito en la mano. Al parecer es una Biblia con encuadernación de tafilete. Al parecer solamente. En realidad, es un admirable y muy completo diccionario francés-inglés, que por su forma, encuadernación y dimensiones, es exactamente una Biblia. Y los ingleses van allí á aprender el francés. Ese templo tiene por sobrenombre el título de «Iglesia de curso gratuito de francés».

Sin embargo, los oyentes deben adquirir allí el conocimiento de las palabras más bien que una instrucción general. Porque, según me dicen, un sermón francés es como un discurso francés. No cita nunca un acontecimiento histórico, sino la fecha únicamente. Si uno no es fuerte en fechas, no puede comprender nada. En Francia, un discurso es una cosa así, poco más ó menos:

«Compañeros, ciudadanos, hermanos, nobles miembros de la única nación sublime y perfecta, no olvidemos que el 10 de agosto nos ha librado de la vergonzosa presencia de los espías extranjeros; que el 5 de septiembre se ha justificado á sí mismo ante Dios y la humanidad; que el 18 brumario contenía los gérmenes de su propio castigo; que el 14 de julio ha sido la voz poderosa de la libertad proclamando la resurrección, el día nuevo, é invitando á los pueblos oprimidos de la tierra á contemplar la faz divina de la Francia, y á vivir. ¡Y no olvidemos nuestros eternos agravios contra el hombre del 2 de Diciembre, y declaremos con voz de trueno (el tono habitual en Francia), que sin él no habría habido en la historia un 17 de marzo, ni un 12 de octubre, ni un 19 de enero, ni un 22 de abril, ni un 16 de noviembre, ni un 30 de septiembre, ni un 2 de julio, ni un 14 de febrero, ni un 29 de junio, ni un 15 de agosto, ni un 31 de mayo; que sin él la Francia, este país puro, noble y sin par, tendría un calendario sereno y vacío hasta el día de hoy!»



GUERRA RUSO-JAPONESA: Caballería rusa en la Manchuria

He oído también un sermón en francés, que acaba con estas palabras elocuentes y raras:

«Hermanos míos, tenemos tristes motivos para recordar al hombre del 13 de enero. Las consecuencias del crimen del 13 de enero, han estado en proporción exacta con la enormidad de esa fechoría. Sin él, no habría habido nunca un 30 de noviembre.... ¡triste espectáculo! El crimen del 16 de junio no habría sido cometido, y el hombre del 16 de junio no habría tampoco existido. A él solo es á quien debemos el 3 de septiembre y el fatal 12 de octubre. ¿Tenemos, pues, que estar agradecidos al 13 de enero, que os sometió al yugo de la muerte á vosotros, á mí, á todo lo que respira? Sí, hermanos míos; porque á él es á quien debemos también el día, que de otro modo no habría llegado nunca, el gran día, ¡el bendito 25 de Diciembre!»

Conviene tal vez dar algunas explicaciones sobre esto, bien que para muchos de mis lectores, tales explicaciones sean superfluas. El hombre del 13 de enero es Adán. El crimen de esa fecha fue el de la manzana comida. El desolador espectáculo del 30 de noviembre, es la expulsión del Edén. La fechoría del 16 de junio, el asesinato de Abel. El acontecimiento del 3 de septiembre, la partida de Caín, desterrado á la tierra de Nod. El 12 de octubre, el día en que las cimas de las más altas montañas desaparecieron bajo las aguas del diluvio. Cuando vayan ustedes á la iglesia, en Francia, será bueno que lleven siempre consigo un calendario anotado.

MARK TWAIN.

INGENUOS

—

La estrellita del deseo
prende sus celajes rojos
en el cielo de tus ojos.....
¡cristal donde yo me veo!....

—

En tu mano--joya mía,—
mi beso cae.... y mi beso
al verse en tu mano preso
muere.... pero de alegría.

—

¿Oyes el triste clamor
que surge de tu corpiño?
Es un pájaro de armiño
que solloza.... Es el candor!

—

Está triste! ¿Por qué llora?
Mientras el candor se queja,
tu labio, como una abeja,
miel en el mío atesora.

—

Que se vaya y que no vuelva
el importuno....; ¿se fué?....
Ahora, mueve tu pie
caminito de la selva.

—

Allí, el ardiente rumor
de tu boca y de la mía
alborozará la umbría
de los naranjos en flor!....

—

Cuán dichosa vas á ser
en el agreste retiro:
engarzarás tu suspiro
en el oro del placer.

—

Y aumentarán tu tesoro
de goces no saboreados,
mis deseos, engastados
de mis besos en el oro!....

—

Y á la sombra, amada mía,
de los naranjos en flor,
tú, desmayarás de amor,
yo, moriré de alegría!

VÍCTOR RACAMONDE.

1904.

LA EMOCION

—

(Versión de EL COJO ILUSTRADO).

—

Llegada que fue al cuarto de fumar, la señora que tenía traje escotado, se repantigó sobre un sillón de cuero, se abanicaba ligero, y daba muestras de sentir en ello positiva complacencia.

—¡Uf! Hace un calor extraordinario en el salón. Ah! aquí está uno mucho mejor, ¿no os parece?

—De cierto, hermosa Dama, que, donde quiera que estéis, hemos de encontrarnos siempre muy bien.

—No os hagáis el tontón, y decidme: ¿puede concebirse la idea de dar, aun en nuestra época, después de Pascua de Resurrección, estas fiestecitas tan sencillas, en las que no hay más que hacer sino comer primero, y luego conversar? ¿No os parece, en verdad, una moda muy singular? Abruma á los que la reciben y que se consideran obligados de recibir; y desespera á los que se van á la ciudad, no obstante de estar muy bien en sus casas, en el seno de los suyos.

—Tiranía recíproca. Los unos se vengan de haber tenido que comprar *dulcecitos*, y obligan á los otros que vengan á comerlos.

—¿Qué hora es?...

—Falta un cuarto para las doce.

—¿No os parece muy temprano para irnos?

—Demasiado.

—Sentaos, distraedme; ayudadme á pasar el tiempo, y además, quiero conversar con vos.

—¿Tengo muchísimo talento?

—No; pero habláis demasiado, y como mientras tanto el tiempo pasa, yo descanso.

—Entonces, ¿os sirvo de narcótico?

—Acaso, un tanto. Sueño que estoy en mi cama, me siento bien, y os olvido y olvido todo.

—Olvidadme en vuestra cama.

—Jamás, amigo mío, créedlo.

—No tenéis corazón.

—¿Creéis que me falta corazón, y no suponéis que os engañáis en letras más ó letras menos?

—Es simple errata, y corrijo.

—Os lo prohibo. Pero es verdaderamente increíble, que vosotros los hombres no podáis hallaros en un saloncito solo, al lado de una mujer, sin decirle en el acto las cosas más...

—Naturales. Eso es más fuerte que nosotros; es la naturaleza que habla en nosotros y reclama: Dios se mueve...

—Y el hombre, el átomo humano lo conduce!

—Más lejos, quizá, de lo que él quisiera; y hase visto frecuentemente una vida entera lanzada fuera de su centro de gravedad, de su vía normal, precipitada en lo incierto, en lo desconocido por la emoción de un minuto. Uno de mis primos...

—¿Ya lo véis? Yo esperaba por momentos una de esas vuestras graciosas y no pequeñas historias.

—Os la diré. Sentaos en el sofá.

—Esperad! Abro mi abanico, porque la historia de una emoción, como decís, debe ser una cosa que tiene mucho de *inconveniente*.

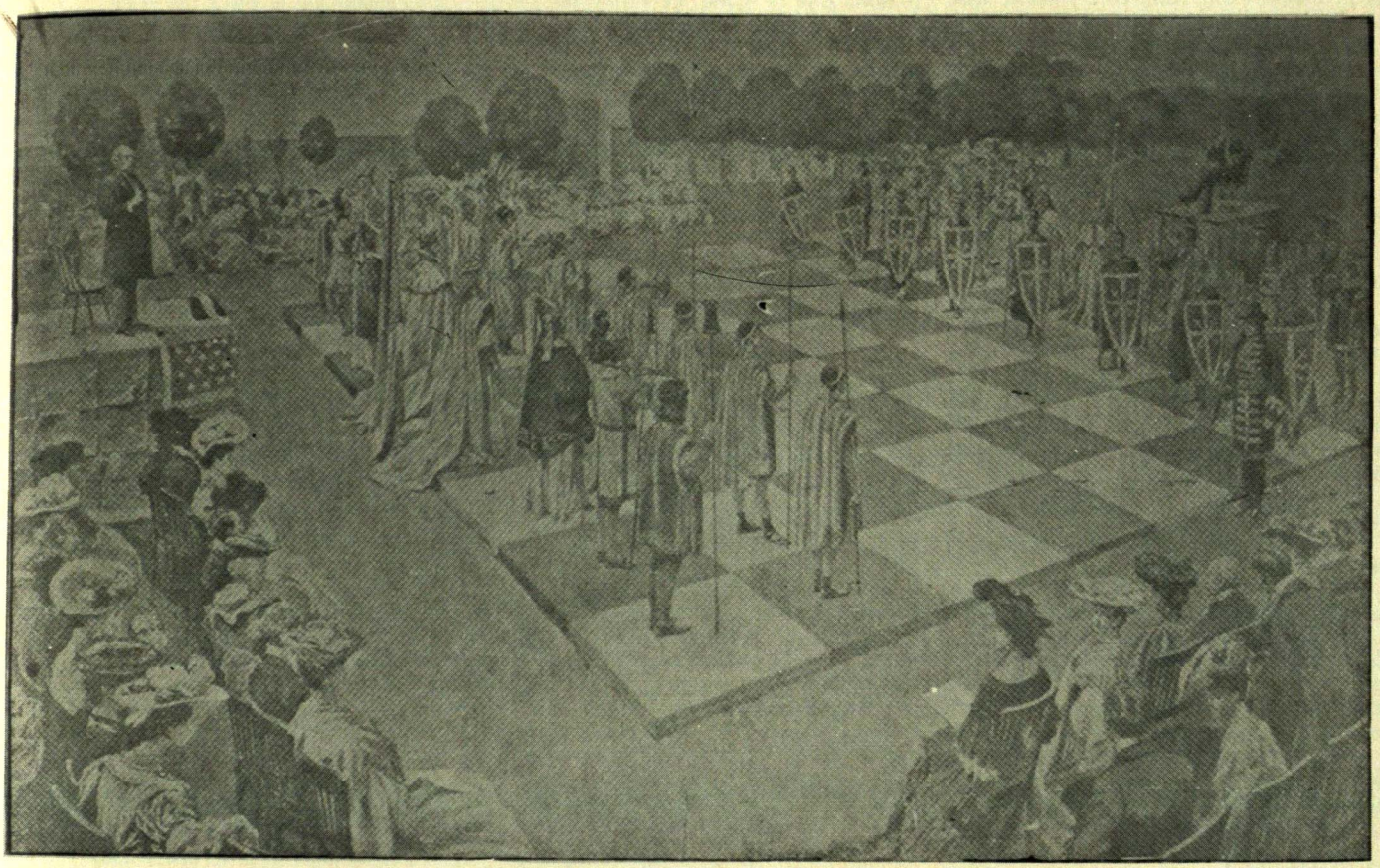
—Encubriré ó doraré con frases ingeniosas, lo que haya de inconveniente en el relato; no obstante, que, francamente hablando, no he podido nunca convencerme que haya ninguna inconveniencia ó impropiedad en la severa naturaleza y en sus leyes; en las sorpresas que prepara contra nuestra pobre voluntad; en la lucha que intenta nuestra debilidad contra esa fuerza; en las miserias y dolores que resultan de esas efímeras batallas, que, si son, de cierto, pasajeras, acarrean en un instante de perturbación, la completa desgracia de la vida entera.

Mi primo Felipe quería hacerse sacerdote. Era éste, muchacho austero, de rara inteligencia, trabajador y muy bueno, impresionable, nervioso, y desde luego, exaltado, es decir, pronto en demasía para recibir las sensaciones.

Conocíalo yo mejor que nadie, porque fui el diario, el inseparable compañero de su primera infancia. Pero habíanos separado la educación. En tanto que la mía se hacía cada vez más laica en un liceo de París, la suya se dirigía en el sentido religioso; y para la época á que me refiero, estaba próximo á salir del seminario para tomar las Ordenes.

Nos encontramos la última vez en las grandes vacaciones, vestido él de sotana, yo de levita, y ambos distinguidos con diplomas: eclesiástico el de él; de bachillerato civil el mío. Comenzaba entonces la pelusa de la primera barba á sombrearnos la cara, y sentábale muy bien á Felipe que tenía ojos azules soñadores y pálido el color.

Habíase reunido toda la familia en una hermosa casa Luis XIII, mitad Quinta, y mitad Castillo; casa ésta que ocu-



— Una partida de ajedrez casa del millonario americano Gould

paba mi abuela en la estación veraniega, y en la que, por costumbre, reunía todos los años sus tres hijos, y los hijos de sus hijos. Delicioso era aquel sitio; distaba de todo ruido, y muchos árboles rodeaban aquel vallecito estrecho donde se internaba la vieja mansión de techos rojos, como un nido en las matas. Estaba uno allí, lo mejor posible, y agrégase, además, que nos hallábamos en los hermosos días de la luz y del calor. Eramos cinco hijos en tres familias: dos varones grandes, en primer lugar,—Felipe y yo,—que habíamos llegado de París en el mismo tren, luego, unos chicuelitos que no merecen mencionarse, y en fin, nuestra prima Hortensia, que lo era de ambos.

—Como siempre, ya tenemos ahí la mujer.

—Ah!...

—¿Infiel acaso? ¿Inconstante?

—Ah! si; Hortensia era ya la mujer que debía figurar, ó mejor, causar el punto doloroso de esta historia. Apenas pudimos reconocerla al llegar. Hacía como diez meses que no la veíamos; y estos diez meses habían bastado para transformar la muchachita aquélla, en una criatura soberbia en que toda hermosura se ostentaba: cabellos, ojos, cara, y un pecho, señora, y una cintura admirables! Tenía todas las bellezas; tenialas en todas partes; y yo quería contemplarlas en todos sus ápices á la vez, tanto así experimentaba placer mi alma en el examen de todo.

Era tan bella, que al volver á verla, ni Felipe ni yo nos atreviamos á besarla ni abrazarla. Parecíanos más bien una mujer, encarnación del amor, que una prima; y como de sí inspiraba la tentación antes que una idea de familia, ninguno de los dos pudo llamarla de otro modo que: «Señorita».

Se sonrojó é hízonos una reverencia muy desairada. No hay para qué decir que tío Francisco se burló de nosotros.

En la *tardecita*, después de comer, fuimos á gozar del fresco bajo los emparrados, y á la abuelita, para recalentarnos, se le ocurrió la añeja idea de preparar un punch. Por supuesto volvimos para la sala; y en la sana intención de que viésemos mejor las llamas tan alegres del brasero, mandó llevar la lámpara para una pieza vecina.

—Este punch es para vosotros; sí, para vosotros los triunfadores.

Estad, pues, animados y contentos.

Mas, Felipe y yo permanecíamos como petrificados en nuestros asientos, ocupando dos ángulos sombríos: él, con un aire serio, grave; yo, con aspecto de estúpido, quizá, de animal. Sin embargo, me aproveché de mis semitinieblas para detallar disimuladamente los contornos de nuestra prima, que se dibujaban de repente, debido al brusco resplandor de las llamas, y los que, si de súbito también se esfumaban, era para aparecer en seguida y precisarse más.

—¿Qué es esto, señores?, dijo la abuelita. No abrís la boca, como si os dominase un dolor ó una íntima tristeza; decidme: ¿no estáis contentos?

—Como nó!...

—Pero si así es, muy poco lo mostráis. Vamos; traed la lámpara y tomemos este punch, que lo beberemos á vuestros laureles, hijos míos.

Trajeron la lámpara, y la luz fue; tomamos el líquido, sabroso y tibio, y no puedo olvidarme de cómo por más que nuestro tío Francisco se esmeraba en ser picante y chistoso, no logró nunca quitar el ceño adusto de nuestras juveniles frentes.

—¡Pero qué muchachos tan tontos son éstos, Dios mío! Allá en mi tiempo cuando uno hacía un punch...

Se decidió que nos besáramos todos unos con otros; decisión que, dicho sea de paso me halagó extraordinariamente, porque entre todos estaba la primita. Confieso que al besar á los demás, no pensaba más que en ella, á quien, al fin, le llegaría su turno, y en efecto, llegó. Eran dulces sus carrillos, y tanto, que me parece que siento en este instante, la gratísima fruición de su contacto. Los primeros besos de la vida valen el doble, y su perfume dura por tiempo indeterminable, conservándose siempre el mismo.

Cuando estuvo delante de Felipe, dió un paso atrás aquel infeliz muchacho. Con el rostro inclinado se dirigió hacia él, y esperó ruborizada la bella Hortensia.

Me hicieron aquellos tipos el efecto más antipático y me parecieron los más grandes necios, mucho más, que yo no me había andado con tantos mimos y remilgos. Aquella situación de los dos primos, produjo en nuestro tío una estrepitosa carcajada; y vuelto hacia Felipe, díjole:

—Adelante, señor Cura. ¿Como que no os decidís?

Hortensia y Felipe avanzaron sendos pasos, y se juntaron. Ella adelantó el

busto, y él sintió sobre su pecho,—por vez primera,—una tibia compresión que emocionó su alma...

Me diréis que yo no puedo saberlo; pero os equivocáis. Sí lo sé; y ya veréis que las suposiciones para las cuales os pido gracia y perdón, se confirmaron en todas y cada una de sus partes...

Hortensia le presentó los labios, que él desfloró, apenas, con los suyos; apenas también, le devolvió ella su beso; mas en el propio instante, á la vez, él se hizo nuevamente hacia atrás de modo rápido y brusco. Era indudablemente cierto que un estremecimiento singular se extendía por todo su cuerpo; tenía la faz color carmesí y turbio el mirar....Por varios segundos permanecieron frente á frente uno del otro, sin chistar, inmóviles, hasta que al fin y al cabo Felipe se dirigió al fondo del cuarto.

Mi abuelita se hizo como la que no comprendía, y le preguntó:

—Tú no tienes buen semblante, Felipe; ¿estás enfermo, mi hijo?

—No, señora; absolutamente. Gracias.

Un segundo después, Felipe salió para afuera. Quise acompañarlo, pero no aceptó que fuese con él, tánto estaba pensando en sí ó en ella. Cuando se consideró solo, movía la cabeza como el toro á quien persigue y hiere el tábano, y dábase en el pecho recios golpes que de lejos podían oirse.

—Oh!...Oh!...

A cada golpe que sobre él se descargaba, salía de la garganta como un ronquido de horror.

—¡Cómo! ¡Yo!...¿A dónde me he dejado arrastrar? Me avergüenzo de mí mismo...

No volvió al salón, y por mucho tiempo se paseó de noche con la cabeza al aire. Hablaba á solas, y yo oía sus expresiones de manera vaga, confusa.

—¡La bestia siempre en el hombre! ¿Y será esta bestia irreductible? Esta es una muchacha que por todos motivos yo respeto; en quien nunca he visto más que una amiga, mejor dicho, una hermana; de quien jamás supuse que su forma tuviera un sexo; finalmente, en quien no pensaba ni en asomos hace una hora.

Pero basta que me roce, no más, y de súbito, sin una idea malsana, sin un deseo conocido por mí, y aun á mi pesar,—puedo jurarlo,—de súbito, repito, la bestia que hay en el hombre, adivina que es ella, y hacia ella me arrastra!

Andaba con pasos largos y bulliciosos, golpeando recio, con los tacones, el enlozado del corredor.

—¿Qué es, pues, el hombre? Yo me haría pedazos, moriría, antes que atentar contra esta virgen. La venero, y execro el pecado de las horruras criminales; pero esto es mi razón, mi voluntad: eso es el yo, asegúrolo, el yo pensante. Sin embargo de todo, mi carne tiende hacia la carne,—puramente hacia la carne,—y también, ahí está el yo;—así como que yo consienta, ó nó, ahí se encuentra el yo espontáneo, intuitivo, primordial; ¿cuál de los dos, entonces, es el verdadero yo, y acaso estoy seguro que el un yo sea más bien que el otro?

Esta emoción de unos cuantos segundos, fue suficiente para determinar de un hombre y de un porvenir. Tal fue la resonancia que tuvo en el sér de mi primo, que la vida, el alma de Felipe quedaron para siempre profundamente desconcertadas. Aquel amor que no podía desarraigarse, nació en un momento; pero ese amor,—yo lo afirmo,—dura todavía hace ya más de veinte años. Trató Felipe con el mayor empeño desprenderse y olvidarse de él; pero al fin convencióse que era en absoluto imposible, prescindir de aquel poderoso sentimiento.

Más aún: consideró que de esa manera embargado, dominado su corazón, cometería un sacrilegio si él se compartía entre su Dios y ese amor; y juzgándose en lo sucesivo indigno é incapaz del sacerdocio, renunció la carrera eclesiástica, y se determinó á entrar en un convento.

Como me había abierto á mí su corazón en la desgraciada y dolorosa prueba á que estaba sometido, y héchome, —mal mi grado,—confidente de sus proyectos, combatí sus intenciones, y aconsejéle muchísimo, aunque en vano, que ahorcara los hábitos, que dejara completamente las órdenes y se casara con Hortensia.

No quiso nunca seguir mis indicaciones, pues despreciaba su amor, nacido de la horrura como él decía.

¿Cómo puede ser que los hombres lleguen á creerse degradados, si oyen la Naturaleza y acuden á su llamado? La Naturaleza es sagrada, y las órdenes que Ella dicta, son órdenes de Dios! Decir que nos disgusta, es como decir que Dios nos repugna. Y sin embargo, hay hombres piadosos, y hasta razonables, si se quiere, que pretenden eso de la manera más corriente y aceptada.

Felipe era uno de esos hombres, y cumplió su palabra. Se encerró en La Trappe (*)—, que es como decir que en plena juventud y vida, bajó á su tumba; y Hortensia, que quizá lo hubiera amado, y que no supo, siquiera, que la amaban, hizo un matrimonio de conveniencia el día menos pensado y con quien menos se creía.

EDMUNDO HARAUCOURT.

(*) Convento antiguo en Francia, de órdenes severísimas. Ya no existe.

CARTA DE ELLA

—

Ay! todo se acabó, desventurado!
En la fatalidad que nos aparta
sólo queda en mis manos esta carta
que ella, al partir, llorando me ha dejado....

«Es alta noche. Mi alma está contigo;
hé aquí mi última y tierna confidencia;
exánime, abatida, sin conciencia,
en mi dolor no sé lo que te digo.

«En vano busco la mejor palabra,
el lenguaje más fiél y más intenso,
para que en él, de mi cariño inmenso
lo más sagrado ante tus ojos se abra.

«El poema que anoche concluíste
para mí, lo he leído sollozando;
yo estuve hasta muy tarde en tí pensando;
te acompañaba mi recuerdo triste.

«Daba el reloj sus horas.... Al abrigo
de la velada luz, por un momento
se adormeció mi vago pensamiento,
cerré los ojos.... y soñé contigo.

«Fué un sueño dulce y triste: La esperanza
me hablaba por tu voz, y me decía
que no llorara, que feliz sería....
¡siempre se sueña lo que no se alcanza!

«Y llegó del adiós la hora suprema:
—¡Adiós, te dije; el corazón te adora!
Desperté.... Y hoy he visto que á esa hora
tú dabas fin al íntimo poema.

«Así al instante en que la dicha acaba,
se busca de los dos el sentimiento:
tú estabas junto á mí en el pensamiento
y yo contigo y con tu amor soñaba.

«Idilio de amorosa poesía!
Si nos hemos amado, aunque infelices,
no arranques de tu pecho las raíces
de este amor que me dió tanta alegría!

«Amor, dolor! De todo aquí me acuerdo:
historia que el destino deja trunca....
Yo no podré olvidarte nunca, nunca;
salva tú del olvido mi recuerdo!

«Ah! de esta historia sabe tu alma apenas
estas últimas páginas! Yo sola
sé que hace tiempo con valor se inmola
mi corazón en angustiosas penas.

«Tú crees que en estas noches solamente
he llorado por tí—¡fatal engaño!
hace un año también, hoy hace un año
lloraba tu egoísmo indiferente.

«Tú de tanto dolor no sabes nada...
Mas no quiero acordarme de otra cosa
que del tiempo en que he sido tan dichosa,
en tu amor y en tus versos arrullada.

«Tus versos! De memoria los aprendo
y son como una música süave
que me trasporta al cielo y cuya clave
de infinita pasión yo sola entiendo.

«¿Por qué no me enseñaste aquel idioma
lleno de embriagadora poesía,
para que así también el alma mía
te conturbara con el mismo aroma?

«Yo tu musa... Mas ¡ay! de pronto advierto
que ésta es la última carta que te escribo
y que aún estoy soñando que está vivo
lo que estamos llorando ya por muerto!

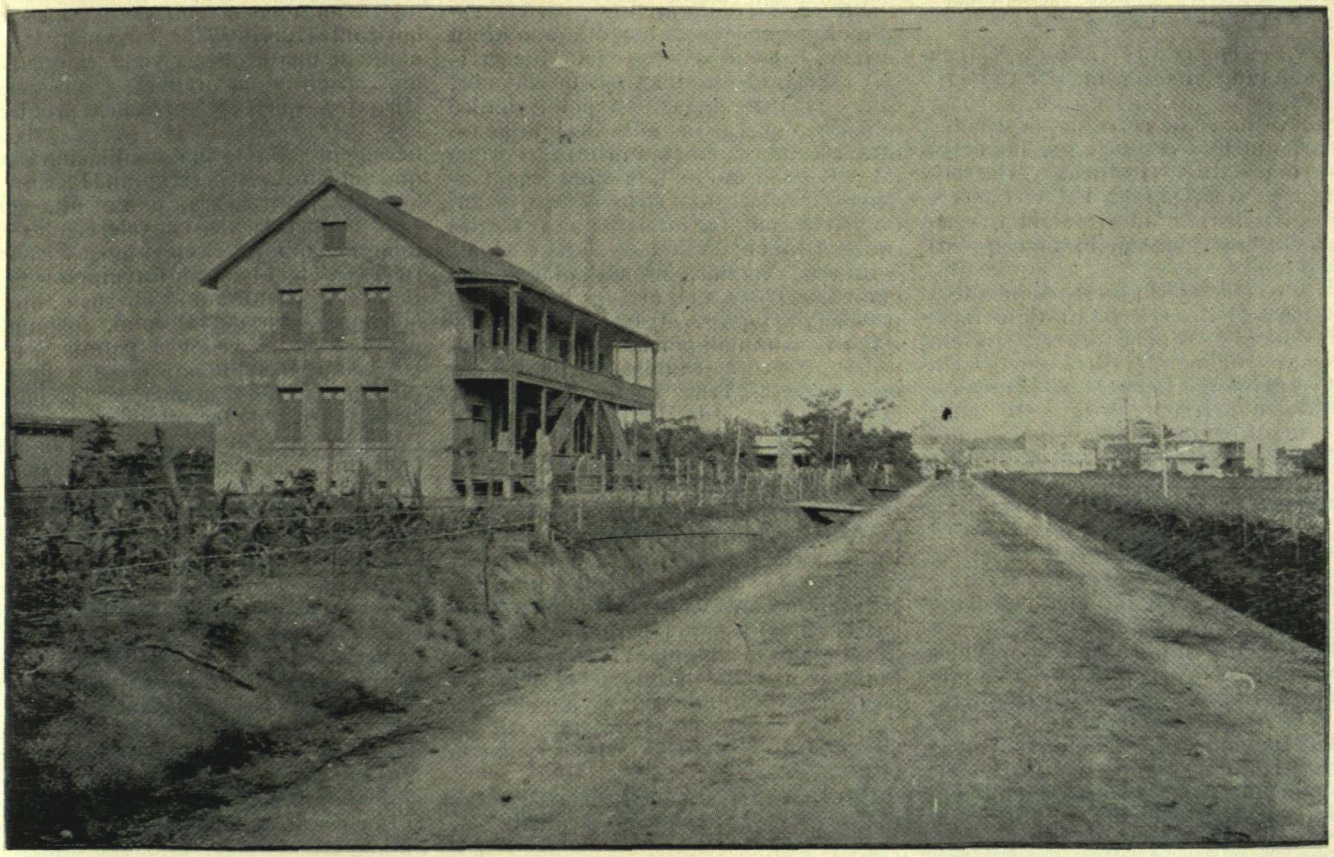
«Da una hora el reloj. Es que ya empieza
el espantoso y tan temido día,
cuya alba melancólica y sombría
viene velada de mortal tristeza.

«La fría realidad está presente....
¡Adiós, adiós, delirios é ilusiones!
¡dicha de dos amantes corazones!
¡destello de una luz resplandeciente!

«Ay! qué va á ser de mí? Cuando mañana
como hasta ayer, sonriendo me despierte
con la dulce ilusión de que he de verte,
espantosa va á ser la ilusión vana.

«Y ya todas las noches.... ¡me contristo
al pensarlo no más!—sobre la almohada
hundiré la cabeza atormentada,
gimiendo con dolor: Hoy no lo he visto!

«Y sin tí pasarán todas mis horas
en horrible vacío. Sólo invierno
será para mí el tiempo; duelo eterno;
días sin sol y noches sin auroras.



SAN JUAN DE PUERTO RICO: Escuela de Humacao

«En tanta soledad, haz que se junte
con el mío tu amante pensamiento,
y en el cielo, en las nubes y en el viento
contéstame cuando algo te pregunte.

«Yo escucharé tu voz...¡siempre la escucho
dentro del corazón!—por siempre dime
que á mi recuerdo tu memoria gime,
que no me olvidas, que me quieres mucho!

«¿Qué sentiré cuando en el tren, callada,
ya me vaya alejando? A cada instante
estaré de tu lado más distante,
más sola en mi aflicción ¡desventurada!

«¡Y después, cuando nunca pueda verte,
cuando ansiosa te busque y no te halle,
cuando te nombre y el silencio calle
en una triste soledad de muerte!

«¿Qué haré yo entonces? Y si el tiempo mata
en tí el amor? Ay! dime si se olvida,
si has olvidado á otras en tu vida,
si tu alma noble puede ser ingrata!

«Dime que no me olvidarás: sé bueno;
conserva la memoria de estos días,
y en mi copa de dulces alegrías
no viertas una gota de veneno.

«Si de tus labios escuchar pudiera
la temblorosa frase de este voto,
supiera yo si de antemano has roto
en mil pedazos mi ilusión primera.

«Mas con mis dudas al partir te ofendo;
lo sé, lo sé, tu corazón es mio;
si me quieres, perdona mi extravío;
te escribo así porque me estoy muriendo.

«Tú me has hecho feliz, no doy yo nada
por el perfume y virginal encanto
de este tiempo de risas y de llanto,
tan dulce para mi alma enamorada.

«Para tí ha sido el despertar risueño
de mi primer amor; esta delicia
del corazón.... Te llevas la primicia
de mi ternura, mi mejor ensueño.

«Nada como estas ilusiones bellas
en que toda la vida se resume;
no tendrán otros sueños el perfume
celeste y puro que tuvieron ellas!

«Hoy, quisiera saber lo que yo he sido
para tí; y si tu mente me recuerda,
qué rastro dejaré cuando me pierda
dentro del porvenir desconocido.

«Ahora.... nada más! Mi dicha rueda
á un abismo sin fin.... Adiós! Me alejo
agradecida de tu amor.... Te dejo
todo mi corazón, que aquí se queda....»

Releyendo esta carta en que presencio
tan hermosa ilusión desvanecida,
siento que todo el curso de mi vida
se ha detenido en funeral silencio.

¿Es posible que todo, pues, se acabe?
¿quien así lloró tanto, se consuela?
¿á dónde va lo que del alma vuela?
¿dónde muere el amor? ¡Nadie lo sabe!

ISAÍAS GAMBOA.

Santiago.

¡LUCHAREMOS!

—

Qué insignificante cosilla puede cambiar el humor de un hombre!

Abrumado por meditaciones tristes, caminaba yo un día á lo largo de una carretera.

Terribles pensamientos me oprimían el pecho, y la melancolía apoderábase de mi espíritu.

Levanté la cabeza..... Delante de mí, entre dos hileras de altos chopos, perdíase á lo lejos la carretera, recta como el trayecto de una flecha.

Y á través de aquel camino, á diez pasos de mí, saltaba á la cozcojita toda una familia de gorriones, dorada por el sol ardiente del estío.

Saltaba con atrevimiento, con alegría, con seguridad.

Especialmente uno de ellos, el jefe, avanzaba con diabólica resolución, contoneándose un poco, sacando el pecho, piando con insolencia. En una palabra, era un perdonavidas, un conquistador.

Y durante ese tiempo, allá en lo alto del cielo, cerníase un gavilán, que quizá fuese á devorar precisamente á ese conquistador perdonavidas.

Solté la carcajada, me moví é inmediatamente se disiparon mis tristes ideas. Sentí ánimos, audacia, regocijo de vivir.

Y cuando mi gavilán se cierna también encima de mi cabeza, ¡qué diantres!, aún lucharemos.

IVAN TURGUENEF.

SUELTOS EDITORIALES

EL LIBRO DE VARGAS VILA

Está ya circulando el libro de Vargas Vila que anunciamos en nuestro número anterior.

Es un volumen de cerca de doscientas páginas, nutridas con diez y ocho capítulos, cuyo estilo, tendencias y trascendencia nos corresponde hacer conocer, en el curso de esta información, y acaso por alguna inserción que hagamos próximamente.

El libro está dedicado especialmente á la persona del Director de EL COJO ILUSTRADO, lo cual no debe de ser sino un público testimonio del aprecio, del afecto y del respeto que siempre nos hemos esforzado por merecer, así de este autor gallardo y honrado, como de todos aquellos que en el largo curso de nuestra labor periodística han tenido una relación inmediata ó remota con nosotros. Debiendo referirnos á quien tan afectuosa é ingenuamente lo hace con nosotros, adoptamos este lenguaje de honradez y de buena fe, doblado de una constante integridad de carácter.

Así, si el nuevo libro tuviese máculas censurables, el deber hidalgo de la gratitud no sería, ante la conciencia literaria de la América, antepuesto á la obligación inevitable de ser leales con el amigo y con el pensador.

Por fortuna para nosotros, dicha para las letras y delectación del nombre literario venezolano, el autor de *Bustos y Medallas* y de *Sueños Azules* ha sido consecuente con su manera de escritor, é idéntico á sí mismo en ideal artístico y en pensamiento trascendente.

El reciente libro es de arte delicado y de pensamiento sutil, lo cual afirma á la vez que es un libro de sinceridad y de ideas; porque acaso éstas, de puro temor á las asperezas corrientes, exurjan, volando fugitivas, del alma inerte de las cosas, «en el matiz de los colores, en la intensidad de los sonidos y en la embriaguez de los perfumes.»

El autor advierte que el viaje por esas páginas es difícil; y en verdad, no es camino para todo viandante el que gira en caprichos como de misterio y de sueño por sobre los mares y hacia los horizontes de este autor y su ideal.

La vía ancha, el rumbo conocido, ahí van,—cerca ó lejos de estos senderos,—en su monótona distensión y en sus vueltas rutinarias. Traginados por la gran multitud; surcados por la nave segura; cuidados del sol calcinante; consolados de las lacerías de las grandes lluvias; defendidos de la cólera de los pérfidos turbiones,.....ancho camino feliz, amplio rumbo esclarecido para las gentes del honesto vivir sin zozobras, en los días debonarios y tranquilos.

Caminos que deslizan su burda tela ultrajada bajo plantas promiscuas, de viajadores confundidos en el afán de una misma hora de urgencia ó de interés, cuidados solamente de la distribución de las jornadas fáciles, de la clemencia del cielo, que los dioses curarán de que no los asombre ninguna nube malagorera.

Son turba los artistas, pero no se andan por vías de muchedumbre.

El planeta que ellos honran con la planta de su abarca no puede ser incurso en sistema alguno cuya ley deba sorprenderse á ninguna hora, bajo ningún estado de diafanidad cerúlea, ni desde atalayas terrenales.

Son multitud los artistas, pero discurren dispersos y solos por el dorso de su estrella, bajo su inmenso cielo incoercible, dibujando unos extraños meridianos, que parten de un ignoto polo,—índice tendido al ábrego de todos los infinitos—que casi nunca rematan al otro, porque tal vez no exista en la original matemática del Poeta, y que se quedan volteando y retorciéndose en arabescos ideales sobre el hinchado seno de equinoccio.

En ese ecuador, los meridianos que guían los pasos del artista, hacen este penoso viaje que Vargas Vila acaba de rendir. Caminan por la ladera cuasi humilde, á la vera de un bosque que no osa descender su verde rebaño de arbustos apelotonados hasta la hora ardiente y hasta el bullicio tumultuario de la vía común. Hacia el horizonte, que se espía por un claro en ojiva, el cielo es púrpura: un retazo de cielo que sólo el viajador de elección contempla y comprende. En la noche de una fronda, un ruiseñor saluda á la distante hostia conque la Naturaleza eleva y ofrece su fatal sacrificio cuotidiano por el perdón de los que la ultrajan y calumnian....Abajo, en la húmeda alfombra de musgo sobre la cual ha llorado la fronda su oblación de aljófar y ha desgranado el ruiseñor sus jaculatorias, abajo se arrastra y silba la víbora falaz.....

El meridiano del Poeta sigue su camino, agarrándose como los sarmientos de una trepadora ideal, á la corteza rispida del repecho tenaz é indócil. El horizonte púrpura va volteando su cambiante en tristísimo gris. La soledad, agorera y gesticulante, traza cábalas aéreas sobre el silencio del claro.....¡Si viera la muchedumbre que va por la ancha vía qué doliente gesto de enfermo estruja la faz del viajador!

Por ventura, todos los valles, todos los climas, la infinita estepa, la selva profunda, el raudal y el océano, el céfiro y el tifón, el manantial que se libera gimiendo y el volcán que se subleva explotando, todo se contiene en el ecuador milagroso, bajo el tendal mirífico de los cambiantes de ocaso, bajo la gran providencia de los nácares del orto; y los senderos que llevan al Poeta son hechos de indúctil luz caprichosa, en volutas de opio, en espiras etéreas.

Los horizontes van esfoliando sus láminas iridicas: índigo, esmeralda, rojo, lila; blanco, opalino, violeta.....el espectro supliciatorio; la luz de la mente y del ideal, descompuesta á través del ensueño infinito, y puesta en cruz sobre los senos lívidos y torturantes de la remota y misteriosa Eternidad!

Siluetas dolorosas; gestos tristísimos; rictus perversos; actitudes nazarenas; inmóviles sudarios colgantes; misteriosas rayas sibilinas, pasan proyectadas contra las hojas luminosas. Pasa el Poeta, peregrino infatigable, eremita que va padeciendo persecución y congoja, que escala cimas, que impera sobre eminencias, que sube aún más, que vuelve la mirada hacia el universal panorama de los hombres; así que llega á cada descanso de sus escalones giganteos; y que muy lejos, y por sobre el silencio de los hombres diminutos, sumisos contra la tierrra, no percibe sino la fauce rígida del inmutable Vacío!....Pasa la Soledad, hierática, muda, fijos los ojos en incurable ataraxia hacia el oriente por donde debiera asomar el rojizo estilete del solar nativo, ingiriéndose en la entraña nebulosa del horizonte!....Pasa el gran vuelo bordonante de una bronca y vieja campana,—moscardón de las praderas fabulosas del Misterio,—que dice présagos profundos bajo la gravedad de las horas melancólicas, por sobre la pía meditación de los que sueñan....y desesperan! Pasan, lentamente, las tristezas, como una suplicadora theoría de convalescientes tremulantes, apoyados en sinuosos cayados rústicos, en el tedio de un campo ruín!.... Pasa, constrictor como un susto, un vagido subitáneo del Océano, insinuando una génesis de visiones pátmicas, entre las que hacen ondulantes gestos de bendiciones sobre la agonía de los náufragos, las colas de los pitones marinos!.... Pasan: la ingenua víctima de la ambición burguesa, trajeada de tardío sayal;.... la abandonada en una hora nefaria, que todavía entreabre los labios suspensos de estupefacción, como si pretendiesen exponer al frescor de la esperanza ó de la piedad el cauterio acre de una sorpresa resquemante;....y la pérfida de rubia cabellera de incendio y de verdes ojos de acechanza, que mordió cruelmente las pomposas corolas de amor gallardo conque quiso sublimarla el Soñador....

Y pasa Werther, con el arma libertadora, fulgeciendo entre las negruras del oprobio y los limbos del Amor, como el símbolo teúrgico de un nuevo misterio....

Por estos senderos en cuyo secreto no sabe penetrar sino el plexo impalpable del opio, el Poeta ha tenido dos visiones torales, las que un hermético milagroso querría condensar en rígidos basaltos que representasen, Salomón á la entrada, volviendo las espaldas á Hércules en el término infinito: la visión del *dolor de las cosas inertes*, oído bajo la piedad vesperal; y la visión del amor de los fuertes, la caricia leonina, espiada á la luz desconcertante de una refracción de páramos andinos!....

Así canta Vargas Vila por los senderos de su libro.

Libro intangible; libro de los electos; de luz;....de sueño; de ascensión;.... de Ideal!

DUELO

Con dolor registramos la noticia del fallecimiento de la señora ISABEL FILLER DE MORASSO acaecida en los primeros días de la presente quincena.

Por su noble carácter, por sus excelentes prendas morales la señora DE MORASSO se había conquistado el cariño y la estimación de propios y extraños y su muerte ha sido llorada por todos los que la distinguieron con su aprecio.

A sus deudos, muy especialmente al doctor Luis Rodríguez, hermano político de la finada, enviamos nuestra palabra de condolencia.

OBITO

En Margarita, á una edad muy avanzada, dejó de existir la señora JOSEFA TRINIDAD VÁSQUEZ DE ORTEGA.

Aquella noble y santa vejez, coronada de virtudes, deja memoria perdurable en la sociedad oriental.

Reciba su distinguida familia y en especial nuestro distinguido amigo presbítero doctor Nicolás E. Navarro, nuestra sentida expresión de pésame.

ENFERMO

Nuestro distinguido colaborador y respetable amigo doctor Eduardo Calcaño, se halla enfermo de cuidado hace algunos días. Que el cielo devuelva al buen amigo el precioso dón de la salud son nuestros deseos más fervientes.

EPISODIOS VENEZOLANOS

El señor general F. Tosta García ha tenido la galantería de enviarnos, precedidos de una muy atenta dedicatoria, sendos ejemplares de los últimos libros de que es autor y que se titulan *El 19 de abril y la Patria boba*.

Constituyen ambos libros el comienzo de una serie que con el título de estas líneas se propone publicar el autor, y en la cual «se narrarán en forma amena y recreativa todos los grandes hechos de nuestra Independencia, con interesantes, curiosos y desconocidos detalles, y al mismo tiempo que con justicia, imparcialidad y libre criterio, se apreciarán las épocas y los hombres con estricta sujeción á la verdad histórica, quedando de relieve muchos é interesantes cuadros de nuestros hábitos regionales de antaño y ogaño, con la creación de variados personajes que los caracterizan.»

Parécenos patriótica, útil y oportuna la idea del señor general Tosta García: es ya tiempo de recoger, salvar, compilar y difundir, no tan sólo las credenciales de los hechos magnos de la vida nacional, sino en especial las de los infinitos detalles y los múltiples incidentes que les sirven como de armazón íntima y que corren riesgo de verse llevados hacia el olvido y el aniquilamiento, por la ausencia de las generaciones en cuya memoria hicieron archivo ó por las eventualidades, á las veces desastrosas, á que los exponen las turbulencias de las sociedades en las cuales se realiza penosa y lentamente la evolución. Más: el esfuerzo reciente de algunos escritores de la nueva edad literaria; los progresos que la crítica ha venido efectuando en el terreno de las ciencias históricas; la aplicación de los métodos modernos de investigación y de análisis; la influencia, no siempre sana, que en el criterio general ha venido ejerciendo el sistema, esencialmente literario, que se ha aplicado á la difusión de nuestros anales; el deseo, digno de estímulo, de que se prosiga transitando bajo cualquier latitud moral un camino de lealtad y de honradez; y otras muchas razones de interés y de salud nacional, hacen ya indispensable que la Historia venezolana sea tratada con la austeridad que demanda siquiera el respeto y la veneración que son debidos á la memoria y á los esfuerzos de tanto varón insigne y de tanto benemérito abolengo, como los que nos vinculan á un pasado á grandes trechos esclarecido por el honor y por las virtudes.

Por de pronto, la obra emprendida por el señor general Tosta García va dejando constancia de algunos detalles de costumbres, modas, preocupaciones, ideas, tendencias de nuestra sociedad, en los días que precedieron y en los que siguieron al movimiento de emancipación y que serán de oportuna utilidad al estudioso y al sociólogo, y de incuestionable eficacia, en la forma elegida por el autor, para hacerlos recoger y guardar por la memoria popular.

Crea el amigo y escritor que agradecemos su recuerdo y obsequio.

PESAME

Ha rendido el postrer aliento de una existencia consagrada á la práctica del bien la señora EUFEMIA GUERRA DE MACHADO.

Acompañamos en su justo dolor á las familias Guerra, Machado, Núñez y demás parientes de la honorable extinta.

ANIVERSARIO

Veinte y cuatro años de existencia, consagrada á las rudas tareas del periodismo patrio, ha cumplido el colega maracaibero *Los Ecos del Zulia*. Labor meritoria ésta que honra altamente al señor Valerio Perpetuo Toledo, Director del diario zuliano, al cual nos complacemos en felicitar muy cordialmente por tan fausto suceso.

DEFUNCION

El virtuoso hogar del señor José Rafael Palacios lamenta la eterna desaparición de uno de sus miembros más honorables y queridos, la señora BELÉN DE PALACIOS.

A sus deudos, muy principalmente á nuestro amigo el señor Rafael Calzadilla Valdez, hijo político de la finada, enviamos nuestro testimonio de pésame.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

Boletín de Estadística de los Estados Unidos de Venezuela, número 2.

En Camino del Arte, por José D. Corpeño, San Salvador.

Discurso de Orden pronunciado por el doctor Enrique Urdaneta Maya en el acto de la recepción oficial en el Palacio de Gobierno para la celebración del 5 de julio de 1901 en la ciudad de Trujillo.

La Miscelánea, Revista Literaria y Científica, entrega 1ª, Colombia.

Monthly Bulletin of the International Bureau of the American Republics, Washington.

Ciencias Biológicas, Origen y evolución de las especies.--Origen y descendencia del hombre, por el Presbítero Eduardo A. Alvares T., (Pepe Coloma.)--Publicación del «Centro Católico Venezolano», Caracas.

Discurso de orden pronunciado por el doctor Celestino Farrera, en la Velada Artístico-literaria verificada en Barcelona, en la noche del 31 de julio del coriente año.

Cuba, primera parte de un libro para la historia, por Juan Masó Parra.—Curaçao, 1901.

El Castillo, edición de gala con motivo de su primer aniversario.—Valera: 15 de agosto de 1901.

Anales de la Universidad Central de Venezuela, año V, tomo V, número II.—Abril - Junio de 1901.

Proceso político de los sucesos ocurridos en Ciudad Bolívar en mayo de 1902, por el general Ovidio Salas.—1901.

Damos las gracias á los señores remitentes.

NUESTROS GRABADOS

Cabeza de Estudio

De notable mérito es el trabajo pictórico del artista venezolano señor Rivero Sanabria. Esta cabeza de estudio acusa las excelentes condiciones de un artista habituado á combinar con éxito la maravillosa gama de los colores y el difícil y bellísimo contraste de las sombras y de la luz.

El Episcopado Venezolano

En columna de preferencia consagramos justicieros conceptos al Episcopado venezolano, con cuya fotografía engalanamos hoy la primera página de nuestra Revista.

La virtud, el saber y la modestia son la característica de los distinguidos Prelados, de cuyas luces y elevados sentimientos cristianos se enorgullece la Iglesia venezolana.

Viaje á Cúcuta del Presidente del Táchira

La prensa diaria de la capital ha publicado extensas reseñas acerca del reciente viaje del ciudadano Presidente del Táchira á la ciudad fronteriza.

Este importante acto viene á estrechar los lazos de amistad de las dos Repúblicas hermanas á quienes unen las mismas tradiciones, el mismo lenguaje, el mismo culto hacia los magnos fundadores de la nacionalidad.

El fotograbado que aparece en otra página copia el aspecto de la calle Ricaurte antes de la llegada del Primer Magistrado del Táchira á la ciudad colombiana.

Del Extremo Oriente

Los que hayan seguido con interés la lucha entre rusos y japoneses no podrán menos que admirar los valerosos y desesperados esfuerzos de entrambos combatientes, quienes mantienen hoy en expectativa al mundo entero.

Muchos y muy brillantes han sido los rasgos de arrojo y pericia militar del japonés en esta larga y sangrienta contienda. En el ataque de Puerto Arturo ha puesto de relieve la preponderancia de sus armas y el valor de sus tropas.

Los diversos grabados que adornan el presente número, reproducen algunos de los últimos sucesos del Extremo Oriente. El mapa del teatro de la guerra es un obsequio que agradará al lector, pues en él podrá seguir paso á paso los notables avances del ejército amarillo, casi siempre victorioso, y las frecuentes retiradas de las tropas moscovitas.

Vista de Pueblo Nuevo

El Estado Lara nos ha suministrado en más de una ocasión, amenos paisajes y copias de hermosísimas calles y de elegantes edificios. Hoy publicamos una vista de Pueblo Nuevo, localidad larense, cuya fotografía debemos á los talleres de los Hermanos González.

La víspera del divorcio

El genio militar de la Francia del siglo pasado rompió con verdadero sentimiento los dulces y sagrados vínculos que lo unían con la viuda del vizconde Alejandro de Beauharnais.

Nuestro grabado reproduce la escena última, la víspera del 16 de diciembre de 1809. La actitud de Josefina es triste y altiva á la vez. ¿De qué la acusa el Emperador? De que no le ha dado un heredero á su gloria.

En Malmaison, como en las Tullerías, dió Josefina suntuosas fiestas y supo atraer con su amabilidad no pocos partidarios á la causa de aquel que, en el campo de batalla, poseía el secreto de hacer suya la victoria. El solo reproche que la hacía Napoleón era su prodigalidad y su lujo.

Josefina fue buena y virtuosa y amó á Bonaparte apasionada y lealmente.

Universidad Central

El doctor Carlos León sirve la clase de Sociología en la Universidad Central de Venezuela, y del Curso fundador de esta ciencia damos una fotografía en la edición presente.

El doctor León—ha dicho un distinguido abogado venezolano—es un batallador de los que no pierden la fé en el triunfo de las ideas, de los que se sienten más fuerte, en las luchas del pensamiento, de los que creen que en el campo de la vida cumple mejor su deber el que más trabaja por el perfeccionamiento so-

cial. Util y bello pensamiento, digno de un abogado joven que anhela defender los fueros sagrados de la justicia y difundir el derecho, base del progreso, luz y civilización en las sociedades bien constituidas, seguridad en los pueblos que hoy marchan maravillosamente como al pináculo de la gloria.

Una partida de ajedrez

Muy curiosa parecerá al lector la partida de de ajedrez celebrada casa del millonario americano Gould, cuando sepa que la reina, el rey, los caballos, los peones, etc., son hombres de carne y hueso puestos sobre el enorme tablero por la sacrosanta exentricidad de un millonario yanqui.

De este mismo americano que ahora reemplaza las figurillas de marfil del ajedrez por personas reales, se refiere que un día, en París, queriendo eclipsar á la sociedad plutócrata y dar un golpe de efecto que asombrase á los franceses, proyectó dar una fiesta que tuviera por centro el Arco de triunfo. Al efecto, se dirigió al municipio de París, proponiéndole alquilar el arco y los terrenos que lo rodean é iluminarlos, prohibiendo la entrada al público en él durante la noche de la fiesta. El ayuntamiento recibió con carcajadas la proposición del yanqui, y éste, furioso, se empeñó entonces en que le vendieran el monumento.

Puerto Rico

La casa Escuela de Humacao es un importante plantel que presta valiosos servicios á la causa de la instrucción pública. Véase la copia del hermoso edificio puerto riqueño, donde se reparte con mano larga el pan beneficioso de la enseñanza.

SECCION RECREATIVA

La fisonomía y la longevidad

El ángulo facial ha sido definido de distintas maneras por cada antropólogo, pero hoy se admite generalmente formado por una línea horizontal proyectada desde el conducto auditivo externo á la base de la nariz, y otra más ó menos oblicua que desde esta misma base va á la parte de la frente situada entre las cejas. Este ángulo, que constituye un carácter étnico importante, varía de abertura según las razas; mas parece que en ningún caso normal llega á los 90 grados.

Pero no es solamente para distinguir las razas para lo que se acude á este ángulo; también está en relación con la longevidad de cada individuo. Según parece, cuanto más abierto sea el ángulo dentro de cada raza, mayores probabilidades tiene el individuo de llegar á una edad avanzada. Guillermo I de Alemania, Bismarck, la reina Victoria, León XIII y otros muchos personajes ilustres que han muerto muy viejos, pueden ser ejemplos de este hecho, que aún no ha sido estudiado por los antropólogos con la atención que realmente merece.

Todos tenemos emperadores en la familia

Las personas que se enorgullecen con una ascendencia muy remota, se asombrarán al saber que, si nos remontamos á veinte generaciones, ó sea á setecientos años atrás, cana uno de nosotros ha tenido 1.084.576 antepasados, y está relacionado por parentesco más ó menos próximo con 270.000.000 de personas por lo menos.

Yendo todavía un por de siglos más atrás, y atrazando nuestra genealogía, nos encontraríamos con que tenemos más primos en los distintos grados que habitantes hay en el mundo, y eso tomando como base dos hijos solamente por cada matrimonio. Aparte de esto, ha habido tantos matrimonios entre parientes que ni siquiera saben que lo son, que los lazos de parentesco se cruzan y enredan cada vez más, de modo que en esta madeja enmarañada puede haber personas que sean parientes en vigésimo ó trigésimo grado por dos ó tres partes, y que sin embargo no se conozcan ni se hayan visto jamás.

Cómo penetran las raíces en el terreno

La punta de una raíz delicada está protegida por una especie de cota de diminutas escamas, las cuales, á medida que se desgastan por la fricción contra el suelo, van siendo renovadas. De este modo la raíz funciona como una lima, y va avanzando sin desperfecto aparente.

También contribuye á la penetración el hecho de que la raíz tiende siempre á bajar en busca de alimento, moviéndose en espiral á manera de tornillo, lo cual hace que su punta entre más fácilmente en la tierra.

Otro agente importante es una sustancia ácida que la raíz exuda, y que disuelve hasta cierto punto los materiales del terreno sólido. Para confirmar esto, basta colocar un poco de mármol pulimentado entre la tierra en que se ha plantado un vegetal, y algunas semanas después se encontrará que el mármol está corroído por la acción continua de dichas sustancias.

La fabricación de una buena Emulsión de aceite de bacalao requiere máquinas y aparatos científicamente construidos que los boticarios no poseen.

Una mala emulsión produce en los enfermos el trastorno de las funciones digestivas, imposibilitando la nutrición y retardando la cura.

El Triunfo del Mérito.

Todo el que tenga que comprar un frasco de emulsión de aceite de bacalao debe exigir que el boticario le venda la **"LEGITIMA EMULSION DE SCOTT"** que lleva la marca del **"hombre con el pescado á cuestas."** Esta marca significa lo mismo que la marca de ley que se encuentra en las joyas de plata ú oro. Emulsiones que no llevan esa marca son lo mismo que las prendas falsas doradas ó niqueladas que fabrican los charlatanes para engañar á los incautos. La **"LEGITIMA EMULSION DE SCOTT"** ha sido recetada universalmente durante los últimos treinta años con éxito siempre creciente para curar la tuberculosis, las enfermedades del pecho en general, la escrofulosis, raquitismo, anemia, clorosis y todas las afecciones que dependen de la debilidad orgánica.

La **"LEGITIMA EMULSION DE SCOTT"** es un alimento en forma concentrada que nutre y estimula el apetito de los enfermos poniéndolos en condiciones para poder ingerir y digerir los alimentos ordinarios.

Tratándose de la salud ningún medicamento es caro, si es bueno. Hay razón sobrada para que la **"LEGITIMA EMULSION DE SCOTT"** cueste unos centavos más que las emulsiones de pacotilla. Con ella los enfermos sanan pronto. Con ella no hay engaño.

SCOTT & BOWNE, Químicos - NUEVA YORK.

La humedad y las mariposas

Ha observado M. Pictet que la humedad ejerce una influencia apreciable sobre el desarrollo de las mariposas. Las orugas de *Vanessa Urticæ y Polychlosos*, alimentándose, durante doce días, de hojas constantemente húmedas, dan mariposas cuyas alas están adornadas por dibujos negros, que no se encuentran en casos normales; las crisálidas de *Vanessa Urticæ*, puestas durante ocho días en una atmósfera saturada de humedad, producen mariposas, cuyos nervios están fuertemente dibujados en negro, y cuyos dibujos, también en negro, están salpicados por manchas azules muy pequeñas, pero muy señaladas.

Pero por el contrario, las orugas que, en el período de muda transitoria del estado de larva al de ninfa, experimentan los efectos de la humedad, dan mariposas blancas con una ancha banda amarilla; salvo en este caso, la humedad parece ser un factor de melanismo parcial.

En las mariposas recogidas en altas montañas, estos efectos de la humedad son menos notables, lo que quizás obedezca á hallarse habituadas, desde largas generaciones, á una humedad mayor que la de las llanuras.

PRIX 16,600 fr.

RECOMPENSA NACIONAL
de 16,600 fr.
Siete Medallas de ORO, etc.

MDCCCI

Males de Estómago, Falta de Fuerzas, Anemia, Calenturas, etc.

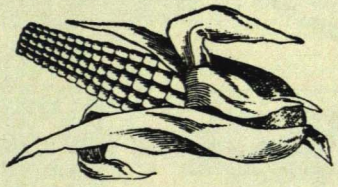
QUINA-LAROCHE

EL MISMO **FERRUGINOSO**

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.
Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.
Paris, 20 et 22, Rue Drouot, y Farmacias.

EL MISMO **FOSFATADO**

MAIZ-ORIZA



CONDE H NOS.

Es la mejor harina de maíz y arroz. Su feliz combinación la hace superior á las **Maizenas** conocidas.

Para **postres, cremas** y **atoles,** no admite competencia, y para el aplanchado de la ropa **no tiene rival.**

DE VENTA: Al detal en todas partes y al mayor en los principales almacenes y boticas de la capital.

Conde Hermanos.

Marrón al Dr. Paúl, Nº 6, Caracas.—Teléfonos Ns. 1.022 y 1.023.

Agente General,
Carlos Orta Ibarra.

Contra las ENFERMEDADES NERVIOSAS
VÉRTIGOS
PALPITACIONES
EPILEPSIA, etc.
no hay mejor Remedio que las
CÁPSULAS DEL Dr CLIN
al *Bromuro de Alcanfor*
CLIN & COMAR — PARIS
y en las Farmacias.
636

Precio 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pône y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS & Cie
Bd St-Denis, 18

GOTA
FTEIA
LICOR
DEL Dr.
LAVILLE
CLIN Y COMAR — PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS
613
REUMATISMOS

POSTALES

Las tarjetas postales que han llegado á la Empresa El Cojo son de un exquisito gusto artístico. Lujosa existencia para ser vendidas sueltas y en preciosas colecciones.

Animales que mueren de tristeza

Muchas veces se ha dicho que los animales son tan fieles como los hombres, si no más; y es evidente que es así, pues mientras son relativamente pocas las personas que mueren de tristeza, hay muchos ejemplos de animales á los que la pérdida de su amo ha causado la muerte, ó que han dado su vida por la vida ajena.

Nadie creería á un delfín capaz de sentir gran afecto por un sér humano; sin embargo, desde el tiempo de Augusto se conserva una historia que habla muy alto en pro de este cetáceo.

Hallábanse varios muchachos bañándose en el golfo de Nápoles, cuando uno de ellos, habiendo visto un delfín joven cerca de la orilla, se subió sobre su lomo, lo cual parece que agradó al animal. Desde entonces, el chico bajó diariamente á la playa para jugar con su extraño compañero, al que dió el nombre de Simo; cuando tenía que ir á Puteoli (la moderna Pozzuoli), donde estaba la escuela, en vez de dar un largo rodeo, el muchacho llamaba á Simo, y montando en su corcel marino llegaba en pocos minutos al otro lado del golfo.

Esta amistad duró algunos años, hasta que un día, cuando los dos estaban jugando juntos, un coletazo del delfín hirió al chico, que empezó á desangrarse y cayó muerto sobre la arena de la playa. Pocos momentos después, las olas arrojaban á ésta el cadáver del cetáceo: había muerto de tristeza, y como recompensa á su fidelidad, se le enterró al lado del desgraciado niño.

Si esto sucede con un animal cuyas facultades intelectuales no brillan por su desarrollo, calcúlese lo que será tratándose de animales tan inteligentes como los perros y los caballos. La historia del perro de Glendower, que defendió de los lobos al niño de su amo durante su ausencia, y luego fue muerto por éste equivocadamente, es demasiado conocida para repetirla aquí. Menos popular es la de un perro de aguas, perteneciente á un magistrado francés que durante la Revolución fue preso y condenado á muerte por sus simpatías realistas. Su perro le acompañó á la Bastilla, pero no se le dejó entrar. El animalito se situó junto á la puerta, y allí pasó día tras día con la esperanza de ver á su amo, hasta que un carcelero se compadeció y le permitió entrar en el calabozo algunos minutos. De allí en adelante, cada día llegaba el perro á la misma hora, y después de pasar unos momentos lamiendo la mano del preso, se marchaba para volver al día siguiente.

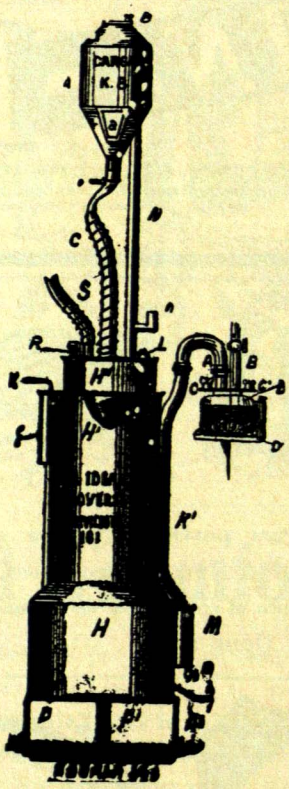
El pobre perro presenció la ejecución de su amo, siguió al cadáver hasta la sepultura y se echó sobre ésta dispuesto á no levantarse más. Dos ó tres personas caritativas lo recogieron y se lo llevaron, pero el fiel animal se les escapó y volvió á la tumba, sobre la que murió después de haber empleado sus últimos momentos en escarbar la tierra, como si quisiera morir lo más cerca posible de su amado dueño.

Otro perro que jamás quiso abandonar á su amo fue el de Sabino, el general romano, partidario de la familia de Germánico. Después de ser ejecutado el general, su cadáver fue colocado en el borde de un precipicio como una

EXÍJANSE LAS VERDADERAS PILDORAS PURGANTES
• DEL Dr GUILLIE •
Estas píldoras con base de Extracto de Elixir del Dr GUILLIE, se emplea con éxito en las enfermedades del *Hígado*, del *Estómago*, del *Corazón*, *Gota*, *Reumatismos*, *Fiebres Palúdicas, y Perniciosas*, la *Grippe*, ó *Influenza*, y todas las enfermedades ocasionadas por la *Bilis* y las *Flemas*.
Depósito General, Dr Paul GAGE Hijo, Fco de 1a cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, Paris
y en todas las farmacias

J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS
De la Palma á S. Pablo N. 22-Teléfono N. 2159
TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS
Departamento Acetileno
Aparatos sistema Roversi—Carburo de calcio de primera á $ 17 los kilos 100 netos—Quemadores Bunsen, Hornillas, lámparas, tuberías y accesorios de todas clases. Instalaciones completas. — EL IDEAL á caída de carburo en el agua—Privilegio N. 161.
Departamento Mármoles
Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos—Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.



Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela—Ministro de España—General Bello—Faro de Puerto Cabello—Dr. Conde Flores—Dr. Lacavalerie—Ing. M. Pérez—Hotel León de Oro—Familia Rodríguez—Tipografía Vidal—Marmolería Rovers—Panadería Solís—General Quintero—Dr. Rivero Saldivia—Montemayor, etc.
Más de 30 son los aparatos colocados
Carga de k 1 á k 50 — Valor: de $ 10 á $ 250

LINIMENTO GENEAU
para los CABALLOS
MARCA DE FABRICA

Solo este precioso Tópico reemplaza al Cauterio, y cura radicalmente y en pocos días, las Cojeras recientes y antiguas, las Lisiaduras, Esguinces, Alcances, Moletas, Alifafes, Esparavanes, obrehuesos, Flojedades é Infartos en las *piernas* de los jóvenes caballos, etc.; sin ocasionar *llaga* ni *caída de pelo*, aun durante el tratamiento. — Revulsivo y Resolutivo inmejorable en las enfermedades internas.-PRECIO 6 fr. Depósito General: Farmia GENEAU, 165, r. St-Honoré, PARIS

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE
al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado
El remedio más eficaz para curar las ENFERMEDADES DEL PECHO, las TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS, las BRONQUÍTIS CRÓNICAS
L. PAUTAUBERGE, 9bis, *Rue Lacuée, Paris* Y LAS PRINCIPALES BOTICAS.
Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS
RAQUITISMO — ANEMIA — CLOROSIS
Exíjanse el Nombre *el Sello de Garantía*
PÍLDORAS de BLANCARD
al Ioduro de Hierro inalterable.
y la Dirección *40, Rue Bonaparte, PARIS*
COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE
N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el **Jarabe de Blancard.**

INFLUENZA ★ RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

advertencia para los rebeldes, y nadie se atrevió acercarse á él excepto su perro. Por tres días, el noble animal estuvo custodiándolo; le llevaron comida, pero en vez de comerla la ponía en la boca del muerto. Cuando el cuerpo de Sabino fue arrojado al Tíber, el perro saltó al agua, y murió en sus esfuerzos para mantenerlo á flote.

Se cuentan muchas historias de caballos que no han querido separarse de sus amos muertos en campaña, pero no se conoce más que un caso en que un caballo causó la muerte del adversario de su jinete. Cuando Antíoco de Cilicia fue muerto por el gálata Centarero, éste saltó sobre el corcel de su enemigo vencido; pero el cuadrúpedo, como si comprendiese quién iba en la silla, corrió hacia un precipicio y, sin hacer caso de los esfuerzos que para refrenarle hacía el jinete, dió el terrible salto, quedando ambos muertos casi en un instante.

Mucho más moderna, y también más conmovedora, es la historia del caballo del coronel Vandeleur, que mandaba un regimiento de húsares en la guerra de los ingleses en la India, y murió en la batalla de Laswarri. Llamábase el caballo *Black Bob;* cuando el coronel murió, los soldados lo compraron y lo llevaron siempre con el regimiento; pero al recibir la orden de volver á Inglaterra tuvieron que venderlo en Cawnpore. No lo hicieron, sin embargo, sin hacer prometer al comprador que *Black Bob* tendría siempre una buena cuadra, que no se le maltrataría y que, cuando fuese viejo, no se le haría trabajar. A cambio de esta promesa, los soldados devolvieron la mitad del dinero.

Llegó el día de la marcha. Las tropas se disponían á salir de la ciudad al compás de un pasodoble popular y los clarines de los húsares llenaron con sus ecos las calles de Cawnpore. *Black Bob* los oye desde su nueva cuadra, relincha lleno de orgullo, y después de romper el ramal y de hacer saltar las puertas á patadas, corre á galope tendido hasta la puerta del cuartel, y allí, lanzando su último relincho, cae muerto precisamente en el momento en que el porta-estandarte del regimiento salía enarbolando el emblema nacional.

La tristeza que mata á los animales no es siempre producida por la pérdida del amo; en muchos casos lo es por la muerte de algún amigo igualmente irracional. Sabido es que en algunas clases de aves, la muerte del macho implica la de la hembra, y viceversa.

En los parques zoológicos se dan con frecuencia casos de esta índole, pero ninguno es tan interesante como el de una leona del Jardín de Plantas de París, que tenía por amigo y compañero de jaula un perrito faldero. Cuando el perro murió, la fiera cambió por completo de carácter; perdió la alegría que siempre había manifestado, gruñía á sus guardianes y se pasaba día y noche lanzando rugidos quejumbrosos. Para calmarla se la dió otro perro; mas tan pronto como el animalito estuvo en la jaula, la leona se lanzó sobre él y lo hizo pedazos entre sus garras; ella deseaba su antiguo amigo y no podía admitir que otro ocupase su puésto.

Por último, la leona fue abatiéndose más cada vez, dejó de comer y murió al poco tiempo. Tanta fidelidad podría servir de ejemplo á más de un sér humano.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en 1/2 **cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE. DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau. Paris.

Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullié & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. **Su valor 4 reales.**

LA
Phosphadine Fullié
es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y dentición
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

EL APIOL de los Dres JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

Sürtido más completo
*
Garantía absolúta
*
Trato más esmerado

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES

Estricta justicia.—Escribe el sesudo facultativo Dr. A. Herrera Vega, residente en Caracas:

« Me complazco en dar la presente certificación, por creerla de la más estricta justicia. He empleado repetidas veces la reputada Emulsión de Scott, y en todos los casos he obtenido el más lisonjero éxito ».

Coleccionismo

«Una colección de bastones, entre los cuales figuraban algunos históricos, acaba de venderse en Londres por 300.000 francos.

Figura en la colección uno que con frecuencia cayó sobre las costillas del Rey Humberto I de Italia, manejado por su padre.»

(*De un periódico.*)

La noticia, á primera vista, no tiene nada de particular. Tratándose de colecciones y coleccionistas, 300.000 bolívares no son una cantidad extraordinaria. Por otra parte, se coleccionan muchas cosas más inútiles, ó tanto, como los bastones vendidos en Londres.

Tampoco es un problema histórico de primera magnitud el de averiguar si, en efecto, Víctor Manuel trataba á su hijo como el Rey Sargento al gran Federico, ó si al comprador de los bastones le han defraudado en la parte de precio correspondiente á la leyenda del de Víctor Manuel, dado que sea leyenda y no historia lo que de ese palo se cuenta. Al fin y al cabo, ¿qué valor histórico puede dar á un bastón el haber sido instrumento de una brutal corrección paternal? El hecho en sí tiene escasa transcendencia histórica.

A lo que se presta la compra de los bastones—y á eso van enderezadas estas líneas—es á considerar cuántas cosas inútiles ó de corta importancia se coleccionan. Padecemos la manía del coleccionismo. Hubo épocas bárbaras que desdeñaban las reliquias de lo pasado, que raspaban el texto de los pergaminos antiguos para escribir sobre ellos nuevos tratados en la baja latinidad medioeval que con los materiales de los monumentos clásicos fabricaban otras construcciones. En el extremo opuesto hemo caído. Hoy se colecciona y se busca todo lo antiguo y lo moderno, hasta lo más insignificante y vulgar. Los papeles de menos valor, los objetos de uso doméstico que menos condiciones tienen para servir de piezas de convicción en los procesos de la Historia, se guardan como oro en paño. ¿Quién sabe si existirá ya en alguna parte del mundo una colección completa de cuantos tipos, tamaños y clases ha producido la alfarería antigua y moderna de ciertas vasijas que se ocultan modestamente en los lugares más recónditos de las alcobas?

El ideal del coleccionista sería convertir al mundo en una inmensa prendería, en un enorme muestrario de toda clase de cachivaches de antaño y hogaño. Lo discreto sería conservar tan sólo lo selecto, lo más escogido y acabado de cada época. La plétora de materiales, lo mismo tratándose de libros que de cosas de las que rebusca la arqueología, es un mal. El hecho de que una biblioteca contenga 30.000 volúmenes acerca de la historia de Alemania, produce la consecuencia de que no se puede estudiar la historia de Alemania. No se tiene en cuenta, en el afán de amontonar cosas y cosas, que la vida humana no es eterna, sino breve y fugaz. Y aquella misma plétora obliga á crear ejércitos de especialistas, de intermediarios, que cada día hacen más complicada la organización de la cultura, y que, cada día también, difunden más el sentido estrecho del especialista, que sólo tiene ojos para su rincón, é ignora que hay en el mundo algo más que sus bastones, sus libros de cocina, sus peines ó cualesquiera rareza que con afán junta, clasifica y cataloga.

Pensando en esa manía del coleccionismo produce grata impresión enterarse de que hay quinientas ó seiscientas especies de polillas de biblioteca, de que el papel y las tintas modernas son tan malos que al cabo de cien años habrán desaparecido ó serán ilegibles muchos de los papeles y libros actuales, y que hasta los colores que emplean los pintores distan tanto de tener la duración de los antiguos, que un cuadro de Delacroix aparece más opaco y menos fresco que una pintura de Memling.

¡ Bienaventuradas polillas de biblioteca ! Ellas trabajan para el hombre del porvenir, aliviándole de la pesada y farragosa carga que le preparan nuestros bibliotecarios. Ellas representan la sabia y providente acción de la Naturaleza, que corrige instintivamente las locuras de los hombres.

MANUAL DE HISTORIA DE VENEZUELA

Por Felipe Tejera

Avisamos al público que va á entrar en prensa en los talleres de la Empresa El Cojo la 4ª EDICION de esta importante obra didáctica que ha sido aceptada como texto en los Colegios y Escuelas de la República; y que esta Edición está notablemente corregida y aumentada y lleva la narración histórica hasta el findel siglo XIX.

EXIJAN Vds. sobre cada PILDORA BLANCA las palabras: DEHAUT A PARIS impresas en negro.
Las **PILDORAS** Purgativas y Depurativas del Doctor **DEHAUT** se toman **al comer.**
Ningun Regimen. No más Dieta.
Las menos COSTOSAS puesto que son las mas activas.

Pollos barómetros

Algunos de los que se dedican á la cría de canarios tienen la costumbre de mezclar con el alimento un poco de pimienta de Cayena, pretendiendo, no sin razón, al decir de los peritos, que este tratamiento comunica un matiz ligeramente rojo al plumaje de los pájaros así alimentados.

No es tan solo en los canarios en los que la pimienta de Cayena, ejerce esta curiosa acción. El mismo efecto se produce en el plumaje de los pollos, y basta someter á los pollos blancos á este sazonado régimen para ver en seguida variar su color al rosa pálido. No lo olviden los aficionados.

Y hé aquí como quizá se pudiera intentar el mismo recurso para enrubiar el cabello de las mujeres, para dar color á los cloróticos, y aun para dar á los negros un tinte menos tostado.

Pero hay aún algo más extraordinario. Se afirma, en efecto, que la coloración debida á la pimienta de Cayena es de tal modo higrométrica, es decir, sensible á la humedad, que podría en rigor servir de barómetro. Mientras más vapor de agua hay en el aire ambiente, más se acentúa el color rojo de los pollos, hasta el punto de tomar, al empezar la lluvia, el matiz encarnado más vivo.

En consecuencia, de aquí en adelante, para conocer el tiempo, bastará echar una mirada descuidada al gallinero, y si las gallinas tienen las plumas rojizas, no hay que dudar: coged el paraguas.